



PREGUNTAS DE LOS ELEFANTES

Un recorrido por África Oriental

* * *

FACUNDO GARCÍA

PREGUNTAS DE LOS ELEFANTES

García, Facundo

Preguntas de los elefantes / Facundo García. - 1a ed ilustrada. -

Mendoza : Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad
Nacional de Cuyo, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-774-374-0

1. Crónicas. 2. Bienes Culturales. I. Título.

CDD A863

Texto y dibujos: Facundo García

Diseño gráfico: Clara Luz Muñiz

Impreso en Argentina, 2017. EDIFYL: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la
Universidad Nacional de Cuyo. Centro Universitario, Ciudad de Mendoza (5500). Tel: (261)
4135000. Interno Editorial: 2240.

Este libro es parte de las Publicaciones de la Biblioteca Digital UNCUYO

Biblioteca Digital / **UNCUYO**

 **SID** Sistema Integrado de Documentación
SECRETARÍA ACADÉMICA | UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO



Se permite la reproducción de los textos siempre y cuando se cite la fuente.

Esta obra está bajo una Licencia Atribución-NoComercial-CompartirIgual 2.5 Argentina (CC BY-NC-SA 2.5 AR). Usted es libre de: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato; adaptar, transformar y construir a

partir del material citando la fuente. Bajo los siguientes términos: Atribución —debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial —no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original. No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otras a hacer cualquier uso permitido por la licencia.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar/>

Este libro se publica a través del SID (Sistema Integrado de Documentación), que constituye el repositorio digital de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza): <http://bdigital.uncu.edu.ar>

Nuestro Repositorio Digital Institucional forma parte del SNRD (Sistema Nacional de Repositorios Digitales)

<http://repositorios.mincyt.gob.ar/>, enmarcado en las leyes argentinas: Ley N° 25.467, Ley N° 26.899,

Resolución N° 253 del 27 de diciembre de 2002 de la entonces SECRETARÍA DE CIENCIA, TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN PRODUCTIVA, Resoluciones del MINISTERIO DE CIENCIA, TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN PRODUCTIVA N° 545 del 10 de septiembre del 2008, N° 469 del 17 de mayo de 2011, N° 622 del 14 de septiembre de 2010 y N° 438 del 29 de junio de 2010, que en conjunto establecen y regulan el acceso abierto (libre y gratuito) a la literatura científica, fomentando su libre disponibilidad en Internet y permitiendo a cualquier usuario su lectura, descarga, copia, impresión, distribución u otro uso legal de la misma, sin barrera financiera [de cualquier tipo]. De la misma manera, los editores no tendrán derecho a cobrar por la distribución del material. La única restricción sobre la distribución y reproducción es dar al autor el control moral sobre la integridad de su trabajo y el derecho a ser adecuadamente reconocido y citado.

FACUNDO GARCÍA

PREGUNTAS DE LOS ELEFANTES

Un recorrido por África Oriental



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS



ADVERTENCIA:

Este libro es resultado de un viaje de más de nueve mil kilómetros por el continente africano. Los textos y dibujos provienen de cuadernos que anoté en el camino.

Las ilustraciones no se incluyen por mérito estético: las justifica, espero, su valor evocativo y el deseo de explorar más allá de la fotografía, las redes sociales y los grandes medios de comunicación.

F.G.

Contenido

EL MUNDO ENTRE LAS MANOS	13
MI CAMINO EMPEZÓ LEJOS	17
SOÑAR LO REAL	27
PALACIOS EN EL CIELO	47
DROGAS Y CRIATURAS SALVAJES	67
BAÑOS DE HUMO	91
MUJERES Y OGROS	103
LA GUERRA Y EL AMOR	127
CARNE	143
A TODA VELOCIDAD	165
LOS PILARES DEL MUNDO	185
AGRADECIMIENTOS	189

ITINERARIO

PREGUNTAS DE LOS ELEFANTES



Fragmento de un mapa del cartógrafo John Tallis (1851).
Sobre la imagen, el autor dibujó la trayectoria de su viaje.



EL MUNDO ENTRE LAS MANOS

Por Eduardo Fabregat¹

Entre muchas otras cosas que suceden, en las redacciones se conoce gente. Personas de toda clase, incluyendo a aquellas a las que uno preferiría perder de vista. Pero esos no son los que

¹ Periodista y escritor. Desde 2005 edita la sección Cultura y Espectáculos del diario Página/12.

importan; los que dejan una marca, los que hacen que la vida en las redacciones sea tan apasionante, llena de momentos gratos y mutuos aprendizajes, son los extraordinarios.

Facundo es de los extraordinarios.

El trabajo en un diario muchas veces exige estar corriendo detrás de lo urgente. Se puede analizar, sí, se puede profundizar, buscar el contorno y los matices bajo la superficie. Pero no abundan los que encuentran el modo de hacer la pausa en medio del vértigo, los que no solo miran sino que también se meten, se compro-meten, tratan de entender lo que sucede probándose la piel del otro. Olvidarse un poco de uno mismo, sus creencias, convicciones, prejuicios y cargas históricas para comprender de qué se trata ese pequeño universo con el que están tomando contacto para después seguir viaje, rumbo a la próxima nota, la próxima urgencia, lo siguiente a retratar.

En muchos de los artículos que Facundo escribió para Página/12 latía algo distinto. No se trata solo de una buena pluma –vamos, no hace falta ser un experto para advertir lo bien que escribe—, sino del modo de dejarse atravesar, estar allí para tratar de comprender él, única manera de hacerle comprender algo al lector.

Era ese soldado que siempre querés tener, que no le dice no a nada, el todoterreno imprescindible en una redacción. Proponía notas “locas” que resultaban en un buen rato de lectura apasionante (aún tenemos colgada en una pared su foto con el disfraz de Shrek con el que salió a recorrer Mar del Plata en temporada). Se bancó el derecho de piso de los comienzos con entusiasmo, y se ganó un lugar con prepotencia de trabajo. Pasó de ser el pibe nuevo a ese

periodista que elegís primero en el pan y queso para armar un equipo de laburo que quiera brillar.

Y un día se acercó con la frase “Fabre, mirá, apareció una cosa muy loca con mi viejo...”, y tuvimos que darnos un abrazo de despedida, y lamenté perderlo pero al menos tuve el egoísta consuelo de que no lo habían soplado de otra redacción. Le di el único consejo realmente válido para los extraordinarios: “Recorré el mundo, perdete donde quieras, pero nunca, NUNCA, dejes de escribir. Dos frases por día si querés. Pero no te prives de escribir ni nos prives de leerte”. Palabra más, palabra menos.

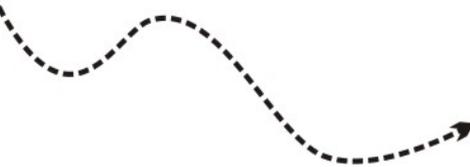
“Preguntas de los elefantes” explica a Facundo mejor que todo lo anterior. Con la misma sencillez con la que salía a las calles de Mendoza, Buenos Aires o la costa argentina a capturar y entender historias nuevas, se largó a África con su mochila, su cuaderno y su grabador, a descubrir, a intercambiar, a dejarse transformar. Solo así se puede transpirar un texto que nos lleva ahí, que nos hace sentir la “risa” de las hienas, la esperanza de la gente donde nosotros los blanquitos habríamos desesperado tiempo atrás, la alegría de los pibes contra todo, la lucha diaria de mujeres y hombres que no consideran que lo suyo sea lucha sino vida.

Facu no escribió todo esto, lo vivió. Y, milagro de los extraordinarios, nos hace vivir a través de un fajo de papel. Ya no estás en el bondi, tirado en la cama, sentado en un sillón, en la mesa de un bar, en el banco de la plaza: estás en una noche de estrellas imposibles, con una leve brisa en los antebrazos y en la nuca, los pelitos del oído vibrando apenas con el sonido de fieras invisibles y dialectos que a veces cortan el aire y a veces son pura música, saltando en el ómnibus

destartalado de una ruta perdida, caminando el polvo del refugio para una guerra eterna en la que ya no se sabe quién combate contra quién, *stranger in a strangeland*. Emocionado por el descubrimiento de las diferentes acepciones que puede tener la palabra vida, perplejo ante la revelación de la inédita dimensión que “lo humano” tiene en otros meridianos y paralelos.

A Facundo le movieron los cimientos las preguntas de los elefantes, y tuvo la generosidad de trasladarnos la inquietud a nosotros, felices lectores. Lo que estás por leer no es solo su viaje: va a ser el tuyo, y cuando termine vas a levantar la vista y descubrir que nada es igual, que aparecen preguntas que no sabías que existieran. Y aunque algunas no sean del todo cómodas, no vas a poder dejar de agradecerlas. Las preguntas abren más caminos que las respuestas.

En las redacciones se conoce gente. Facundo García decidió salir a conocer el mundo.



MI CAMINO EMPEZÓ LEJOS

“Simplemente quiero decir que si en algún lugar de este libro escribo ‘hice’, ‘fui’, ‘descubrí’, debe entenderse ‘hicimos’, ‘fuimos’, ‘descubrimos’ (...)”
(Rodolfo Walsh, prólogo a la tercera edición de *Operación Masacre*, 1969)

¿Se dará cuenta de que soy su hijo? Salí del avión y caminé por uno de esos pasillos largos que tienen los aeropuertos, en este caso el de Barcelona. Después de treinta años iba a encontrarme con mi padre y no tenía la menor idea de cómo íbamos a hacer para reconocernos.

Mi padre se fue a España cuando yo estaba aprendiendo a decir mis primeras palabras. Solo sabía que él era cantante. La imagen que me fabriqué se basaba en unas fotos ochentas, llenas de guitarras y patillas. Los retratos mostraban a un tipo parecido a mí, con un pelo que le colgaba como cortina ante los ojos, la viola y aquel espantoso overol amarillo que usaba sobre el escenario. Recuerdo haber pensado durante toda mi infancia: “con esa ropa, le deben haber tirado tomatazos”.

Poco más. El rastro se perdía en Europa, en un flequillo, una guitarra y un overol con probables manchas de tomate. Esas fotos y algún recuerdo impreciso eran lo único que quedaba. Hasta que mi hermana Julieta me dijo:

—Che, estuve chateando.

Había tipeado el nombre de mi padre en el buscador de Facebook y habían aparecido decenas de personas que se llamaban igual. Sin embargo, uno de los perfiles mostraba una cara que conocíamos. El flequillo. La guitarra. El overol. Era la imagen que habíamos visto en las fotos.

La primera vez que me contacté con él fue por Skype. Nos quedamos despiertos hasta las seis de la mañana. No sabíamos si el otro decía la verdad, no sabíamos el equipo de fútbol del que era hincha cada cual, no nos conocíamos los gustos musicales. Y como todo era un torrente difícil de procesar, me tomé un par de días en el trabajo para no tener que salir a la calle con la cabeza hecha una licuadora.

Mi padre no. Después de aquella charla fue a trabajar normalmente. Ya no cantaba: era obrero en un galpón con máquinas pesadas ubicado en un pueblo catalán.

A los dos días me avisaron que el hombre estaba en terapia intensiva y podía morir. Distráido, había olvidado ponerse el casco de seguridad. La pieza de acero de un aparato industrial le había reventado la cabeza.

Mientras aquel desconocido agonizaba en un hospital, pidió a su “otra” familia, la de España, que comprara dos

pasajes para que mi hermana y yo fuéramos a verlo. “Vivo o muerto”, aclaró. Pensé en todo lo que me habría gustado conversar. Ahora tal vez era tarde.

Recibí por email los tickets para viajar junto con mi hermana. Más allá del cráneo en pedazos de mi padre, no me incomodaba la idea de irme de Buenos Aires. Extrañaba mi ciudad natal, Mendoza; venía derrapando después de algunos amores contrariados y tenía un empleo apasionante, pero el sueldo apenas me alcanzaba para comer arroz en un monoambiente cuyo balcón me mostraba el muro gris de un patio interno. La posibilidad de tomarme el palo era tentadora. Aunque fuera para asistir a un velorio.

Meses antes, en mi cumpleaños número treinta, yo había protagonizado un quilombo. Había comprado tres docenas de chorizos; y ni bien los puse a la parrilla me emborraché tanto que mis amigos me expulsaron de mi propia fiesta porque quería matarlos clavándoles botellas de vidrio rotas. Les gritaba “¡manga de hipócritas!”.

Aquella vez terminé solo, tambaleándome en zigzag para llegar a mi casa en San Telmo. Caminaba por calle Rivadavia, entre el zumbir de los carteles y las esquinas desoladas, con dos lagrimones que me caían hasta el mentón y me mojaban la barba.

Se entiende, entonces, que cuando surgió este asunto del viaje a Barcelona y de mi padre en terapia intensiva no me costara armar la mochila y regalar todo. Di varios libros a mis amigos, y con los que nadie se llevó armé cajas que doné a una biblioteca sindical. Estaba quemando mis naves.

Tuve una sensación de libertad que no había experimentado nunca. Supongo que si uno pone a circular objetos, otras fuerzas empiezan a moverse.

Solté. Y entre las cosas que solté estaba una camisa que no usaba hacía siglos. Todavía era primavera en Buenos Aires: salí a la puerta de mi casa y la dejé doblada y limpia en el cordón. Enfrente había un pibe de unos quince años apoyado en la pared, fumando, como si esperara a alguien. Yo aproveché que ya estaba en la calle y me fui al chino a comprar comida. Cuando volví del mercadito, alcancé a ver que el pibe recibía contento a su novia. Se había puesto la camisa y le quedaba mil veces mejor que a mí, eufórico con esa pilcha, orgulloso de su elegancia floreada y de su amor.

Metí el resto de la ropa en una bolsa de consorcio y volví a salir. En la puerta de una tienda me encontré con un linyera que quiso llevarse mi carga. Él estaba feliz, yo también. Nos despedimos. Me dio la mano y dijo: “Dios tiene grandes planes para vos”. Comprendí que era lo más bello que él sabía decir y agradecí.

Obviamente, esto no representa ningún mérito. Lo cuento por si alguien está pensando en ordenar el placard mientras su padre está muriendo.



Dibujo que hice antes de partir. El pie tiene una palabra japonesa: "zen".

Una semana antes de volar a Barcelona, prácticamente no me quedaba otra posesión que algunos textos muy queridos, dos pantalones, cuatro calzoncillos y un par de remeras. Tenía todo listo cuando me ofrecieron cambiar el viaje. Parecía que mi padre se recuperaba: a lo mejor podíamos aguantar un mes o dos y conocerlo en mejores condiciones. Por fin, el 28 de diciembre de 2011 abordamos con mi hermana el avión con destino a Cataluña.

¿Nos reconoceríamos? Caminé por el pasillo del aeropuerto y al final del túnel mi hermana, mi padre y yo nos saludamos con una naturalidad que me descolocó. El tipo tenía la cara hecha añicos, pero todavía pensaba. En cuanto pudimos, nos sentamos con varias botellas para ponernos al día entre brindis y reproches.

Pasados unos meses mi hermana retornó a la Argentina, mi padre decidió separarse de su mujer y volver a cantar, y yo me inicié como náufrago en Barcelona. No tenía más de doscientos euros en el bolsillo, pero —al menos al principio—me la pasaba tomando mate en la playa.

Barcelona se ha convertido en una ciudad catártica. Uno de esos sitios para que la gilada global haga lo que no le permiten en casa. Los ingleses comen bien y se agarran a trompadas. Los alemanes gastan fortunas en bares y putas, y acto seguido meten la jeta en los cestos de basura para no ensuciar el suelo con sus vómitos. Los escandinavos no se lavan las patas. Y los latinoamericanos, más tilingos, la jugamos de sofisticados para sacar patente de cosmopolitas.

Mi cosmopolitismo consistió en conseguir changas limpiando hoteles día y noche. Así pasaron dos años con poco sueño, rodeado de drogas, alcohol y mujeres hermosas que me ignoraban por el hecho de que era yo quien lustraba el inodoro de su habitación. Alguna vez el muchacho de los baños había sido un periodista más o menos promisorio: había trajinado avenidas de Shanghái, Sao Paulo o Frankfurt mandando notas para un diario importante. Ahora estaba en medio de una fiesta para otros, hablando inglés todo el día, con un balde y un friegasuelos como compañeros de vida, recogiendo los preservativos usados que dejaban los viajeros después de garchar.

Era el periodo más duro de la crisis española. Con 25% de desocupación, los patrones se ponían pesados. “Aquí no es como en tu país, aquí tendrás que trabajar”, me decía entre risas uno. Yo me mordía la lengua pensando en el momento en que pudiera escribir sobre esa calaña de seres repugnantes, fruto de las generaciones mimadas que viene sembrando Europa a espaldas de un planeta que vive a pan y agua.

Eso es Barcelona para el migrante pobre. Fueron meses de insomnio y de llevar hasta la cama a las gringas que se desmayaban en la escalera con el rímel corrido y una teta afuera, después de empastillarse para olvidar a sus ex novios. Yo las ayudaba a levantarse del suelo, las acostaba despacio y ellas dormían su tristeza. Luego cerraba la puerta en puntas de pie, me preparaba un café y miraba la madrugada deslizarse por la ventana.

Las gringas ya no me atraían. Ya nada me atraía. Por todas partes veía mentiras. Solo pensaba en dormir y en juntar suficiente dinero para irme a un lugar donde pudiera

encontrar algo *real*, o por lo menos que se sintiera real en los huesos, en la sangre. Al África, por ejemplo.

El día en que compré mi pasaje a Egipto sentí que me liberaba de un sistema que te obliga a pagar vida con más vida. La onda era así: en el próximo diciembre saldría hacia El Cairo, que está en el extremo norte de África. Casi un año más tarde tenía otro ticket, esta vez desde Johannesburgo —al sur del continente— con rumbo a Buenos Aires. Entre los dos vuelos mediaban miles de kilómetros de misterio. Rutas de arena. Animales. Iba a comer lo que pintara y dormiría en los tugurios más baratos que hallase.

El recorrido sería por tierra, así encontrara guerras o catástrofes naturales. Durante el cruce, no podría recurrir a ninguna trampa aérea ni a vehículos alquilados por el simple hecho de que no me alcanzaría la plata.

Me intoxicqué de vacunas: rabia, hepatitis B, tifoidea y no recuerdo qué más. Metí en la mochila los mapas, los libros, la brújula. El equipo que uno cree que hay que llevar para sobrevivir en esa atmósfera que infiere a partir de películas que vio algún sábado por la tarde.

Y en el centro de todo eso, las ganas de contar. No lo que opinaran los ministros ni los poderosos, sino lo que dijera la gente en la calle, en los mercados o en los campos. No lo que enfocaran las estadísticas —o al menos no solamente eso—, sino también los sueños, las fantasías, los deseos. Las notas al pie de la Historia; todo ese ardor que permanece oculto y sin embargo alimenta los sustratos hondos de la Humanidad.

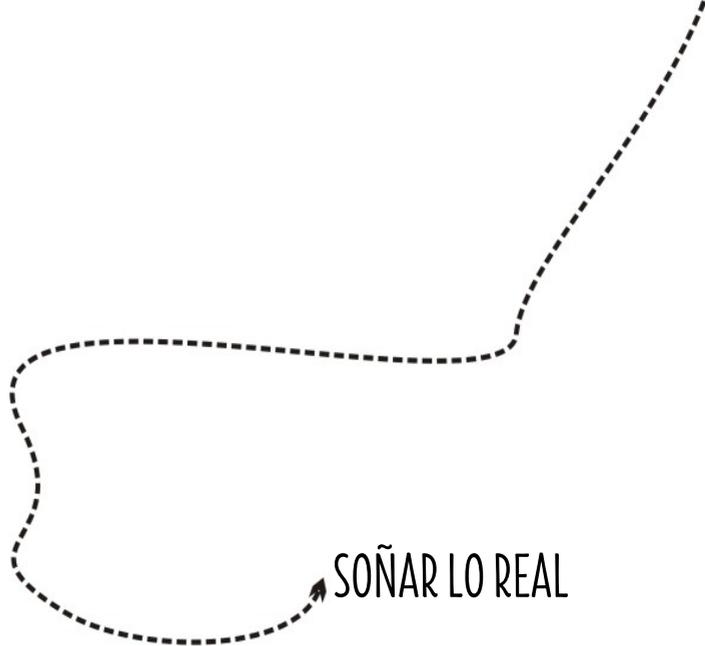
Estaba harto de que el diálogo entre el mundo latino y el africano fuera administrado por Disney. Ahora bien: ¿le importarían a alguien las historias que yo quería rescatar?

Los hombres que dan de comer a las hienas cada tarde, tras las murallas de la ciudad vieja de Harar, en Etiopía, ¿podrían interesarle al menos a un lector o una lectora?

Las charlas nocturnas, cuando al crepitar del fuego los guerreros de la sabana se saludan en voz alta para comprobar que los leones no se han comido a nadie, ¿inspirarían a otros?

Las horas dialogando con niños que escapaban de la guerra con sus hermanitos al hombro, en la frontera de Sudán del Sur, ¿servirían para que los nativos digitales se den cuenta de que habitan una realidad sesgada y egoísta?

Este libro es un intento por responder esos interrogantes.



SOÑAR LO REAL

“La exploración es la expresión física de la pasión intelectual. Y diré una cosa: si tiene usted el deseo de saber, vaya y explore (...). Hay quien le dirá que está chiflado, y casi todo el mundo le preguntará: ‘¿Para qué?’ Ocurre que somos una nación de mercaderes, y ningún comerciante está dispuesto a comprender un proyecto que no le asegure un rendimiento económico antes de un año. Así que viajará usted prácticamente solo. Pero quienes lo acompañen no serán mercaderes², y eso ya tiene un gran valor”

(Apsley-Cherry Garrard,
El peor viaje del mundo, 1922)

² El original dice “shopkeepers”. Ver Cherry-Garrard, Apsley (2011). *The Worst Journey in the World*. Londres: Penguin Books.

Llegué a El Cairo a medianoche. Un golpe cívico-militar había derrocado al presidente electo Mohammed Morsi, y el caos era una de las pocas cosas que uno podía estar seguro de encontrar. Mientras el guardia del aeropuerto sellaba mi pasaporte, me sorprendí al ver un cartel que decía, en inglés, "Egipto ha elegido la democracia". En el anuncio –gigantesco– no se veían rostros. Solo letras.

Nadie había llamado a elecciones tras el golpe. Y la palabra “democracia” quedaba bien en los afiches, como queda bien en casi cualquier parte. La incógnita era qué significaba para los que habían pagado por aquel letrero.

Salí. Los taxistas son la primera piel de las grandes ciudades. A esa hora, a media luz, los semblantes curtidos por el humo de una metrópolis que supera los quince millones de habitantes encandilan al viajero como un relámpago.

Me escabullí entre los tacheros que pretendían meterme en sus coches, subí a un taxi cualquiera y le pasé al conductor un papelito donde estaba escrito adónde quería ir. Me reconocí en su cara: podías encontrar esa misma cara en cualquier barrio argentino³. Había tomado la precaución de tener mis apuntes en árabe. El hombre le echó una ojeada al

³ Recuerdo que observé con atención al conductor. Meses antes, yo había leído *Taxi*, un libro de Kaled Al Kamissi. La obra contiene pequeñas joyas, como la charla que el autor oyó en una ronda de choferes de cierta estación de servicio cairota:

“Dosis de administración de Viagra: con una chica que ves por primera vez, no es necesaria; con tu novia, medio comprimido; con tu amante, un comprimido. Con tu mujer, seis comprimidos, diez cervezas, tres whiskies, dos porros de hachís, un canuto de marihuana y que Alá te ayude... ¡puede que funcione y puede que no!”. Al Kamissi, Kaled (2010). Capítulo 50 de *Taxi*. Buenos Aires: Almuzara.

papelito y me lo devolvió en silencio antes de ingresar en la autopista.



Los gritos de los taxistas quedaron atrás. A los lados de la calzada se veían cientos de edificios. Y estaba el Nilo, ese río capaz de tolerarlo todo sin enojarse. Ya cerca del puente Seis de Octubre, le volví a pasar el papelito al tachero. El hombre sonrió y bajó la vista. No sabía leer⁴.

Hubo mil vueltas y malentendidos hasta que vi de reojo un lugar para dormir por un precio razonable. Paramos, le pagué al conductor los cuatro euros que habíamos acordado y nos despedimos, tal vez para siempre.

Cuenta el escritor Paul Theroux que una de las razones por las que viaja son los sueños que tiene cuando está en el camino. Es cierto, de viaje se duerme distinto. La personalidad abre puertas que la rutina mantiene clausuradas. Se sueña con cambiar de laburo, con canciones geniales que después se nos escapan, con familiares muertos, con palabras. A veces uno sueña que está en el lugar donde está realmente, y entonces despierta —pongamos por caso— en Kampala después de haber soñado toda la noche que estaba precisamente ahí, en Kampala.

⁴ Si bien los datos del Banco Mundial deben tomarse con guantes, las estadísticas correspondientes al 2015 muestran que uno de cada cuatro egipcios no sabe leer. Fuente: Índices de alfabetización según el BM. Link: <http://lnnk.in/dEaX>

Lo dicho. En mi primer descanso egipcio yo *soñé que estaba en Egipto*. Corrí las cortinas y vi que ya era media mañana. Me asomé. El martes se iba despersando en un remolino de smog. Velos y charlas enredadas de jotas y eles se elevaban como cada día hasta el confín del cielo, donde reina el humo de los motores y tal vez Alá, y donde se ruega que hayan ido a parar las miles de personas asesinadas por el ejército.

El conflicto tiene raíces antiguas y recientes. El 17 de diciembre de 2010, Mohamed Bouazizi —un trabajador de Túnez— se vació encima un bidón de nafta, encendió un fósforo y se prendió fuego a sí mismo para protestar contra un sistema que no lo dejaba vivir. Ardió entre alaridos, en medio de la calle. Agonizó y murió quemado. Horas antes, la policía había confiscado su carrito de vendedor ambulante y lo había humillado ante sus vecinos.

Aquella antorcha humana encendió la ira en los países árabes, gobernados en su mayoría por dictadores que despreciaban cualquier apertura. De Túnez las manifestaciones pasaron a Egipto, Libia, Siria, Yemen... toda una cadena de protestas, guerras civiles y golpes de Estado que todavía no terminan.

En el caso egipcio, la revuelta provocó que Hosni Mubarak renunciara en 2011. Las elecciones siguientes acabaron con treinta años de dictadura y consagraron a un grupo estigmatizado, los Hermanos Musulmanes: ellos serían los encargados de administrar Egipto bajo las premisas del islam político que habían propuesto en la campaña.

Eso en teoría, claro. El apoyo de las élites duró poco. En julio de 2013 los militares aprovecharon y tomaron el poder⁵. Así es como la “primavera” se convirtió en “invierno árabe”. ¿Qué había sido de las millones de personas pidiendo por democracia en las calles? ¿Y de los Hermanos Musulmanes, la organización que había ganado “las primeras elecciones egipcias en más de cinco mil años de historia”?

Para indagarlo me mandé a Plaza Tahrir (“Liberación”), el escenario que copó durante meses las pantallas de todo el planeta. Esperaba un decorado heroico, con flores para los mártires. Error. Era un montón de cemento con un círculo ocre al medio. En las avenidas se veían faraones oxidados. Eran anuncios de las empresas turísticas que se estaban fundiendo por la crisis.

Tanques de guerra controlaban el panorama. Los soldados, hastiados de vigilar civiles todo el día, quisieron saber de dónde era. Tenían veinte o veintidós años, y se notaba que hacía tiempo que no veían a un extranjero.

Pero el alma de El Cairo —y esto es lo que la tele no mostrará— está en sus callejones. En las tiendas que sobreviven una al lado de la otra, acuareladas por la penumbra. El Cairo es el relojero, el carpintero, el peluquero y el zapatero que trabajan hasta el último de sus días bajo una

⁵ Más tarde los militares convocaron a elecciones. Fueron una farsa. No se permitió la participación de los Hermanos Musulmanes, y el candidato del ejército, Abdelfatah Al Sisi, se proclamó ganador tras haber conseguido —según el gobierno— el 97% de los votos.

misma sombra, mientras se preguntan cómo anda la familia y se convidan cigarrillos.

Subsisten allá esos negocios mínimos, donde cada quien defiende su oficio. No son espacios para gente ambiciosa. Representan, sí, lo que dos o tres generaciones lograron juntar en décadas. Una radio del papá, las herramientas del tío, la foto de la abuela, recuerdos y amistades.

Por eso los que atienden no quieren ampliar el *business*. Sería absurdo. Aquí la existencia crece lenta, porque se riega a cuentagotas con pocillos de té y palpita en saludos, bazares y alfombras, a través de una filigrana de detalles que los tontos no saben apreciar.

Fundada en el siglo X, la capital egipcia se columpia sobre la novedad y la decadencia. Abundan los edificios de lujo y también los que se sostienen de milagro. Entre los murallones, llenos de grietas y manchas de humedad, corren los gatos y los niños, que mezclan sus vocecitas en los ecos de las piedras.

Aunque los felinos son más. En cualquier hueco y desde su dimensión paralela contemplan el ajeteo de los humanos, sus apuros, sus riñas. Mirándolos recordé lo que dijo una vez Terry Pratchett: “Antiguamente, los gatos fueron adorados como dioses; y no lo han olvidado”.

Nadie se ha atrevido a calcular la cantidad de gatos que hay en Egipto. En cambio se estima que en el país hay cada vez más niños. La sociedad está en pleno estallido demográfico.

Entre 2006 y 2012, la cantidad de nacimientos aumentó un 40%⁶. Y como la economía no se recupera, buena parte de los pibes y pibas se ven obligados a trabajar⁷.

"¡Ejército y pueblo, un solo puño!", rezaba la bandera en el callejón decrepito de un barrio por donde caminé la mañana siguiente. Los vecinos me seguían con la vista y al rato se animaron a invitarme un té. Después de ahuyentar a unos gatos que ronroneaban en la vereda, me hicieron lugar y nos sentamos sobre esos banquitos de tres patas que abundan por todo Medio Oriente. Olía a orégano y pimienta.

Los tipos me fueron revelando por qué me habían llevado ahí. Querían decirme que la destitución de Morsi no era un golpe. Que el renacimiento del país más poblado del mundo árabe dependía de "un grupo de generales que defendía los intereses populares".

Suspiré: conocía el cuento.

⁶ Kingsley, Patrick (2014). "Egyptian population explosion worsens social unrest". Publicado en The Guardian el 16 de febrero de 2014. Recuperado de [theguardian.com: http://lnnk.in/dKaV](http://lnnk.in/dKaV)

⁷ De acuerdo con cifras de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), más del nueve por ciento de los chicos egipcios trabajaba en 2011, antes de la crisis. En aquel momento esa cifra equivalía a 1,6 millones de menores de entre cinco y diecisiete años. Debido al bajón del turismo —una importante fuente de ingresos— se estima que esos indicadores podrían haber empeorado. Ahmed Feteiha (2011). "1.6 million underage workers in Egypt: Official figures", artículo publicado por el diario *Al Ahrām* el 14 de julio de 2011. Recuperado de: <http://lnnk.in/dQaR>



No era una calle de ricos. Estos bigotones pro dictadura eran talabarteros, mecánicos, empleados de almacén. En eso, vi que por detrás de la ronda que se había formado a mi alrededor pasaban hombres de *kurta*⁸. No hablaban, pero levantaban cuatro dedos para que yo lo notara. Era a mí a quien hacían el gesto. A mí. Cuatro dedos. Cuatro dedos levantados, con los ojos bien abiertos y un incendio en las pestañas.

Días después me enteré de que estaban encarcelando a las personas que se atrevían a hacer aquella señal. Ni siquiera se salvaban los niños⁹.

¿Qué era? Los cuatro dedos levantados significaban *Rabia*. Así se llama la mezquita donde se reunieron los Hermanos Musulmanes para exigir que se respetara el resultado de las primeras elecciones luego de la renuncia de Mubarak. El templo está dedicado a Rabia Basri, una santa sufí que vivió en el siglo VIII. Aquella mujer nació en una

⁸ La kurta es una prenda tradicional que se usa en muchos países de mayoría musulmana. Consiste en un vestido de paño que llega hasta debajo de la cintura. Da una sensación de frescura y protege la piel de los solazos que azotan esas latitudes.

⁹ Un chico de quince años, Khaled Mohamed Bakara, estuvo un mes en una celda, rodeado de presos adultos, luego de que el director de su escuela llamara a la policía porque le encontró en los cuadernos unos mensajes a favor del ex presidente Morsi. Ver Kingsley, Patrick (2013). "Egyptian boy arrested after teacher finds stationery with pro-Morsi symbol", artículo publicado por The Guardian el 10 de diciembre de 2013. Recuperado de: <http://lnnk.in/d0aM>

familia pobre y fue la cuarta hija, de ahí su nombre (Rabia significa “cuarta”)¹⁰.

La mezquita de Rabia se convirtió en la sede del acampe más grande contra el golpe. Seis semanas de sentadas y manifestaciones, hasta que el 14 de agosto de 2013 la dictadura decidió desalojar el edificio. Para eso usó balas de plomo, matando a por lo menos 817 personas¹¹ en pocas horas, aunque algunas organizaciones opinan que el número de fallecidos puede haber rondado los 2000. La mayoría de estos manifestantes estaban desarmados¹². Todos eran civiles.

En el mercado Jan el-Jalili, el Maracaná del regateo, yo era el único paseante. Todavía se vendía ahí de todo, pero con caras largas. Intenté comprar unas sandalias. Entré a una tienda y pregunté el precio. “Treinta libras”, dijo el viejo. Tres

¹⁰ Rabia “quería prender fuego el paraíso e inundar el infierno” para que los servidores de Dios no lo adoraran por interés. Se cuenta que una noche la santa se quedó dormida después de orar muchas horas. Entre la bruma, un ladrón se coló en su casa y quiso robarle el pañuelo que cubría su cabeza. Pero una vez que obtuvo la tela, el intruso no pudo encontrar la salida. Confundido, volvió a poner el pañuelo en su lugar. Al rato halló la puerta. Estaba por irse cuando lo pensó bien y regresó: realmente quería llevarse el pañuelo de Rabia. Sin embargo volvió a dar vueltas con la prenda en la mano. La salida había desaparecido. Tras varios intentos, escuchó una voz que decía: “¿Por qué atraes la desgracia? La dueña de este pañuelo se ha entregado a otro Ser. Ni siquiera Satán puede acercársele. Menos podrá robarle un ladrón. Vete”.

¹¹ Datos suministrados por la organización Human Rights Watch. Ver HRW (2014). “Egypt: Rab’a Killings Likely Crimes against Humanity”. Publicado el 12 de Agosto de 2014. Link: <https://www.hrw.org/news/2014/08/12/egypt-raba-killings-likely-crimes-against-humanity>.

¹² En aquella oportunidad, la revista francesa Charlie Hebdo puso en tapa el dibujo de un musulmán acribillado, con un libro en las manos y diciendo “el Corán es una mierda, no protege de las balas”. A algunos egipcios —especialmente a los familiares de las más de ochocientas víctimas fatales— les costó entender el chiste.

euros por un calzado de cuero. A pesar de que era buen precio, yo sabía que no había que quedarse con la primera cifra. Ofrecí veinte libras. El hombre dijo que no y dio por zanjada la discusión.

No había música ni pregones. El mercado era una tumba. Cientos de personas se apelmazaban esquivando el tráfico. Amagué con irme –¡funciona en cada bazar del mundo!– y el vendedor ni se inmutó. Vencido, compré las sandalias y pensé: ¿cuánta tristeza tiene que sentir un árabe para llegar al punto de evitar el regateo?

Quizá influyera la perspectiva. A sus treinta y un años, Ahmed Harara era dentista y vivía en un distrito acomodado de El Cairo. No cuesta imaginarlo satisfecho, con su departamento y su auto último modelo. Corrían los primeros días de 2011 cuando vio por televisión que las masas pedían la renuncia de Mubarak, el dictador que gobernaba desde que él tenía memoria.

“Escuché que el pueblo gritaba en plaza Tahrir y bajé. A mí me iba bien, aunque sabía –lo había sabido siempre– que la mayoría de la gente solo tenía tiempo para pensar en comer”, recordó él cuando nos juntamos a conversar en el Riche, un bar que parece salido del film *Casablanca*.



comprar. Salió a la calle. Se unió a las protestas. Hasta que en uno de los enfrentamientos con la policía le volaron un ojo.

Tuerto, Harara siguió yendo a las manifestaciones con un parche para tapar el buraco que le había dejado la bala. En Tahrir se sentía vivo. Charlaba con muchachas y muchachos que le hablaban de libros, de canciones, de formas de vida que no había conocido antes. Once meses después de la primera lesión, la policía volvió a apuntarle. Un perdigón de goma seis veces más grande de lo normal le impactó en el otro ojo, el sano.

Despertó en la cama de un hospital. No veía. Se levantó, quiso irse rápido, y por la noche apareció en televisión nacional todavía con las vendas, llamando a la gente a no caer en la trampa del miedo. “Me quitaron los ojos, no la dignidad”, repetía. Estaba ciego.

Al tiempo que Ahmed conseguía un par de ojos de vidrio, empezó a circular en Internet un video casero que indignó a todo Egipto. Aún está en YouTube: la policía se ve de espaldas, reprimiendo a un grupo de manifestantes que tira piedras. Un agente entra en plano y apunta a la muchedumbre. No a los pies, sino a la altura de las cabezas. Dispara. Sus compañeros lo felicitan:

–¡Esssa! ¡Se la diste justo en el ojo!

Con el correr de los meses se supo que otros habían sufrido heridas como las de Harara. Incluso se identificó a

personajes escalofriantes, como el cabrón que disparaba en aquel video que se viralizó, el lugarteniente primero Mahmoud Sobhi El Shinawi, alias “el cazador de ojos”.

La ceguera era una política de Estado.

Le pregunté a Ahmed qué pensaba sobre las futuras elecciones que promocionaban los militares. Tenían mucho de farsa, puesto que la posibilidad de presentar candidatos estaba sumamente controlada.

—¿Qué creés que debería hacer la población ante estas elecciones?

—Participar, votando en contra del candidato que ponga el ejército.

Me descolocó que Harara estuviera a favor de responder a las iniciativas de los milicos. La suya era la postura “cosmopolita”, la de Twitter y Facebook, la que quiere dar vuelta la página de un pasado de autócratas y conservadores. El problema es que en la página siguiente había generales con ansias de perpetuarse en la cima de la pirámide social.

—¿Pero creés que en Egipto ha habido un golpe?

—No. Creo en el poder del pueblo, que echó a los Hermanos Musulmanes.

—Sin embargo gobiernan los militares...

—Los militares, y especialmente su líder, el general Abdelfatah Al-Sisi, apuestan a hipnotizar a la población prometiendo “luchar contra los terroristas”. Quieren transmitir que la rebelión no ha servido, pero el pueblo sabe que la relación de fuerzas cambió. Eso es irreversible.

La historia no parece darle la razón. Los jóvenes que integraron la *crème* de la revolución contra Mubarak están hoy fuera de la torta del poder. Los militares controlan entre el diez y el cuarenta por ciento de la economía, y mantienen aceitados contactos con la élite. No se trata solo de armas: la corporación castrense produce desde fideos hasta ropa, pasando por la cría de ganado, y recibe —después de Israel— la mayor “ayuda económica” de la región por parte de Estados Unidos.

Había terminado mi té. Me caía bien Ahmed, pero no estaba de acuerdo con nada de lo que decía. Lo miré de cerca con la impunidad que a veces sentimos frente a los ciegos. Harara parpadeaba exactamente cada un segundo, y la palabra “*libertad*” que se leía en su ojo de vidrio izquierdo titilaba en cada pestaño. Sí, tenía un ojo escrito. Literalmente: letras negras, en árabe, sobre un fondo blanco. En el ocaso del invierno cairota, entre las mesas del Riche, su contorno insinuaba el boceto de un personaje de cómic.

—Contame de tu ojo escrito.

—Ah, esto. Perdí los ojos por la libertad, y se me ocurrió que estaba bueno escribir esa palabra en mi ojo de vidrio para que no se olvide. De paso varío y llevo uno de cada color, je.



Ahmed me juró que con fe se pueden “torcer las leyes de la naturaleza”.

Salimos. En la calle lo trataban como a un tótem. Lo paraban para abrazarlo. Una mujer lo encaró: “Ahmed, me gusta cómo hablás, pero ¿por qué criticás al ejército?”. (Había tal bombardeo mediático que incluso posturas como la de Harara eran consideradas subversivas. Por eso la señora preguntaba. Estaba indignada, le costaba respirar).

Ahmed se puso a darle razones. Es una de esas personas dispuestas a convencer al resto de la humanidad uno por uno. Le pregunté cómo hacía para ser tan positivo. “La fe. A ver si me sale traducirlo al inglés... *with faith you can bend the laws of nature* (‘con fe, podés torcer las leyes de la naturaleza’).”

Lo vi irse tanteando el suelo, entre las tinieblas azules de una de las ciudades más populosas del mundo. No iba solo. Lo rodeaba cada vez más gente.

Me senté en otro bar, bajo un toldo. La luna se colaba a través de los agujeros de bala que había dejado en la tela la última represión. Pedí una shisha¹³ y me puse a mirar el trazo negro de los tanques. A través del humo, un hombre me dio charla desde la mesa de al lado. Le comenté que hacía un rato me habían querido vender hongos alucinógenos. “Ah – respondió–, la mitad de los cairotas toma drogas”.

Nos quedamos en un cuelgue reflexivo, mirando la tele. En la pantalla un periodista recalcaba que el gobierno militar

¹³ Aparatito de vidrio que se usa para fumar tabaco u otras hierbas, a modo de pipa mejorada.

era imprescindible “para combatir al extremismo”. “A la larga, yo creo que el objetivo del ejército es aniquilar a los opositores”, opiné. “Y a lo mejor lo hacen –agregó el parroquiano–. Lo único que yo puedo decirle es que Egipto no se romperá. No somos Libia, Irak ni Siria. Aunque pase lo que está pasando, aunque tengamos 40% de desocupación, Egipto no se romperá¹⁴”.



AREF

Antes de salir de El Cairo, dos amigos nacidos en Yemen, Aref y Sufi, me ofrecieron pasar Año Nuevo con ellos. “Vas a ver. Te tenemos una sorpresa”, dijeron. Los seguí hasta un callejón por el que yo había ido mil veces. Esa noche dieron un giro inesperado. Entonces lo noté: había un cartel al fondo. Decía “Stella”. Detrás de la puerta, a trasluz, otros muchos yemeníes escapados de la guerra civil¹⁵ le entraban a la birra.

¹⁴ Es interesante recordar que al sur de Egipto existe uno de los contadísimos territorios del planeta que ningún estado reclama, lo que en la jerga nerd se denomina “terra nullius”. Esta zona se llama Bir Tawil. Y aunque dicen que ahí no crecen ni los cactus, en 2014 apareció un estadounidense llamado Jeremiah Heaton y se declaró rey de “Sudán del Norte”.

Heaton promociona a “su país” por Internet. ¿Qué lo llevó a plantar bandera en tierra de nadie? Quiso darle el gusto a su hija de siete años, que le taladraba la mente jurando que quería ser princesa de algún lugar. El lugar fue Bir Tawil: un páramo de 2060 kilómetros cuadrados sin infraestructura ni habitantes. Punto ideal para enviar a la niña que tanto le ha hinchado la paciencia a su padre y –por qué no– fletar a los monarcas del mundo para que templen sus reales nalgas al sol.

¹⁵ Desde 2015 Yemen está en guerra civil. Las hostilidades han causado miles de muertos y han puesto a más de tres millones de niños bajo el límite de la desnutrición.

El islam prohíbe el alcohol, y no es común encontrar cerveza en los países de Medio Oriente. Al no estar acostumbrados a tomar, muchos musulmanes se ponen en curda con el primero o el segundo vaso. Vi que algunos clientes ya caían redondos al suelo, de cabeza.

Conversábamos. Chispeados por la bebida, mis amigos yemeníes eran una masa. Sufi tiene un bar en Adén, y Aref es un refugiado político que habla perfecto español porque estudió química en Cuba, en la época en que el sur de Yemen era comunista¹⁶. Ninguno de los dos tenía un cobre, e igual me invitaban a tomar y a comer de todo porque querían contarme de su país.

“Supongamos que vos y yo peleamos. Yo estoy con mi revólver y vos con tu pluma. Yo soy más fuerte, pero vos sos más valiente”, sentenció Aref, y guardo esa frase como un tesoro a descifrar.

Mi otro tesoro es una cartita que escribió Sufi con el poco inglés que sabe. Me la dio cuando nos estábamos despidiendo. Todavía la conservo. Dice más o menos así: “el sol nos da calor y la luna me da luz. Pero vos me diste amistad”.

¹⁶ Yemen del Sur fue, de hecho, el primer estado árabe comunista de la historia. Hoy el país ya no existe: su gente se muere a causa de la guerra civil y los ataques de potencias como Arabia Saudita.

The sun give us
The hot and the moon
Give us the light
But you kako
give me ferend ship.
your ferends

ms AbduRuhman
and
Al Hassan

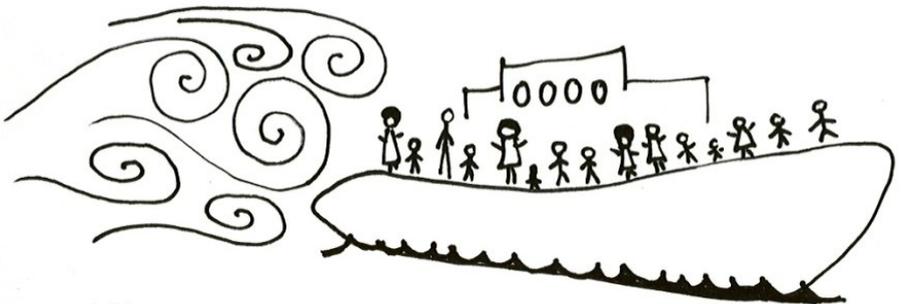
Carta que escribió Sufi antes de despedirnos: "El sol nos da calor y la luna nos da luz. Pero vos, Kako, me diste amistad" ("Kako" viene de "Facu").

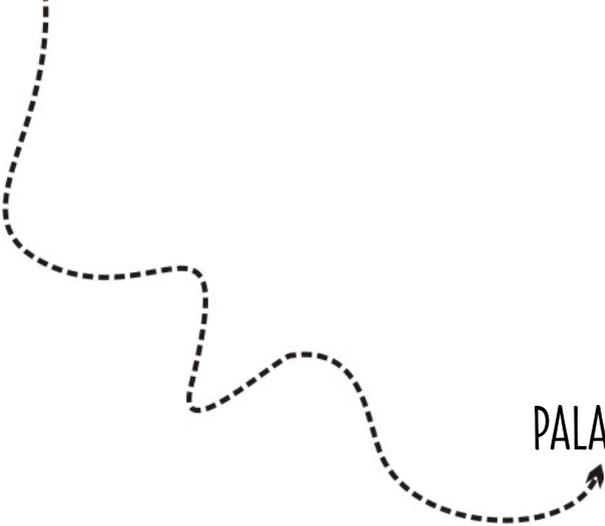
Cerca de la frontera sur de Egipto, antes de subirme al ferry que me llevaría a Sudán, apunté en mi cuaderno:

“...Un bote pasa por la mitad del disco que hace el sol sobre la superficie calma del Nilo. Una nube de mosquitos se acerca a mi mesa. El viento de la tarde sopla, los aleja. Los últimos resplandores se extinguen entre nubes rojas, y el canto de una garza se mezcla con el de una sirena policial.

Desde un callejón, la frase ‘Alá es grande’ derrumba el paisaje y se lleva puestas las otras sensaciones. Es la llamada desde el altavoz de una mezquita. Se van sumando llamadas de otros templos y con la noche entro en ese torbellino de fe que me arroja a un optimismo inexplicable.

Vuelve el silencio, ya veo los astros. Estoy tan lejos. Enciendo la radio portátil que me gusta llevar en mis viajes: lo primero que suena en la fritura del éter es el tango La Cumparsita”.





PALACIOS EN EL CIELO

"Basta empezar a decir de algo: ¡Ah, qué bonito, habría que fotografiarlo! y ya estás en el terreno de quien piensa que todo lo que no se fotografía se pierde, es como si no hubiera existido, y por lo tanto para vivir verdaderamente hay que fotografiar todo lo que se pueda, y para fotografiarlo todo es preciso: o bien vivir de la manera más fotografiable posible, o bien considerar fotografiable cada momento de la propia vida. La primera vía lleva a la estupidez, la segunda a la locura"

(Aventuras de un fotógrafo, Italo Calvino, 1953)

"Nunca vi una cosa así", me dijo el corresponsal de guerra Nicolás Valle cuando le pregunté cómo era el barco que une la frontera de Egipto con Sudán. Hizo un tic misterioso y la charla pasó, pero a mí me había impactado aquella expresión, ese sello de vértigo que deja la aventura en la mirada. Por eso poco después me vi siguiendo la costa del Nilo hasta el lago Nasser. Quería sacar mis propias conclusiones.

Allá en el puerto de Asuán, bien al sur de Egipto, los pescadores me aseguraron que el viaje en ferry hasta la

aduana sudanesa en Wadi Halfa duraba veinticuatro horas. Observé la chatarra flotante: daba la sensación de que uno se estaba por subir en el Arca de Noé.

Alrededor se apiñaban cientos de hombres, mujeres y niños.

Estaba también el equipaje. En muchos rincones del África, lo que una persona pueda llevar consigo supone el capital de toda una vida. Un tipo pretendía subir con seis televisores; otro sonreía pidiendo ayuda para meter lo que deben haber sido unos doscientos kilos de queso —¡y el olor, con cuarenta grados a la sombra!—. A un costado, dos recién casados arrastraban bultos con cacerolas, una cocina, manteles. Todos se estorbaban y asistían a la vez, hasta que conseguían embarcar los cachivaches.

Yo tenía un ticket de segunda clase y unos sándwiches de queso. Subí a cubierta, me acomodé en el vértice que marcaba la punta de la proa. Soplaba un viento amable sobre el río y la gente seguía llegando. En medio del trajín, un hombrecito zaparrastroso me dijo por señas que me fuera a otra parte, que en la proa no podía estar. La simpatía no era su fuerte. Chasqueaba los dedos con un aire de autoridad que traduje como “picátelas de acá ya mismo”.

—¿Y quién me obliga?— lo apuré en inglés.

—Soy el capitán— respondió.

Hice un montoncito con la mano y me mordí el labio.

—¡Pero qué vas a ser el capitán, si andás en chancletas y todo despeinado!— zumbé.

El petiso volvió con dos grandotes y tuve que moverme. Recién ahí entendí. De pronto los pasajeros del barco se orientaron hacia La Meca, con un sol geométrico —casi abstracto— como tapiz de fondo. Yo había estado ocupando el lugar que la tripulación usaba para la oración de la tarde. Al terminar su rezo, nuestro capitancito se levantó, se puso las chancletas y arrancó el motor sin decir más.

Volví a la proa y me ubiqué donde estaba antes, al aire libre. Estábamos navegando. Apareció un policía y me pidió el pasaporte. Se lo di tranqui. Él me dijo “*shukran* (gracias), ya vengo” y se metió dentro de la carcacha. A la media hora no había vuelto. Tuve que internarme en el barco para buscarlo, y lo que presencié fue apocalíptico.

En los galpones de abajo se peleaba a gritos o a golpes por cada butaca. Todo en un mazacote de bebés que lloraban, discusiones, batir de tambores y olor a mierda. Yo iba preguntando por mi pasaporte, y el loco de los doscientos kilos de queso todavía sonreía, acuclillado sobre una horma gigantesca.

Recuperé mis papeles entrada la noche: había sido otro malentendido, nunca supe cuál. Ahora el ferry avanzaba con pereza y sin más pompa que un par de foquitos; un oasis de luz a través del Nilo a oscuras.

El cielo era mi techo. Estaba instalado en la cubierta, al lado de la baranda, sobre unos cartones. A eso de las dos de la mañana se nos acercó un crucero con turistas y nos pasó por el costado. Miré las ventanas del barco. Saludé. Todos saludamos. Enfrente, los del crucero andaban en bata por sus

habitaciones de colores o tomando whisky en los jacuzzis. También movían los brazos, como en un espejo. Ricos y pobres nos vimos pasar y nos reímos de ese cuadro estrafalario.

Hasta Wadi Halfa hay más de trescientos kilómetros, de modo que continuamos hacia el sur. La madrugada era una fiesta de conversaciones que subían y bajaban con el vaivén del agua, y entré en el sueño mecido por el murmullo de la multitud.

Me despertó el sol. En el horizonte rosado se distinguían las esculturas en piedra de Abu Simbel, construidas hace más de tres mil años. Son un monumento colosal¹⁷. Sin embargo, yo ya había empezado a sospechar que el corazón de todo viaje no está ni en los tesoros arqueológicos ni en las reservas naturales. Es más: mientras dormía, alguien había puesto un nylon sobre mis piernas para que no pasara frío. Esa ternura anónima me conmovió más que las pirámides.

Un día después de haber salido llegamos a Sudán. En el muelle me despedí de unos quince o veinte pasajeros que insistían en anotar mi email en su antebrazo y pedir a Alá que me protegiera. Me sentía agotado, e igual quería andar hasta donde diera el cuero. El virus nómada.

¹⁷ El complejo de Abu Simbel fue desmontado parte por parte en los sesenta, cuando se estaba construyendo la represa de Asuán. El monumento se dividió en piezas y volvió a armarse en otro sitio para evitar que quedara sumergido bajo el agua.

En Wadi era un marciano. Tal es así que tuve que ir a la “Aliens Registration Office”, u “oficina de registro de aliens (sic)¹⁸”, para comunicarle mi llegada a la policía sudanesa. Al final del trámite, conseguí el último lugar en una combi que tomaba la ruta del Sahara. Tampoco ahí quedaba un centímetro sin ocupar. Me acovaché como pude al lado del conductor. Tenía que abrir las rodillas para que él pudiera hacer los cambios.

Avanzamos. De los parlantes de la combi salían ritmos árabes, pero luego —ya tierra adentro— el chofer me codeó y me guiñó un ojo, como diciendo “atención, voy a poner música de tu país”. Puso Britney Spears. Yo me agarré los pelos con cara de horror y escuché que la camioneta estallaba en carcajadas, quebrando el silencio del camino que se perdía en la arena.

Anotaciones en mi diario:

“Varios sudaneses me han advertido que hay que tener cuidado con la policía secreta. Se supone que está por todos lados y que los polis pueden encararme de improviso para verificar si tengo los papeles que pide el gobierno. Hasta para hacer fotos tuve que firmar documentos declarando que no voy a sacarle a puentes ni a infraestructuras que puedan tener importancia militar...”

En otra hoja:

¹⁸ Por “extranjeros”.

“...Son mis primeros días con mefloquina, el medicamento contra la malaria que ha vuelto locos a tantos soldados. Sumamente deprimido. Posibles efectos adversos: pesadillas, mareos, alucinaciones y cambios de ánimo. Dicho esto, me gustaría contradecirme: estoy más feliz que nunca, surcando el camino en alfombra voladora...”¹⁹.

La ruta en el desierto más inmenso que existe. Donde antes había una senda borrosa, hoy se extiende la cinta negra del asfalto. Los minibuses han reemplazado parcialmente a los camellos; aunque las dunas siguen ahí, desplazándose con su propio sentido. El margen del Nilo se aviva en aldeas que dan la impresión de estar pendidas de una hilacha, colgando del cielo. Las casas son de tierra, y la gente ríe tanto, pero tanto, que uno termina preguntándose qué será la felicidad.



La combi se detuvo ciento sesenta kilómetros más tarde, en un pueblo que se llama Abri. A orillas del río, en uno de esos atardeceres de África, conocí a Magzoub Hassan. Magzoub me invitó a casas, a fiestas, a tomar el té y a cocinar con su familia. Pertenece a los nubios, gente que media entre

¹⁹ Según la Organización Mundial de la Salud, todos los años se registran en el mundo más de 200 millones de casos de malaria. En algunas zonas del continente afro cada familia tiene al menos un muerto a causa de esta enfermedad. Dos tercios de estas víctimas son niños.

el mundo árabe y el “continente negro”. Todavía lo recuerdo, a pie pelado entre las rocas, repitiendo con voz danzarina:

— ¡Vení a nadar conmigo! ¡No hay peligro, los cocodrilos están en la otra orilla!

La técnica del pie-termómetro me indicó que el agua estaba fría, por lo que en vez de nadar me quedé charlando con Magzoub. El paisaje fue bajando los decibeles. Dicen, y mi experiencia no puede desmentirlo, que en estas latitudes toda la belleza tiende a concentrarse en pequeños instantes. Dicen también que uno de esos instantes es el atardecer.

—¿No te metés al río? Bueno, entonces voy a cantar una canción. Habla sobre una represa que quisieron construir los chinos— explicó Magzoub.

En Abri afirman que China mandó ingenieros para hacer prospecciones. El plan era construir una represa hidroeléctrica en esa parte del Nilo.

—Cuando mis paisanos se enteraron de que los chinos planeaban sumergir sus casas para construir la represa, los empujaron al agua y dejaron que los llevara la corriente²⁰.

—¿Tu canción habla de eso?

²⁰ El relato se hace eco de lo que pasó con la ciudad antigua de Wadi Halfa, que quedó bajo las aguas durante la construcción de la represa de Asuán, inaugurada en 1970.

—Sí. Escuchá.

Enseguida supe que Magzoub era un gran cantor, que su tribu pelea por la libertad desde hace milenios y que esas canciones compartidas bajo la luz de la luna le servían a él y a sus amigos para recordar que ni el dinero, ni el progreso ni la fama lo son todo en esta vida.

Así empezó mi travesía por Sudán. En Abri y escuchando canciones. En este sitio sin cine ni centros comerciales, donde hay electricidad durante ocho horas diarias, no vi una sola persona que pareciera triste. Magzoub me llevó por el hospital y el mercado; y en absolutamente todos los hogares me abrieron la puerta y me dieron un plato de comida o una buena historia para guardar en la mochila. Historias de pueblo, como la que transcribo a continuación.

El campo que brillaba de noche

Los nubios aman su patria chica. “Sin nuestra tierra, seríamos como los árabes”, dicen. Para ellos “árabe” es sinónimo de “desarraigado”.

Me contó Magzoub que cada nubio nacido allí tiene derecho a un terreno propio. Por lo tanto, al casarse puede ir a la municipalidad y reclamar una parcela. Entonces los hombres de la región se reúnen y hacen una especie de sorteo.

El reparto no es sencillo. Primero ponen números sobre una mesa. Después cada uno saca un número. Un número, un campo. Pero nadie conoce de antemano qué campo se esconde tras cada número. Puede que la tierra que te

toca no esté cerca del centro. Puede que sea fértil o pura arena. Cuando termina esta lotería, no todos quedan contentos. Siempre hay quejas, algunas caras largas, trueques y negocios varios.

Magzoub se frota las manos: “tengo un amigo, Sharif, al que le había tocado un campo lejísimos, en las dunas. Sin embargo se lo veía conforme. Lo mirábamos entrar al bar y nada. Sonriendo. Siempre sonriendo. ‘No puede ser que haya quedado contento’, decían los viejos...y tenían razón. ¡Era muy mala suerte que te tocara ese campo! ¡El peor campo del pueblo! Días después, dos o tres de los que estamos siempre ahí fumando shisha le preguntamos por qué estaba tan feliz”.

—Si prometen no decirle a nadie, lo cuento. Es que fui a mi campo la otra noche y me pareció que algo brillaba. Yo creo que hay oro. Lástima que no tenga dinero para conseguirme un detector de metales, porque si no me sacaría la duda. Algún día voy a encontrar... ya van a ver. Insisto: ¡no le cuenten esto a nadie, por favor! ¡A nadie!

Obviamente, la noticia corrió más rápido que el viento. Medio pueblo empezó a decir que Sharif había hallado metales preciosos. Incluso un hombre al que le había tocado un buen terreno en el sorteo lo fue a buscar y le ofreció darle su campo y una suma de dinero a cambio de que Sharif le cediera aquella probable mina de oro.

—Hermano, cómo te voy a pedir dinero si hemos crecido juntos. No hace falta. Yo soy pobre. No tengo cómo investigar si ahí hay metales. Vos vas a aprovecharlo mejor. Hagamos un trueque de los terrenos y listo—aceptó Sharif, con cara de resignado.

Dicho y hecho. Sharif y el otro firmaron los papeles legales e intercambiaron el campo del centro por el que tenía aquellos “brillos nocturnos”.

—Y así mi amigo, *clever man*, cambió su campo allá lejos por uno en el centro— concluyó Magzoub.

—¿Y el oro?

—¿Qué oro? ¡jajajajajaja!

Hay lugares que producen nostalgia inmediata; Abri es uno de ellos. Al despedirme, tuve la sensación de que se desvanecía como un castillo de arena entre las olas, a última hora de la tarde.

“La pequeña isla de Suakin, 58 kilómetros al sur de Port Sudan, fue alguna vez un gran centro de comercio (...) Parece que la reina Balgies, de Yemen, le mandó siete doncellas vírgenes al rey Salomón de Jerusalén. En el camino a Ciudad Santa, sin embargo, una tormenta desvió el barco hasta Suakin. Para cuando la nave llegó a Jerusalén, todas las muchachas estaban embarazadas. Las damas juraron que habían sido forzadas por un genio que vivía en la isla. Por eso el sitio se llama Suakin, ‘la tierra del genio’” (relato sacado de una vieja guía turística que encontré, completamente desencuadernada y comida por las ratas, entre las calles de Abri).



¿Qué habrá detrás de las historias de genios?

Siguiendo el Nilo, unos cuatrocientos kilómetros al sur de Abri, me encontré con Dóngola. Compré unos *falafels*²¹ en una avenida y me puse a conversar con un tipo. El flaco me repetía que quería irse porque en ese lugar “nunca pasa nada”. No estuve de acuerdo. Hace muchos años empezó allí, en Dóngola, una de las historias más extrañas en la larga lista de historias extrañas que tiene la lucha por la independencia africana.

²¹ Albóndiga hecha con pasta de garbanzos que se come como un sándwich. Zafa.

Me refiero a lo que hizo Mohammed Ahmed, un dongoleño que logró quitarse el yugo imperialista durante buena parte del siglo XIX. Desde chico era capaz de recitar cientos de páginas del Corán. Ya joven, tuvo una revelación. “Se le apareció Dios” y le dijo que no necesitaba guías: él mismo era el profeta que el Islam había estado esperando. De rezo en rezo, el fervor se convirtió en ansia por liberar al mundo y “convencerlo de la verdadera religión”. El *Mahdi*, el elegido, se hizo con un ejército de decenas de miles de fanáticos dispuestos a morir por él.

Y de repente sitió Jartum, la capital del Sudán. El cerco duró diez meses. Más de trescientos días en los que su enemigo, el general británico George Gordon, intentó resistir. Gordon esperaba los refuerzos que le había fletado la metrópoli. Estaba tan corto de plata que repartía esquelas firmadas por él mismo para que se usaran como moneda en las transacciones de la ciudad, y para levantar la moral hacía que una banda de música tocara varias veces al día.

Por supuesto, las serenatas no consiguieron que el cráneo del inglés siguiera adherido a sus hombros. La conquista de Jartum se concretó el 26 de enero de 1885. A Gordon le rebanaron la cabeza y se la llevaron al “mesías”. Había nacido el Imperio de los Derviches^{22,23}.

²² “Hay muchos cristianos que (...) consideran al Mahdi meramente como un impostor a quien las circunstancias elevaron a la notoriedad. En cierto sentido, eso puede ser cierto. Pero no sé cómo puede distinguirse un profeta genuino de uno espurio, excepto por la magnitud de sus éxitos. Y los triunfos del Mahdi en su época fueron mucho mayores que los del fundador del Islam (...)”. Churchill, Winston (1899). *The River War* (pág. 31). Londres: Longman, Green & Co. Disponible en <https://www.gutenberg.org/files/4943/4943-h/4943-h.htm>.

El *Mahdi* chorreaba un aura milagrera. De acuerdo con las memorias de Joseph Ohrwalder —un cura de aquel tiempo que fue capturado por los sudaneses— la maravilla más famosa que se le atribuía era la de convertir las balas enemigas en agua²⁴. Con semejantes prodigios, el reclutamiento estaba garantizado.

En los cuarteles podían llegar a contarse hasta cien mil personas viviendo sin demasiado orden ni jerarquía. Donde gobernaba el Mesías, era pecado hablar con mujeres que no fueran de la familia. Decir “malas palabras” se castigaba con latigazos y —al menos en un principio— el mercado estaba regulado para no acentuar las diferencias sociales²⁵²⁶.

Diariamente, personas de todo origen iban a pedirle ayuda al Elegido. A veces las demandas eran pintorescas, como la que refiere el mencionado sacerdote Ohrwalder:

²³ “Derviche” viene de la palabra turca *derviş*, que literalmente significa “mendigo”. Esta, a su vez, viene de vocablo persa *darvīsh*. Usualmente se les llama derviches a los miembros de algunas hermandades musulmanas que se caracterizan por el ascetismo y por prácticas místicas como el famoso baile giratorio.

²⁴ Ohrwalder, Joseph (1892). *Ten years' captivity in the Mahdi's camp (1882-1892)*, con traducción al inglés del mayor F. R. Wingate. Londres: Sampson Low, Marston & Company. Disponible en: <http://www.gutenberg.org/ebooks/32875>.

²⁵ A pesar de su etnocentrismo, el general Gordon había percibido este componente igualitario. En su relato del asedio anotó: “No creo que el fanatismo exista como existía antes en el mundo, a juzgar por lo que he visto en esta llamada ‘tierra de fanáticos’. Se trata más de una cuestión de propiedad, y es más una especie de comunismo bajo las banderas de la religión” (Diarios del Capitán Gordon en Jartum, citados por Churchill en el capítulo 1 de *The River War*).

²⁶ La bibliografía colonial asocia al gobierno del Mahdi con el comercio de esclavos. A fines del XIX, la opinión pública del Reino Unido estaba en contra de la esclavitud, y esa posición era la excusa ideal para invadir países lejanos y “civilizarlos”.

“(...) Nuestra charla se interrumpió con las oraciones de la tarde. Luego el Mahdi recibió gente (...) Apareció un enano que contó que había ido ahí a pedir por una esposa, y explicó que tener una era el deseo de su corazón, después de lo cual el Mahdi dio orden de que le dieran una. Hecho esto, se levantó para irse y se me permitió volver a mi tienda...”²⁷.

¿Dónde habrá terminado la cabeza de Gordon? El parnaso occidental lo convirtió en un “héroe de la civilización”, y los libros describieron su muerte en combate, momento en que se supone gritó “¿dónde está el que os lidera?”²⁸ justo antes de ser lanceado por los “salvajes”.

En la localidad cercana de Omdurmán, dentro de la casa histórica que habitó el *Mahdi*, nadie me confirmó la valentía de Gordon. “Bah. En realidad el inglés no enfrentó a los guerreros. Es más, le habían pedido que se entregara para no tener que matarlo. Salió corriendo y bueno, ejem, pasó lo que pasó”, me aseguró un guía.

Tampoco el *Mahdi* vivió mucho. Refutando sus propias creencias, falleció unos meses después de aquella victoria sobre Gordon. A los británicos les tomó más de diez años volver a formar un ejército capaz de desafiar a los derviches. Cuando finalmente los vencieron, en 1898, profanaron la tumba de Mohammed Ahmed “el *Mahdi*” y tiraron su cuerpo al Nilo. Tanta agua para apagar tanto fuego.

²⁷ Ohrwalder, Joseph, op. cit. Capítulo VI.

²⁸ Léase con voz de señorito inglés.

En Jartum conocí a otro Magzoub. Este trabajaba en la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Lo fui a ver porque quería ir hacia Sudán del Sur, que estaba en medio de una guerra civil. El hombre me recibió bien y me invitó a comer comida libanesa. En el restaurante tuve que decirle que se controlara un poco, porque empezó a chillar:

—¡Sudán está gobernado por un mono! ¡Nos vigila la policía secreta todo el tiempo!

El escándalo podía costarnos la cárcel.

—Magzoub, no hables tan fuerte. Seguro que acá hay gente vigilándote.

—Pero es la verdad. Estamos gobernados por un mono. Y la ONU es igual. Habrás visto que en las oficinas tenemos cuatro o cinco camionetas 4x4. ¡No se usan nunca! ¿Cuántos podrían salvarse con lo que vale cada una? Como a idiotas, nos dicen que no hay plata para comprarles un aparato de diálisis a los refugiados de Sudán del Sur. ¡Los viejos se nos mueren como moscas, y aquí seguimos comiendo en restaurantes para conversar sobre derechos humanos!

Cuando se calmó, quedamos en que Magzoub iba a hacer lo posible por conseguirme un pase de la ONU para ingresar en zona de guerra. Le anoté mi número de pasaporte y mi teléfono. “Juntémonos mañana —dijo— así te cuento las novedades”.

Jartum central debe ser una de las pocas capitales africanas en las que un extranjero puede caminar

relativamente tranquilo a cualquier hora. Las costumbres del país están ligadas a la religión, y trasnochar no está bien visto. Después de las diez las calles se vacían. Cada tanto aparece algún loco hambriento, pero en general reina el silencio. Caminé hasta el hotel y preparé todo por si tenía que viajar.

Al otro día esperé una hora y media en el café. Magzoub no apareció. Lo llamé al celular y me pidió disculpas. Quedamos para encontrarnos el día siguiente. Tampoco fue. Volvió a pedirme disculpas y volvimos a quedar para otro día. Otra vez lo esperé dos horas. Ya no respondía las llamadas. Empecé a sospechar que tal vez él mismo era un agente de la policía secreta. De ser así, tenía todos mis datos.

Al sur el país se hace más fértil. La cercanía del trópico aumenta las lluvias, y algunos tributarios del Nilo amplían la zona verde. En el sureste, cerca de la frontera con Eritrea, está Kessala. Si no fuera porque los hombres andan por la calle con espadas, la mezquita de la hermandad Khatmiya sería el rasgo más alucinante de la comarca.

Allá iba. En la estación de micros tuve el honor de ver un paisaje con montañas imponentes y peatones en cuclillas que cagaban con solvencia a cielo abierto. Después de la sorpresa, de todos modos, la vida siguió más o menos como lo viene haciendo hace siglos.

Compré una sandía y me senté a filosofar al costado de la calle. Era la hora pico. Por la avenida principal —de tierra— había un gran embotellamiento. No de autos, sino de carros tirados por burros. Un bullicio sin motores, mezcla de bufidos de animales con ringtones y conversaciones. Los vendedores

de bananas competían con los de mango para ver quién se quedaba con qué. Bizarrias de la modernidad: en los bares, hombres con turbante hablaban por el celular con sus esposas o con alguno de sus seis o siete hijos. Mandaban whatsapps y se reían solos²⁹.

Hasta ahí lo que se ve y lo que se escucha. Había más, porque estaba en zona de suffies, y superpuesta con todo aquel bochinche vibraba otra ciudad. Una ciudad etérea, espiritual.

No lejos del centro —en la ladera de las montañas Takka— estaban los Khatmiya, guardianes de aquel lugar plagado de ensoñaciones. Camino a la mezquita ya había oído sus cantos confundiendo con el balido de las cabras. Las voces se hacían más claras a medida que remontaba las calles que conducían al templo. Ahí estaba la puerta.

Un par de datos antes de quitarse los zapatos y entrar: el sufismo es la rama mística del Islam. En Sudán es una de las corrientes predominantes, y los viernes uno puede tropezar

²⁹ El efecto de los smartphones en el África rural ha sido revolucionario. Los nómades, que antes vivían aislados, hoy se mandan emoticones desde arriba del camello. Lo mismo con los campesinos que tienen que tomar un colectivo: años atrás, para agarrar un micro había que esperar horas e incluso días en la parada. Hoy los viajeros apuntan el whatsapp del chofer y le consultan a él por los horarios o las eventualidades de la ruta.

Otro fenómeno paralelo se vincula con la pornografía. Miles de africanos han accedido al celular antes de ver televisión. En ese contexto, la circulación del porno es abrumadora. Y al ser las primeras imágenes en video que muchos ven en su vida, el impacto se multiplica. A tal punto es así que -cuando entraba en confianza- mis amigos afro enseguida preguntaban: “ey, ¿es verdad que ustedes los blancos cogen en cualquier parte, como se ve en las películas?”. Tuve que explicarles que no, que a veces llamábamos a la rotisería sin intención de empornarnos a la persona que trajera la pizza.

con derviches levantando nubes de polvo mientras giran en éxtasis en busca de la iluminación. Estos sufíes eran un poco más relajados. Me invitaron a pasar y a tomar café. Al principio desconfié: algunos religiosos parecían simplemente eso, religiosos. Otros no.

—Me encantaría tomar algo. Pero no tengo dinero...

Sacudieron las manos en el vacío:

—Bah, no hablemos de eso. Entrá. Quizás todos seamos sufíes alguna vez.

Acepté y me acomodé en la arena, que estaba fresca gracias a la sombra de los muros. Eran las siete de la mañana. Afuera iba subiendo el calor.

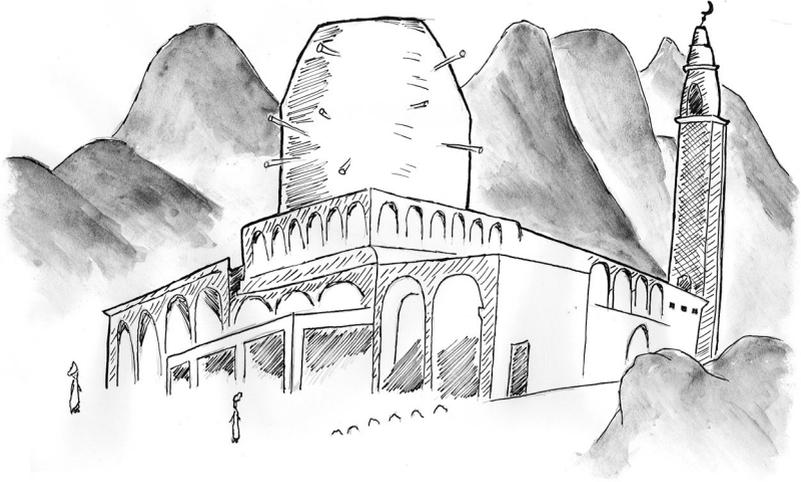
Había sufíes de distintos orígenes. Uno me avisó que el camino es sencillo: “hay que ayudar a los demás y hacer ayuno”. Otro me contó que cuando se aprende la *Verdad*, el pasado, el futuro e incluso las distancias dejan de existir, porque “se mira con los ojos de Alá”.

—¡Incluso podrías saber qué ocurre en Barcelona o Buenos Aires!

—¡Qué ahorro de teléfono!— respondí.

La broma les gustó. Diez o doce barbudos a las carcajadas. Estábamos descalzos, sin joyas ni objetos que nos alejaran. A esa altura formábamos un círculo en radiante

desconcierto, con el bullicio de las diversas tribus (algunas mucho más exóticas que la mía) marcando el compás.



Mezquita de Kessala

El que hizo de traductor era Ahmed, un empleado de comercio que cada tanto se toma unos meses para meterse en la mezquita. Curioso: por estos parajes hay personas que interrumpen sus tareas para recluirse treinta o sesenta días al año sin más que ellos mismos, resbalando por las horas nítidas del templo. “Necesitamos retomar el contacto con Dios. Hablando de ahorrar en teléfono; venir aquí, para nosotros, es como cargar las baterías del celular. Después nos comunicamos mejor”.

Ya más suelto, consulté acerca de la costumbre local de andar por la calle con espadas colgando de la cintura. Mi paranoia les causó gracia.

—Ah, las espadas —contestó Ahmed—. Aquí muchos son pastores. A veces los animales se hieren o enferman. Entonces sufren. Llevamos la espada para poder cortarles el cuello. ¡Zack!, y ya está. Les evitamos el sufrimiento.

A fuerza de café —picante y con toneladas de azúcar, como se estila aquí— el alba dio paso al fuego que abrasa cada tarde del Sudán. Cuando me fui era mediodía. Tomé un colectivo, los sufíes se quedaron echados a la sombra de las columnas de piedra. Cada cual volvió a su vida, pero entre todos nos repartimos los pedacitos de aquella mañana hecha de apretones de manos, turbantes y risas.



DROGAS Y CRIATURAS SALVAJES

“Viajaremos, cazaremos en los desiertos, dormiremos en las
calles empedradas de ciudades desconocidas, sin cuidados,
sin sufrimientos. O me despertaré, y las leyes y las
costumbres habrán cambiado (...)
¡Oh! La vida aventurera que habita en los libros infantiles (...)
¿me la regalarás tú?”
(Arthur Rimbaud, *Una temporada en el infierno*, 1873)

La camioneta estaba llena de hombres que querían cruzar la frontera. Iban al otro lado por un par de horas, a tomarse una cerveza o salir de levante, dos pecados que es riesgoso cometer en el lado sudanés. El Sudán, con su *sharia*³⁰, pena con cuarenta latigazos el consumo de alcohol, e imagínate que algo más doloroso podía pasar con las relaciones extramatrimoniales.

³⁰ La *sharia* o “senda” es el cuerpo de Derecho islámico. Es un código de conducta que abarca diversos aspectos de la vida y ha sido interpretado de distintas formas en cada país. En el caso sudanés, estas leyes son parte constitutiva del Estado.

Etiopía —país predominantemente cristiano— es más fiestero. Por eso los pasajeros estaban allí. Ninguno quería conversar sobre el tema: aceptaban la ironía de la situación y se reían entre dientes. Mirábamos el desierto por la ventanilla de la combi.

Crucé el borde a pie y en modo sauna, es decir chivando a lo loco. A unos metros estaba la casilla de la aduana. “Bienvenido a Etiopía”, decía una chapa en inglés. Un funcionario desganado me pidió el pasaporte y estampó el sello. Después me tiró los documentos deslizándolos por la mesa, se dio vuelta y siguió mirando la tele.

Enfilé hacia la ruta. Vi que el verde y el blanco que lo tiñen todo en Sudán cambiaban por colores vivos y por bares donde sí se vendía alcohol. Las etíopes, intensas como panteras, entornaban los ojos al caminante, mientras paseaban con desparpajo sus faldas y sus piernas.

Cuando llegué al primer sucucho con internet, me metí a mi mail y leí el siguiente mensaje:

Facundo:

Perdón por haber faltado a nuestra cita en Jartum. Me metieron en la cárcel. Ya estoy en casa pero han sido días complicados.

Magzoub (Jartum, Sudán).

Era Magzoub, el empleado de la ONU que decía que a su país lo gobernaba un mono. Evidentemente, alguien de la

policía secreta había oído lo que conversamos en el restaurante. Volví a escribirle: hasta hoy no he obtenido respuesta.

La opción que me quedaba para averiguar lo que estaba ocurriendo en la guerra de Sudán del Sur era ingresar por el centro del continente, o sea desde Uganda. Por lo pronto, decidí escabullirme hasta Harar, en el este de Etiopía. La ciudad amurallada es una de las perlas del Oriente africano.

En Harar aprendí mil cosas.

Por ejemplo, que en la vida de las hienas la droga juega un rol fundamental. Los pocos humanos que pretenden ser sus “amigos”, los tipos que se meten en medio de una manada cuyos dientes podrían desgarrar un muslo de cuajo, son personas que pasan el día mascando plantas psicotrópicas.

De manera que esta historia bien puede empezar con Yusuf Mume Saleh —“el hombre hiena”, como le dicen en su barrio— recostado sobre un árbol y masticando *khat*, vegetal que contiene cathinona y que por eso le pone los ojos rojos, la dentadura verde y la voz al borde del gruñido.

¿Por qué “Hombre hiena”? En el pueblo nadie ignora que hay noches en que el viejo Yusuf y su hijo se sientan en un cruce de caminos y empiezan a silbar a la oscuridad. No es una misa satánica. Es su modo de llamar a las bestias. El lugar se llena de siluetas agazapadas;



entonces los dos hombres sostienen pedazos de carne colgando entre los dientes y las hienas se los sacan con tarascones que se escuchan a varios metros. Tac, tac. Ese es el ritual, y la gente paga para verlo.

“¡Ni se te ocurra ir por las matas si está oscuro! *Algo* te puede comer”, advierten los vecinos en esta y otras esquinas del África. Las tinieblas activan aquí un repertorio de sentidos olvidados, recuerdo de alaridos, colmillos y horrores ancestrales. Por eso lo de Yusuf es una rareza.

Las hienas con pintas³¹ no son domésticas. Su pelo es una invitación a la caricia, pero tocarlas puede ser un error. Esas mandíbulas arrancarían tres dedos de un mordisco. Además está su apetito. Aunque pesan entre cincuenta y noventa kilos, son capaces de devorar el equivalente a un tercio de su peso en una sola cacería. Hembras y machos engullen cantidades similares porque sus cuerpos se parecen: el clítoris de las damas tiene casi el mismo tamaño que el pene de los caballeros. Claro que, como ocurre en nuestra especie, es más fácil observar estos detalles de noche.

Era temprano. Las hienas estaban en sus refugios. Yusuf descansaba y mascaba hierbas. Con su piel color madera y sus movimientos de insecto, el viejo semejava un bicho palo o una mantis. Lo de Hombre Hiena se lo tenía guardado.

³¹ El nombre científico de la especie es *crocuta crocuta*.

—Alto. Si me querés grabar te va a costar mil birr— comentó Yusuf a modo de saludo.

Mil birr son cincuenta dólares. Al pedo señalarle que difundir la historia iría en su propio beneficio. El veterano era inflexible.

—Es que tenés cara de millonario— me explicó Bememete, el traductor de la charla, que de a ratos hablaba en lengua oromo y de a ratos en inglés, casi siempre para decir boludeces.

Todo este asunto de pagar cincuenta dólares refleja el estado del periodismo en áreas aisladas. Porque nos mienten. Mienten las cadenas de televisión cuando ponen a un tipo con cara de aventurero haciéndose el que está nervioso ante la inminencia de la lluvia. *Bullshit*. La verdad es que tiene un helicóptero a su disposición para llevarlo a cualquier hotel. Igual nos muestran su preocupación en HD, y esconden el aporte de guías, traductores, porteadores y soldados locales de los que jamás sabremos nada. Para la tele occidental, los humanos del Tercer Mundo existen en la medida de su exotismo.

Lo que quiero decir es que la gran mayoría de esos “aventureros” que vemos en los documentales son en realidad clientes que pagan sumas delirantes para conseguir sus notas. Llevan un ejército de colaboradores. No corren ningún riesgo. Y cuando llega por allá un periodista independiente, se encuentra con que los africanos esperan dinero de todo cronista blanco. Es la costumbre.

Años atrás, una cadena internacional entrevistó a Yusuf. Publicó un artículo donde se decía que era un gurú, que no le importaba la plata y que hacía todo por amor a la

ecología. Como el lector común no tiene tiempo de ir a chequear esas noticias a Etiopía, la nota quedó ahí, disponible en la web, junto con otras verdades a medias.

Guardé mi grabador. Cuando la negociación parecía perdida, el corazón dolarizado de Yusuf entreabrió una rendija de piedad. "Ok. Te voy a hacer precio. Pero no me graves ahora. Estoy descansando".

Había una lona en la tierra y él estaba acostado ahí, bajo su árbol, con un kilo de hojas de *khat* a mano. No había casas alrededor. Arriba volaban en círculo las aves de rapiña.

—Estaría bueno, igual, que cuente un poco quién es usted...

—Soy Yusuf.

Toda la onda.

La desconexión duró hasta que mencioné a las hienas. Ahí Yusuf cambió de cara. "Conozco dos manadas. Viven acá, en el monte. Yo trato de que no se junten porque se arman 'guerras de hienas'. Un día llamo a un grupo y otro día llamo a las otras. No se mezclan. Ellas ya saben que son parte de mi familia", contó.

Hace más de dos décadas que las alimenta. A pesar de eso, cada vez que le preguntaba cómo arrancó él me cambiaba la respuesta. Resaltaba, eso sí, que jamás llevó palos ni cuchillos. Extendía las manos: "Mirá, no tengo ni una cicatriz".

—¿Cómo y por qué se le ocurrió darle de comer a las hienas solo, sin protección?

—Cuando empecé a construir mi casa tenía una vaca y un buey. Éramos muy pobres, no había corral. El ganado dormía a la intemperie y yo me pasaba las noches sin juntar los párpados, vigilando que no vinieran las hienas a llevarse todo. No sabía qué hacer, así que hablé con los campesinos más antiguos y me recomendaron que consiguiera perros guardianes. No funcionó. Tuve que probar otra cosa...

Las hienas forman clanes numerosos y ante la necesidad les da igual comerse un perro, un mono o una gamba humana. Yusuf les tiró piedras: volvían. Encendió fuego: esquivaban. Los animales incluso quisieron entrar a su casa y zamparse a su hijita. Al final, como la violencia no funcionaba, el hombre cambió de táctica. Juntó una carne medio podrida que les había sobrado a los carniceros de la ciudad, se sentó en la puerta de su casa y esperó. La primera vez vinieron tres hienas y él les dio ese alimento. Un año después, ya eran siete. Hoy son decenas.

—Hicimos un trato: yo les daba comida y ellas dejaban de perseguir a mi ganado y a mis hijos. De ser enemigos pasamos a aliarnos— me contó Yusuf.

Hay quien asegura que el pacto viene de lejos, porque en Harar las hienas son una presencia cotidiana. Yusuf: “¡Mentira!, no lo hacía nadie. ¡A mí me preguntaban si me había vuelto loco!”.

En los campos se cree que las brujas tienen la capacidad de transformarse en estas peludas habitantes de las sombras. Se rumorea, aparte, que los asesinos les dejan los cadáveres a ellas, a las hienas (¿a las brujas?), sabiendo que no quedará rastro porque se comen hasta la cabellera de sus presas.

—Para mí son hermosas... hay una hembra que viene acá, se guarda la comida en la boca y después se aleja un poco para entregar la carne a sus cachorros. Bueh, dejame solo. Ya te dije. Si querés, a la noche salto y bailo. Ahora no. Chau. Andate.

—...Si querés, a la noche salto y bailo...

Las más de ochenta mezquitas hararíes terminaban sus cantos, y los habitantes de esta ciudad sagrada del Islam —un título que a su vez comparten La Meca, Medina y Jerusalén³²— se refugiaban detrás de las murallas medievales en busca de protección y descanso.

Oscurecía tras los minaretes. Al otro lado de los muros podías oír cigarras y aleteos, y más allá de la iluminación rudimentaria de los callejones estaban los valles.

Salí de la ciudad y caminé a tientas hasta el cruce de caminos donde solía ir Yusuf. No estaba. Lo que era un

³² Harar (o Harrar) es la cuarta ciudad sagrada de los musulmanes y —para muchísimas personas— el punto más santo del África. En 2006 fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

problema, porque las hienas sí que acudieron. Se escuchaban sus aullidos. Por suerte llegó un pibe bastante gordo. Mi pensamiento fue siniestro: “yo sé que corro más rápido. Lo van a agarrar primero a él”.

Sin embargo el gordo era Abbas, el hijo del Yusuf, que aspira a continuar el oficio de “Hombre Hiena”:

—Pero escuchame, esta mañana le hice la entrevista a tu viejo, ¿no puede venir él a mostrar un poco su arte?

—Lo lamento. No vendrá. Tiene que cuidar una vaca que está enferma.

Bememete, el traductor, aportó su segunda genialidad del día:

—¡*No problem!* En Argentina no se van a dar cuenta si en una foto sale el hijo y en la entrevista habla el padre ¡Son parecidos!

Abbas se sentó en una piedra con la cesta rebosante de carne olorosa y empezó a silbar. De la espesura emergieron varios ojos que seguían los movimientos del muchacho. Se oyó el sonido que incluso los científicos se han resignado a comparar con la carcajada de un loco. Las hienas se anunciaban detrás de las acacias.

Cuando fueron varias, empezó el reparto. Abbas les daba trozos y achuras con la mano. O ensartaba un hígado en un palo y sostenía la rama con los labios, para que ellas se lo quitaran. Hasta se subía los animales a los hombros, los abrazaba. Unos gringos que vagaban por ahí se arrimaron

para sacarse *selfies* que irían a parar a algún estúpido recoveco de Instagram.

En determinado momento, el barrio se quedó sin electricidad. Todo el mundo volvió corriendo a su casa.

El día siguiente trajo derivaciones miliunanochescas. Durante un paseo por el mercado se me acercó un grandote. Hablaba inglés chapurreado, pero se le entendía. Me invitó a comer *khat* y me preguntó qué había visto de la ciudad. Surgió el tema Yusuf.

—¿Cómo? ¿Te dijo que iba a estar con las hienas y no fue? Mal. Muy mal. Mirá, yo soy policía. Si te vuelven a hacer una chantada así, llamame. Uf, qué lástima que no estuve el otro día...yo le habría enseñado...

Después el gigante se fue. A lo mejor esa noche Yusuf sí aparecía. Tal vez era cuestión de esperar, de ir más temprano y agarrarlo cuando volviera de su granja. Quién sabe. Quizá había curado a la vaca.

Efectivamente, cuando el sol se puso Yusuf llegó al cruce de caminos con una hoz en la mano. Venía de trabajar en los campos y daba la impresión de estar agotado, pero escuchó mi pedido y accedió a llamar personalmente a las hienas para darle un cierre a esta historia. "Ahora vengo, dejá que me cambie la ropa", prometió; y se metió en su casa, que quedaba a la vera de la ruta.

Pasaron quince minutos. Yusuf no volvía. “Soy un salame —pensé—. Este viejo garca me engañó de nuevo”. En eso se escuchó una voz que hablaba en aquel inglés chapurreado:

—Ey, *faranyi* (“extranjero”), ¿necesitás ayuda?—. Era el policía de la mañana. El negro gigante.

—Gracias, no hace falta. Yusuf dijo que ya volvía...



Croquis del camino hacia la casa de Yusuf.
El *tuc tuc* es una suerte de mototaxi muy utilizado en la región.

Sea porque no entendió o porque no quiso entender, el cana se mandó de prepo a la casa de Yusuf. Entró sin golpear. Se oyó una discusión. A lo mejor era atinado intervenir, pero lo cierto es que los dos pronto salieron de la casa sin decir palabra.

Yusuf silbó para llamar a los animales y el ritual se repitió, pero esta vez el vejete hermético de la entrevista se convirtió en una persona aparentemente feliz, sintonizada. Las hienas lo rodeaban, lo festejaban. Él distribuía caricias, les

daba comida y las llamaba por el nombre que inventó para cada una: Chatu, Chala, Bebe, Kamariya, Koti. Diez o doce curiosos, en ronda, se fundían en el asombro, sin más iluminación que un farol de calle y dos o tres estrellas.

Era el fin. Cuando Yusuf estaba por terminar, el policía grandote se me acercó. Tenía un revólver blanco en la mano. Abrió el tambor del arma: estaba cargado con seis balas. Me alejé instintivamente. "¿Ves? *Now you have protection. You have human rights*", susurró el cana.

Jamás sabré si la Etiopía que conocí fue el reino de opulencia que describían los textos medievales. Tampoco sabré por qué las mujeres de allí huelen a salchichas de Viena, tanto en el desierto como en los bosques. Son intrigas que me llevaré a la tumba. Lo que no puedo negar es que, en una economía que viene creciendo con tasas de dos dígitos desde 2005, vi demasiados niños descalzos, demasiados dementes corriendo desnudos por el centro de la ruta.



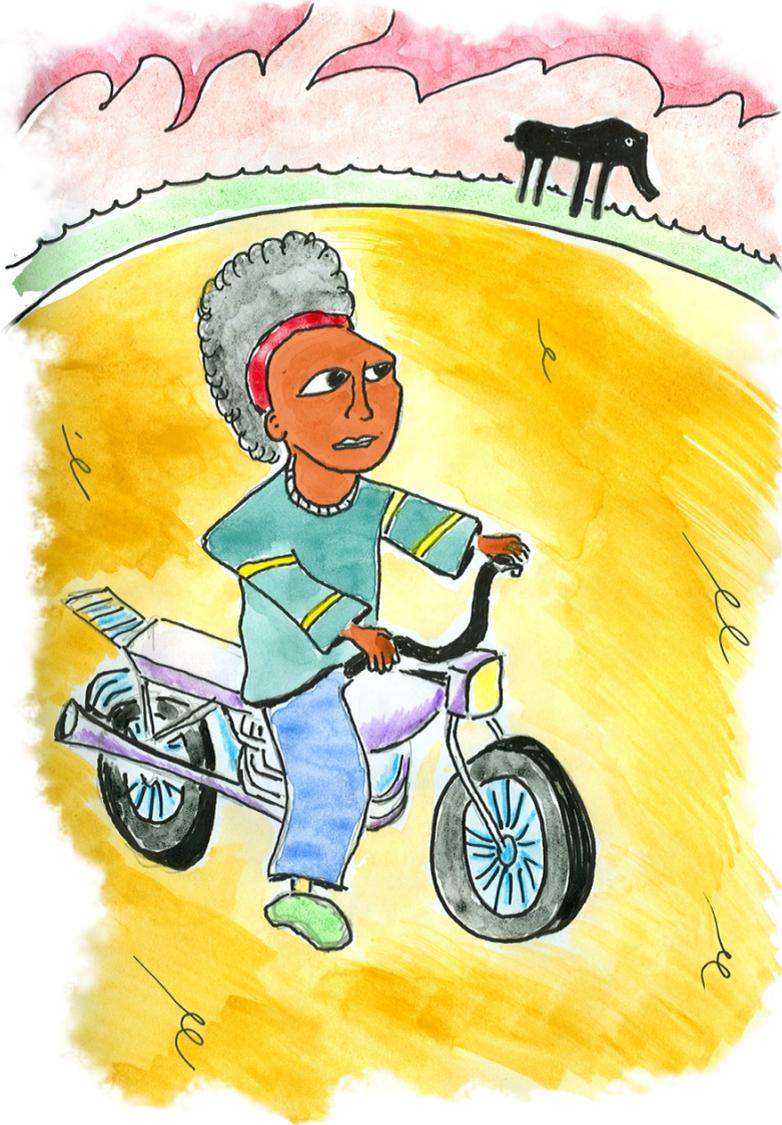
Billete etíope de un birr, con letras amáricas y latinas.

El segundo país más poblado de África³³ es también uno de los menos urbanizados. Las personas están tan desacostumbradas a andar en colectivo que cualquier trayecto se convierte en un vomitadero. Los pasajeros se marean: nunca han subido a un transporte mecánico. Y ni siquiera dejan que uno abra las ventanillas, porque si hace menos de treinta grados “les da frío”.

Vivir ahí fue como ingresar a una realidad paralela. Para empezar, estaba en uno de los contados bastiones que resistieron con éxito la colonización europea. Etiopía tiene su alfabeto particular, gastronomía propia y castillos. Pero hay más. En esta república —tres veces más pequeña que Argentina— se apiñan unos noventa y cinco millones de habitantes que hablan decenas de lenguas. Casi todos dirán que viven en el año 2012, porque se rigen por otro calendario. De ahí que actos simples, como comprar un billete de micro, se conviertan en un curso de etnografía.

Los horarios también son diferentes. Los etíopes habitan casi en la línea del ecuador, lo que implica que los días de invierno y verano tienen más o menos la misma duración. Por eso simplificaron: cuando sale el sol, arrancan la cuenta. Si pasó una hora desde el amanecer, es la una. El mediodía corresponde aproximadamente a las seis. Cuando se pone el sol, el cálculo va otra vez a cero. En consecuencia, “nos vemos a medianoche” se dice “nos vemos a las seis” (siempre que el sol se haya puesto a las 18 de nuestros relojes). Coordinar una cita puede ser pesadillesco.

³³ El más poblado es Nigeria.



En el carrusel de bizarrías, Harar me resultó particularmente fascinante. A los pocos días brotó la idea de

rodar ahí un documental sobre el poeta Arthur Rimbaud³⁴. ¿Por qué? Porque en 1875, con poco más de veinte años, Rimbaud —el delirante, el pre punk— ya había mandado las letras al diablo para ingresar en un vendaval de aventuras que lo condujo a este territorio.

Para contarlo en un rodaje había que hallar un “actor” que se pareciera al menos un poco al Rimbaud original. Pero claro, Rimbaud era rubio, y en el África Oriental la gente rubia no abunda. El casting pintaba para largo.

—¿Conoce a alguien con el pelo amarillo? Es para participar en un documental sobre un escritor...

El hombre de la pensión hizo un par de llamadas telefónicas y sonrió: “Ya está. Conozco a un chico que puede andar. Ahora viene”.

— ¿Cómo es?

—*Good looking*. Se parece a mí.

El tipo clavó una mueca gardeliana. Era negro, con el pelo rizado.

³⁴ Arthur Rimbaud (Charleville, 20 de octubre de 1854-Marsella, 10 de noviembre de 1891) fue un poeta francés. Dejó de escribir a los diecinueve años y emprendió un viaje que lo llevó por Medio Oriente y África. Entendía la poesía como una herramienta para tener visiones, y estas revelaciones del mundo debían lograrse mediante un “largo e inmenso desarreglo de todos los sentidos”. Fue uno de los más legendarios autores malditos e influyó de modo definitivo en la literatura del siglo XX.

—Oiga, sé que este chico a lo mejor es familiar suyo. Seguramente es bueno y eso. Pero no tiene sentido poner a alguien tan distinto a Rimbaud. Es un documental, ¿me entiende?

— ¡Ey! ¿Qué problema tiene con mi muchacho?

—Ninguno... ¡pero es que Rimbaud era rubio y de ojos claros!

El hombre suspiró. Pensaba.

— ¡Ya sé! ¿Y si le teñimos el pelo?



En París, Arthur Rimbaud se había hecho conocido por sus borracheras, por eyacular en las tazas de café de los desprevenidos y por los escándalos que protagonizaba junto a su amigo y amante Paul Verlaine³⁵. Podría haber seguido así: madurar más o menos admirado y más o menos vivo. Pero su alma en llamas lo empujó por otros rumbos.

El genio se volvió hosco. Abandonó sus escritos para dedicarse al vagabundeo. Poco antes de dejar la poesía, el autor de *Iluminaciones* garabateó: “estoy harto de Europa. Me voy lejos, sobre todo a fumar”. Lo que no muchos saben es que

³⁵ Cómo olvidar los versos de Verlaine: “Que tu palabra sea la aventura/en el viento crucial de la mañana/donde perfuman menta y mejorana.../y todo el resto es literatura”.

vivió más tiempo en Harar que en París. Los “años de Harar” fueron aproximadamente cinco, repartidos entre su llegada como comerciante en 1880 y su despedida —ya muy enfermo— en 1891.

Aquel ángel caído aún zigzaguea en estas calles. No son solo las referencias literales —una de las avenidas se llama Charleville, como el pueblo donde nació Arthur—; también es la desconfianza rimbaudiana que pervive aquí ante lo que venga de Occidente y sus dogmas de Progreso. Ni en los bares, ni en los talleres de los herreros ni en las tiendas donde se reparte azafrán creen que París o Londres sean el centro del universo.

Se vive a contrapelo. Y en la noche, cuando la luna araña los adoquines como lo viene haciendo hace un milenio, el peregrino recuerda las palabras del poeta que quería dejarlo todo para “viajar, cazar en los desiertos y dormir sobre el empedrado de ciudades desconocidas”.

El casco antiguo de Harar —también llamado *Jugol*— conserva el panorama que miraron aquellos ojos azules. Las casas combinan el blanco, el turquesa y el verde con una consistencia de barro que da a las conversaciones el resonar de la tierra apisonada. Adentro de cada hogar, los hararíes charlan en su idioma, soltando frases desde alfombras que están ubicadas a distintas alturas de acuerdo con los parentescos y las jerarquías.

El centro está hecho de alegría. Los sastres cosen en plena vereda. Las vendedoras cargan cestos en las cabezas sin utilizar las manos, se hacen bromas y pregonan sus cebollas

raquíticas. Tienen las nalgas duras como rocas, detalle que no pasa desapercibido a los campesinos con turbante, que chicotean a sus burros para que remonten cuesta arriba las cargas de leña que traen de los montes. En algunas esquinas, entre polvo y esterillas, acechan etíopes de mirada color sangre: han mascado demasiado *khat*.

Desde aquí Rimbaud redactó artículos para la *Société de Géographie*. Habló de costumbres, de paisajes, de idiomas. Pero los hararíes apenas lo recuerdan:

—Ah, ¿*Rainbow*? (sic) Es el del museo, ¿no?

Se refieren a una mansión que está en la parte vieja. El sitio se llama “Bet Rimbaud” —“bet” significa “casa”—, aunque el avance del olvido hace que la mayoría repita el nombre deformado, “Rainbow House” (“*La casa arco iris*”). Es una construcción de madera con vidrios de colores. Amplia, fresca, silenciosa. En las paredes hay copias de algunas cartas escritas por Arthur, fotos y reproducciones de los dibujos que hacía Verlaine.

Casi no hay visitantes: la frontera con Somalia queda demasiado cerca, y las amenazas de la milicia extremista Al Shabaab hacen que los extranjeros opten por destinos menos alarmantes.

Rimbaud hizo mil trabajos, desde cortar tickets en la entrada de un circo hasta traficar armas. Cualquier cosa con tal de escapar del tedio. “En Harar soy mucho más feliz que en Europa”, decía.

Desde luego, tenía recaídas. Lamentaba estar “perdido entre negros que quieren sacar ventaja (...)”³⁶. En otras ocasiones, se sentía incómodo ante el rol de los blancos en África. “Básicamente saqueamos y masacramos la región”, resumía.

Un día un conocido le comentó que sus poemas se seguían leyendo en París. “¡Absurdo, ridículo, desagradable!”, exclamó Rimbaud al enterarse.

¿Qué buscó el poeta en esta punta del mapa? Se cree que llegó practicando su “largo, inmenso y sistemático trastorno de los sentidos”. Aparte de eso las pistas escasean. Según apuntó Henry Miller en *El tiempo de los asesinos*³⁷, Arthur se aventuró en aquellos abismos porque su terror no era morir, sino devenir “muerto en vida”, un burócrata de la palabra. “Quizá, al retirarse del mundo, Rimbaud se preservó de un hado peor que el que le esperaba en Abisinia³⁸”, sospechó Miller.

Cuando el muchacho llegó, Harar era una ciudadela de un kilómetro y medio de largo por casi uno de ancho, con un gobierno inestable y un enjambre de potencias colonialistas merodeando. Poco antes, otro viajero de leyenda, Richard Burton, había conseguido hacerse pasar por mercader árabe para entrar a lo que llamó “el único asentamiento humano

³⁶ Rimbaud, Arthur; carta a su familia desde Harar, 4 de agosto de 1888.

³⁷ Miller, Arthur (1956). *El tiempo de los asesinos*. Madrid: Alianza Editorial.

³⁸ Antigua denominación que se le daba a la zona etíope.

permanente en África del Este”. Hasta ese momento, toda el área se consideraba *terra incognita*.

Da la impresión de que Rimbaud quería justamente eso. Una incógnita donde borrarse. Habitó tres casas en Harar. Ya ninguna existe. Por las montañas que rodean la zona, el poeta transportó goma, café y fusiles a lomo de camello. Aprendió árabe. Se dedicó a leer el Corán y llegó a entenderse con esta población de mayoría musulmana. Sin embargo, las cartas que enviaba a su familia eran una sucesión de quejas y delirios. Despreciaba la literatura. Pedía que le mandaran libros de hidráulica, mecánica, arquitectura, metalurgia: toda una biblioteca pensada para trasladar la “civilización” a su refugio.

Incluso compró una cámara de fotos creyendo que con eso iba a forjar una fortuna. Se sacó *selfies* y —aunque bordeaba los treinta años— se espantó al ver que los retratos mostraban a un señor flaco, mal vestido, con el pelo blanco. Esas pocas imágenes del Rimbaud africano son las únicas que se conservan de esta etapa. El pendejo carilindo que aullaba en los bosques había quedado lejos. Ahora en su lugar había un burgués ambicioso. Un capitalista.

Pocas cosas más patéticas que un genio literario intentando hacer negocios, y los episodios rimbaudianos no son la excepción. En 1886, el francés se asoció con otros chantas para venderle armas al rey Menelik II. Según el propio Rimbaud, el proyecto terminó en catástrofe. Sus socios murieron dejándole deudas y el monarca resultó ser un negociador duro.

¿O se trata de una mentira que difundió para que sus familiares de Francia no le pidieran plata? El biógrafo Graham Robb³⁹ cree posible que el escritor estuviera mintiendo. De otra manera no se explica que después haya depositado 16.000 francos —unos noventa mil dólares actuales— en su propia cuenta bancaria.

Con las caminatas, las cervezas y el avance del documental⁴⁰, la chismografía de Harar ofrece más rastros. Los vecinos dicen que, en esta segunda existencia, Rimbaud contrató sirvientes que lo desligaran de las tareas domésticas. En voz más baja admiten que compartió sus días con mujeres, pero que desde 1884 fue Djami Wadai —un adolescente local— quien se convirtió en su amante y confidente. De este Djami apenas se sabe más que su nombre.

Son las tres de la tarde en el palier de la Casa/Museo Rimbaud. Adormecido por el zumbido de los insectos descansa Tasti, un guía. Su nombre significa “feliz” en la lengua local. Tasti explica que Arthur y el joven Djami “se hicieron muy amigos” y que, tras la muerte del poeta, el jovencito “fue su único heredero”.

—En los libros no hay mucha data al respecto. ¿Se sabe algo más sobre esta relación?

³⁹ Robb, Graham (2001). *Rimbaud: A Biography*. Nueva York: WW Norton & Co Inc.

⁴⁰ El trabajo se llama *El heredero de Rimbaud* y se puede ver aquí: <https://vimeo.com/110366454>

—Algo. Hace cinco años llegaron unos periodistas franceses en un auto. Uno se asomó por la ventanilla y me pasó una foto borrosa donde se veía una casa de tipo colonial. Después me mostró un teléfono. “Si encontrás esta casa, yo te doy mi celular”, dijo. Pasé tres días casi sin dormir, hasta que la encontré. La casa está en las afueras, en una zona que es como un basurero. Por eso ahora tengo este BlackBerry. Mirá.

—Lindo. ¿Y qué relación tenía Djami con esa casa?

—Según cuentan, es la casa donde él y Rimbaud se fueron a vivir juntos.

La académica Enid Starkie⁴¹ ha señalado que “Djami fue una de las pocas personas a quien Rimbaud recordó con afecto, el único amigo del que habló en el lecho de muerte”. ¿Por qué no rastrear las huellas de ese otro fantasma?



Ubiqué el edificio donde Tasti dijo que había vivido la pareja. Tiene dos plantas. Debe haber sido elegante, aunque hoy su trazo se inclina ante la monotonía de una zona postergada. Si uno asoma la cabeza por la puerta, ve unas escaleras de madera donde faltan peldaños, con niños que suben y bajan mientras un chivo de pupilas amarillentas mastica hierbas en el sofoco ecuatorial.

⁴¹ Starkie, Enid (1962). *Arthur Rimbaud: A Biography*. Nueva York: New Directions. En castellano existe una edición de Siruela que se publicó en 2007.

—Algo me han dicho sobre esta casa, pero del señor *Rainbow* no sé, y de Djami menos—confiesa la dueña en su inglés posible. Pela papas arriba de un balde y espanta a las gallinas que vienen a picotear las cáscaras que caen al piso. “Lo que sé es que deben haber sido importantes”.

El chivo la mira. Desliza la mandíbula de un lado para otro, ajeno a los vaivenes de la Historia de la Literatura.

Rimbaud hacía locuras. Cuando consiguió algo de oro, por ejemplo, decidió llevar el ahorro atado al cinturón. Siete kilos de metal. El peso le estranguló los intestinos, lo que redundó en graves problemas de digestión. A eso hay que sumarle un historial de opio, ajeno, cigarros y malas comidas.

Hasta que el cuerpo dijo basta. Las cartas muestran que a principios de 1891 Rimbaud empezó a sentirse mal. Lo que había comenzado como la sensación de recibir “un martillazo en la parte trasera de la rodilla” fue creciendo hasta transformarse en un dolor sin metáfora. No podía caminar.

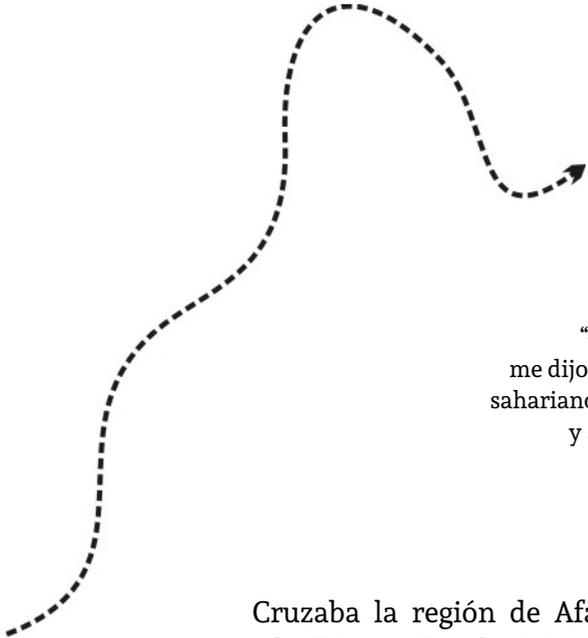
En abril pagó para que unos porteadores lo llevaran en camilla —y a pie, para no sufrir los baches del camino— hasta el Mar Rojo, varios cientos de kilómetros hacia el Este. De ahí el enfermo tomó un barco a Yemen y otro a Francia, donde los médicos le detectaron cáncer y le amputaron una pierna.

“Me he convertido en esqueleto: asusto a la gente”, anotó Arthur en sus hojas. Deseaba volver a Harar, pero era tarde. El veneno de la rodilla se había extendido. Así, a poco de cumplir los treinta y siete años, Arthur Rimbaud falleció en un hospital de Marsella, obsesionado por el destino del dinero

que había acumulado y paranoico ante la posibilidad de que lo multaran “por no haber hecho el servicio militar” (?). Antes de morir, pidió dejarle tres mil francos a Djami, su “amigo” de Abisinia. Era el 10 de noviembre de 1891. En el cortejo fúnebre estuvieron su madre y su hermana. Nadie más.

La familia del escritor hizo lo que pudo por rastrear a Djami en casas y negocios de Harar. Jamás se volvió a saber de él. En realidad, lo más probable es que el muchacho estuviera muerto. Por esa época una hambruna sacudió al Cuerno de África, y se calcula que uno de cada tres etíopes no llegó al verano.

Debe haber sido un festín para las hienas.



BAÑOS DE HUMO

“—El desierto te enseñará una cosa –
me dijo en Niamey un vendedor ambulante
sahariano–: que hay algo que se puede desear
y amar más que a una mujer. El agua”
(Ryszard Kapuściński, *Ébano*, 1998)

Cruzaba la región de Afar, en el extremo noreste de Etiopía. La planicie es uno de los puntos más calientes de la Tierra. Iba en la camioneta de Paco Moreno, un español que dejó todo para hacer trabajo humanitario; y el vehículo avanzaba dejando una estela entre remolinos y grupos de monos a medio achicharrar.

Un rebaño de cabras nos obstruyó la marcha. Tres pastorcitos cuidaban el tropel. Descarnados, casi desnudos, los muchachos no



AFAR

habían pasado la pubertad. Sin embargo todos cargaban ametralladoras Kaláshnikov⁴².

Paco tocó bocina y los chicos pegaron un salto. No estaban acostumbrados a las camionetas: se dieron vuelta con sus armas, los ojos muy abiertos. Dentro del vehículo vieron a un par de blanquitos que sonreían nerviosos. Ellos mantuvieron la seriedad dos o tres segundos antes de cedernos el paso.

Un mediodía cualquiera en el Cuerno de África. Hace tres millones de años, esto fue un bosque templado con zonas de sabana, entre cuyas flores aleteaban mariposas prehistóricas y los ancestros del ser humano ensayaban su caminata erguida (aquí se encontró a Lucy, la famosa *australopithecus* que muchos asocian a nuestra Madre Primordial).

Hoy el panorama es otro. Casi no hay vegetación y en verano la temperatura puede superar los cincuenta grados. Solo la tribu Afar aguanta esas condiciones, trashumando junto a su ganado, sus familias y sus ametralladoras. Y eso por

⁴² “Esa arma barata y eficaz se convirtió en símbolo de libertad y de esperanza para los parias de la tierra; para quienes creían que solo hay una forma de cambiar el mundo: pegándole fuego de punta a punta. En aquel tiempo, cuando estaba claro contra quién era preciso dispararlo, levantar en alto un AK-47 era alzar un desafío y una bandera (...). Y así, el Kalashnikov, arma de los pobres y los oprimidos, quedó como símbolo del mundo que pudo ser (...)”. Pérez Reverte, A. (2008). “Nostalgia del AK-47”. En *Patente de corso*. Puede leerse completo en: <https://is.link/qVp>

ahora, porque con el calentamiento global nadie tiene la vida asegurada.

Altos y flacos, los afar llevan el pelo ensortijado como si se quitaran los rulos justo antes de salir. Los niños tienen unas pupilas enormes, donde el desierto se refleja con facilidad. Podría afirmarse que estos hermanos habitan otro mundo. Un planeta en que el calor extremo, como el frío, geometriza la existencia.

En la entrada de Asayta —la capital de la región— puede verse un hospital. Hace algunos años, la ONG que capitanea Paco⁴³ decidió ampliar las instalaciones y contrató como albañiles a miembros de la tribu Afar. A poco de empezar, se hizo evidente que los trabajadores no conocían la palabra “esquina”. Alzaban una pared y no sabían dónde terminarla. Ocurre que sus casas son círculos de palma y de madera. Iglúes para la arena. Nada de ángulos. No hay esquinas en la vida de los afar.

Entre arbustos, camellos y médanos, a veces se divisa una acacia con hombres reunidos a la sombra. Si la luz es más suave, las mujeres salen a buscar agua a los pozos; y es tan escaso el líquido que la gente de por acá se ducha con humo: arma una pira y se pone enfrente para que las emanaciones del fuego quiten el olor a sudor.

⁴³ Esta organización es Amigos de Silva (<http://www.amigosdesilva.org/>).

En días tórridos —o sea siempre— el agua es una obsesión. Y si bien Afar representa un caso extremo, no es el único rincón desesperante. El 66% del territorio africano es árido o semiárido⁴⁴, a lo que hay que añadir el perno de la potabilización.

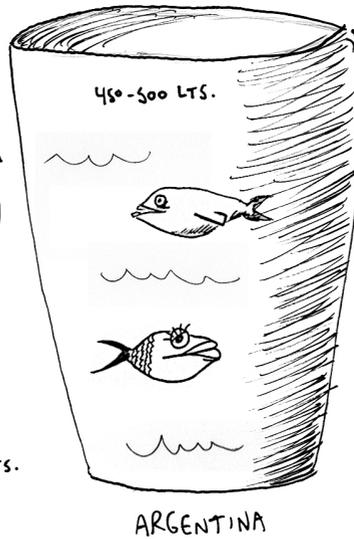
Desde que empezaste a leer este libro, cientos de afros han muerto a causa de enfermedades relacionadas con un saneamiento insuficiente. Naciones Unidas dice que se hubieran salvado si hubiesen tenido a su disposición cincuenta litros de agua potable diarios. En muchas zonas de África, el promedio de consumo no llega a los veinte, la cantidad que un occidental utiliza en un minuto y medio de ducha⁴⁵. Entretanto, en Argentina esa cifra ronda los quinientos litros. Para expresarlo en criollo, lo que un argentino gasta por día equivale a lo que logran conseguir veinticinco personas subsaharianas en el mismo lapso.

Tiene su lógica que los que sobreviven a esta insensatez se aferren a los pozos de agua y estén dispuestos a defenderlos a balazos.

⁴⁴ Ver Naciones Unidas (2013). “Facts and figures”. Link: <https://www.unwater.org/>.

⁴⁵ Water for Africa Institute (2017). “Water consumption”. Publicado en la página oficial de la institución. Link: <https://water-for-africa.org/en/water-consumption.html>.

CONSUMO DIARIO
DE AGUA POR PERSONA
(VALORES APROXIMADOS)



En un playón de Asayta los pibes jugaban a la pelota. A los toques, eso sí. Ponerse a correr con esas temperaturas sería suicida. Después de algunos remates fallidos, les conté que era argentino —no creían: “un argentino no puede ser tan malo en el fútbol”— y les comenté que no tenía hijos. Me hicieron *bullying*. Para ellos yo ya debía ser abuelo, y en cambio tenía más canas en el pelo que bebés en mi casa. ¡Vergüenza!

Me enteré de que estos muchachos y muchachas trabajaban vendiendo baratijas. Otros se dedicaban al pastoreo. En realidad no hay opciones, porque la falta de irrigación dificulta la agricultura. De comercio ni hablar. Solamente algunas familias relacionadas con el capo de la zona tienen acceso a terrenos fértiles. El resto aguanta comiendo papas o pan con leche de cabra.

Estando ahí no me resultó extraño que tantos africanos anduvieran miles de kilómetros para ver si pueden cruzar el mar hacia países frescos, ¡donde la gente abre la canilla y bebe!

En Afar, como en ciertos rincones de Somalia, la tradición dicta que es obligatorio tomar venganza ante cualquier hecho de sangre. Hasta no hace tanto, “el pago” debía hacerse en el mismo día en que se hubiera sufrido la ofensa. ¿Mataste a mi primo? Voy a acuchillar al tuyo. Incluso la represalia podía involucrar la castración del enemigo⁴⁶.

Pero esas son historias que comentan los más viejos. Decir que esta gente no es pacífica sería faltar a la verdad. Acá a nadie se le ocurriría linchar a un adolescente entre diez varones, como ha pasado en mi propia tribu cuando los vecinos de clase media encuentran a un ladrón de estéreos. A los afar eso les parecería un acto cobarde, primitivo.

Me encuentro para almorzar con Isia, un muchacho que está terminando el secundario. A diferencia de lo que ocurre con otros niños de la zona, a él no le afilaron los dientes cuando era pequeño. Se sabe: los afar más tradicionales se modifican la dentadura con limas. Si las casas son redondas y sin ángulos, la boca de un guerrero debe estar

⁴⁶ Thesiger, Wilfred (1996). *Danakil Diaries 1930-1934*. Londres: Harper Collins.

llena de puntas, para desgarrar al oponente durante el combate.

Isia lleva una remera de Shakira que dice “Waka Waka”. Como otros pibes y pibas de su edad, pertenece a una generación que sueña con conocer lo que hay más allá de la arena. Aunque los que vienen de “afuera” resulten difíciles de comprender:

— ¡Ustedes, los *faranyi* (“*extranjeros*”), son muy raros! —me dice entre tarascones, con el plato en una mano y la cuchara en la otra—. Cuando comen tardan un montón. Ñam, ñam... ¿Y por qué hablan tanto? Nosotros nos sentamos a comer, comemos y punto.

Paco Moreno, el hombre que me acercó en su camioneta, facturaba cien mil euros por año como abogado en Madrid hasta que decidió zafar del éxito y dar una mano acá. Usa barba, se mueve como flotando; reserva energías dentro del horno que habita. Es casi un monje: se levanta al amanecer y se acuesta con el sol. Todo por mejorar el hospital de Asayta, aquel que casi se construye sin esquinas.

—Al principio, la gente no quería ir al hospital porque creía que ahí se iba “para morir”—recapitula Paco—. Hoy es el principal centro de salud de la región.

De no tener nada, el hospital pasó a contar con tres médicos, frente a una población de 450.000 habitantes entre los que la desnutrición y el sida son moneda corriente.

Pero además de los *faranyi* que están ayudando en el hospital, hay otros vecinos nuevos en el desierto. Cada tarde se ven llegar al centro de Asayta varios camiones. En los acoplados van apretujadas decenas de personas que regresan de una refinería de azúcar que está construyendo una empresa india. “Van a hacer azúcar comestible y sobre todo biodiésel. Será la refinería más grande de África”, repiten los locales.

Los domingos, los indios de la refinería salen a entretenerse. Y como el Indostán ha sabido forjar una gastronomía bastante más atractiva que la de los afar, las señoras de Asayta le han agarrado la mano a las samosas⁴⁷ y las venden por un birr (0.03 euros) al costado de la ruta.

No es de extrañar que otro de los imperios del siglo XXI, el Chino, también esté jugando sus fichas en el tablero que rodea los puertos del Mar Rojo. Los chinos están conectando el continente Africano como nunca antes. Con rutas, pero también con rumores y leyendas difíciles de comprobar.

—China trae sus presos y los pone a trabajar a cambio de una reducción en la condena—desliza un europeo que pide anonimato.

En el cruce más insólito se topa uno con camiones repletos de cemento y de chinos. Sonrientes chinos de los que

⁴⁷ Las samosas son unas empanadas de forma triangular. Donde haya inmigración de la India encontrarás bollywood, jopos y samosas.

se habla con tufillo xenóforo, mientras ellos trabajan como si continuaran la Gran Muralla.

—¡Sí, y ya se comieron a mi perro!— amplía, quizá sin pruebas, uno que otro africano.



A cuarenta minutos de Asayta está la capital de Afar, Semera. Paco viaja todos los fines de semana. Allá lo esperan las religiosas de la orden de Teresa de Calcuta para asistir juntos a misa y tomar la comunión.

Al llegar al convento, una monja pequeñita con rasgos asiáticos nos da la bienvenida.

Charlamos e intercambiamos noticias. Cuando le pregunto cómo viene la mano con la salud en la zona, hace un largo pestañeo:

—¿Ves esa chica de ahí? Pesa cuarenta kilos y está embarazada de ocho meses. Cuando llegó no se podía tener en pie.

La monja cuenta que, al recibirla, le ofrecieron a la flaca un huevo duro:

—Pero ella no sabía lo que era. No lo había comido nunca, así que lo rechazaba.

En un costado veo a otra chica igual de flaca echada en el suelo. Tiene los párpados a media asta; tose y larga algo

amarillo dentro de una escupidera. La miro y ella me responde con una sonrisa de disculpa.

—A esta mujer el médico le recetó amoxicilina—me dice la monjita.

—¿Y qué tiene?

—Tuberculosis.

Van tres veces que el doctor le receta lo mismo, amoxicilina. “Yo no soy médica, pero me parece que así no se va a curar de la tuberculosis”, ironiza la monja.

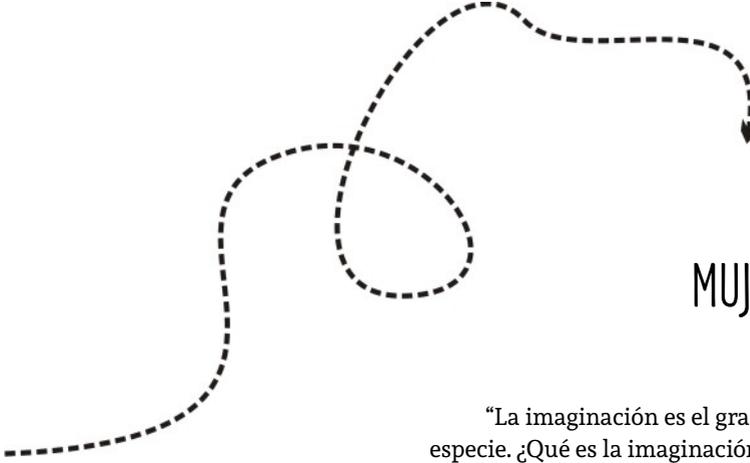
Los médicos a cargo son “sensibles a la moda”. Cada semana recetan la misma medicina para todo el mundo, tenga la enfermedad que tenga. A la semana siguiente toca otro remedio, sufra uno de gripe, sarampión, HIV o tuberculosis. Los laboratorios deben estar pagando buenas comisiones.

Volví a Asayta a eso de las diez. Se olía el fresco, esa tregua nocturna que es la piedad de los desiertos. A la vera de la ruta, un cibercafé y algún antro mal pintado cortaban la negrura con bombillas de colores. Los niños huérfanos y los locos, herencia de la guerra, buscaban huecos donde acomodarse y dormir.

Pensé en esos bares donde se juntan a charlar los corresponsales de los diarios y la tele. Nada que ver con esto. En el bar en que yo estaba nadie contaba anécdotas heroicas. Solo tenía un viejo televisor o la posibilidad de subirme al

techo para escuchar a los hipopótamos, que cogían ruidosamente en un arroyito cercano.

La clientela se fue yendo. Hombres y mujeres se despidieron de mí. En la soledad de la trasnoche, apuré el vaso de cerveza y me percaté de que los afar siempre dicen adiós con una sonrisa áspera. Es la única clase de sonrisas que germina en estos arenales.



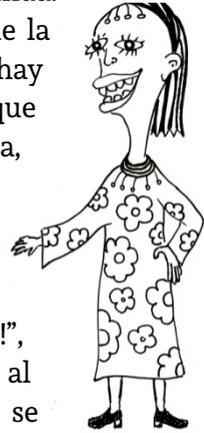
MUJERES Y OGROS

“La imaginación es el gran talento de nuestra especie. ¿Qué es la imaginación? Es la habilidad de crear cosas en nuestras mentes y explorarlas con el pensamiento (...) Es un laboratorio, un parque de juegos. Y lo que es más importante: la imaginación es algo que usualmente hacemos juntos, en grupo (...). Esto ilumina un tipo de imaginación que me gustaría destacar. Se llama empatía. La empatía es la capacidad de imaginar cómo se siente la vida desde el punto de vista de otras personas. Imaginar qué saben, qué dan por sentado, qué aman y qué temen. La empatía nos permite la comunicación y la colaboración, y es lo que ha hecho posible que los humanos encaremos grandes proyectos, desde crear ciudades hasta formar una familia”
(Brian Eno, entrevistado por Jeremy Vine para la BBC, enero de 2017)

Hace media hora el coche se empezó a destartalar. Cuando llegó a una loma no anduvo más. Queda poca luz en la sabana, y el hecho de estar a la vera de un río en estación seca implica que pronto vendrán animales salvajes en busca de agua y alimento. Hay que apurarse. Lilian, mi amiga de la

tribu Masái, se baja resoplando. Cierra la puerta, se acomoda el pelo y ayuda a empujar.

Yo también empujo y miro el cielo. Las estrellas parecen esmeraldas giratorias. Es el África profunda: cien kilómetros campo adentro, el resplandor de la Vía Láctea ocupa el trono de la electricidad. No hay señales ni tráfico, no hay motores. La huella que conduce de Narok a Ositeti, en el sur de Kenia, serpentea hasta donde alcanza la vista. Pero la vista cada vez alcanza menos, porque los grillos ya empezaron a cantar.



LILIAN

“¡La mujer masái tiene que hacer de todo!”, justifica Lilian, mientras pecha en sandalias al destartado Renault 12 que sin embargo no se mueve. Habrá que esperar a que pase algún vehículo en la misma dirección para pedir que nos acerque —a través de este país de baches, elefantes y polvaredas— hasta la aldea donde vive la familia de la chica. “Si tenemos suerte será alguien de mi clan —estima ella—. Nos cuidamos como hermanos. Es la tradición”.

Los masái son una tribu que surca pastizales desde que existen los recuerdos. Lilian nació en esa sociedad machista y a la vez fascinante, tiene veintitrés años y está peleando por los derechos de su gente. Vive con varios familiares, diez gallinas, veinte vacas, otras tantas cabras, cinco perros y un gato.

—La tenemos complicada. Ya desde niñas la mayoría de las chicas de acá pasa por la mutilación genital femenina. Sabés lo que es, ¿no? —pregunta ella como al paso, y levanta la

rodilla para subir a un jeep que se frenó para cargarla. Arrancamos.

La Mutilación Genital Femenina (MGF) consiste en agarrar a las mujeres y tajarles la entrepierna con una hoja de afeitar, un cuchillo o —en el mejor de los casos— un bisturí. Lo más común es que les corten el clítoris. Tan brutal como suena. Definida como el conjunto de procedimientos que “de forma intencional y por motivos no médicos alteran o lesionan los órganos genitales femeninos”, la práctica suele asociarse con el ingreso de las niñas a la adultez, la castidad, la higiene y la religión.

Actualmente, entre 100 y 140 millones de niñas y mujeres de unos treinta países soportan las consecuencias de la mutilación. Casi todas son pobres y viven en África o Medio Oriente, por eso no sorprende que muchos se estén enterando de la tragedia recién ahora. Se sabe: las vaginas sangrantes nunca fueron tema predilecto del *prime time*. Menos si pertenecen a mujeres negras. Garpan más las activistas blancas —en lo posible profesionales, veinteañeras y en tetas— interrumpiendo un acto diplomático en Europa o los Estados Unidos.

Entretanto, dependiendo de la zona, la MGF se prolonga en una carnicería que va desde los raspados “leves” al despellejamiento en lonjas y sin anestesia. La más extrema es la infibulación o “circuncisión faraónica”: llevan a las niñas, les atan las piernas y después les cortan el clítoris, además de extirparles de manera total o parcial los labios vaginales. Después cosen todo con agujas o espinas y dejan una pequeña abertura para que pasen la menstruación y el pis.

Según el tipo de operación —los masái “solamente” cortan el clítoris y parte de los labios vaginales—, las víctimas se infectan o sufren problemas crónicos que pueden llevar a la muerte. Por eso la Organización Mundial de la Salud insiste en que ninguna de estas ablaciones aporta ventajas. Solo daño. Sufrimiento que se normaliza.

En un artículo de la investigadora Hanny Lightfoot-Klein, por ejemplo, se cuenta que muchas de las afectadas consideran usual que hacer pis les tome diez minutos: tienen que esperar a que el líquido salga gota a gota por su minúsculo orificio. En las comunidades más conservadoras, los médicos reciben chicas con panzas que parecen de embarazo y son, en realidad, úteros repletos de líquido menstrual que se ha ido acumulando durante años al no encontrar conducto de salida.

Y el asunto no mejora si la mujer forma pareja. El pene de novios y esposos no siempre cabe en el agujero, y hay que usar tijeras o cuchillos “para abrir el paso”. Ni hablar del parto: hay lugares en los que, una vez que nace el bebé, se vuelve a sellar la vagina de la madre tal como estaba antes. Entonces recomienza el ciclo.

La llegada a lo de Lilian es una casa de chapa y piso de tierra, con perros que le ladran al jeep. Aunque la oscuridad es cerrada, queda alguna linterna con pilas y una hoguera. Dos primos, un miembro del clan y su mujer saludan en la puerta de la choza. ¿El toilette? Al fondo, entre los yuyos.

—No te recomiendo ir al baño de noche. Hay leones y elefantes. Ya te vas a dar cuenta, porque los perros empiezan a ladrar. Y ojo, si ves que no ladran y se alejan significa que han

olfateado un leopardo. Los leopardos comen perros. Perros y gente. Estate atento –avisa Lilian–.

La cena está servida. Se come arroz con zanahorias untado en grasa de cabra. Lilian reparte las porciones de la olla. La admiro en silencio. No es fácil promover la justicia de género si una nació en una tribu guerrera.

La etnia masái, que habita el sur de Kenia y el norte de Tanzania, incluye a más de un millón de personas repartidas en aldeas y unas pocas ciudades, con una concepción patriarcal de la existencia y uno de los ecosistemas más espectaculares de la Tierra como telón de fondo.

Es una comunidad alegre que usa las vacas como moneda de cambio, ama las fiestas y los collares. No es raro ver a los hombres en ronda, bebiendo un vaso de sangre que se llena con el chorro rojo que sale del cuello de un animal recién degollado. Ferozmente independientes, los masái suelen perforarse las orejas para llevar unos aros enormes que les alargan el cartílago hasta los hombros. Tanto es así que al trabajar deben hacer un nudo con sus súper orejas, para no engancharse con las ramas o las herramientas.

Lilian: “entre nosotros el tamaño de las orejas se consideraba signo de belleza. Mi madre las tiene así de grandes, ya la vas a ver cuando venga. Ahora está de viaje”.

Mi anfitriona extraña a su vieja y no es para menos. Sola, su mamá la crió junto a sus tres hermanos después de que el padre vendiera todo lo que tenían para comprar alcohol e irse con otra: los hombres masái pueden marcharse cuando quieran.

La anomalía de haber crecido en una casa donde la jefa era una mujer –y donde la figura del guerrero derivó en la de un hombre que no cuidaba a sus hijos– le dio a Lilian una biografía desviada, e hizo que elaborara una visión personal de sus obligaciones y derechos. Eso le trae problemas.

La chica es cristiana, pero dejó de ir a la iglesia de la aldea:

—Saben que pienso diferente y me acusan. Había una señora que a la hora del sermón se quejaba de “las nuevas ideas” y me miraba fijo. Tiraba indirectas sobre mi forma de ser. Decía que yo le quería quitar a su marido, que me pintaba las uñas porque quería provocar, un desastre.

Muchos –y muchas– no perdonan que Lilian hable sin pudor contra la mutilación. No admiten que a veces use ropa tradicional y otras veces pantalones. No se bancan que haya llegado a la universidad a fuerza de insistencia. “Esto no puede ser”, susurran algunos ancianos⁴⁸. Como en otras latitudes, acá las mujeres no tienen voz ni voto.

Y encima cargan con el trabajo doméstico. En el corral de Lilian, sin ir más lejos, las vacas están tan acostumbradas a que las ordeñe su madre que, cuando la tarea le toca a otro, esa persona tiene que ponerse algún pulóver de la mamá para que

⁴⁸ En una sociedad donde tanta gente muere joven, ser “anciano” significa tener más de cincuenta años.

la vaca sienta el olor conocido y se deje tocar. De lo contrario la leche no sale.

Como la mamá de Lilian está de viaje, a primera hora de la mañana siguiente los adultos mandan a Saire, un primo de dieciséis años, a que ordeñe las vacas antes del desayuno. Para cualquier otro hombre sería un problema, pero –aparte de que no es machista– el pibe conoce un truco que le enseñó su abuela. Es una canción compuesta a través de generaciones por las mujeres de su clan. Sirve para “amigarse” con la vaca. Cuando Saire empieza, el animal se queda quieto, chequea la presencia del pulóver y deja hacer.

*Vaca, que estás acá conmigo,
¡huelas a hierba fresca!
Permite que te ordeñe
para que puedas seguir buscando agua cristalina
y para que encuentres siempre,
siempre
campos verdes...*

Saire se interrumpe y me usa de testigo: “¿Ves? Si me callo, la vaca protesta para que le siga cantando. ¡Mi abuela es una genia!”.

En el resto de las casas masái no es común que los varones colaboren. Las mujeres lo hacen prácticamente todo, y el ritual de la mutilación es la arista más filosa de una inequidad cotidiana. Son ellas las que acarrear en la espalda y a lo largo de kilómetros los bidones con diez o quince litros de agua. Son ellas las que lavan la ropa de los demás; y si viene cualquier varón con hambre, se supone que deben ponerse a cocinar.

Hasta construir las casas es un tema “femenino”. Por la tarde, Lilian visita a unas vecinas que están levantando paredes en mitad de la llanura. No se ve ni un chabón cerca. Andarán con sus lanzas o en negocios con el ganado. Aquí hay únicamente mujeres, barro, madera, sol. Y un descubrimiento: al verme, todas interrumpen la labor y se aproximan con la cabeza gacha. Es su modo de saludar. Hasta que un hombre no les toca la frente, las mujeres no pueden seguir con lo que estén haciendo. Se acercan incluso las nenitas, que dejan sus juegos y vienen con pies diminutos y descalzos, los ojos fijos en el suelo.

—Sí. Las casas las hacemos nosotras. Es una de las condiciones que tenés que cumplir antes del matrimonio—informan las albañiles con un dejo de resignación. Haber pasado por la mutilación genital y ser capaz de fabricar un hogar se consideran deberes de una novia.

—¿Qué pasa si la casa les sale mal?

—¡Tiene que salir bien! ¡Si no, el marido se va a vivir con otra!

Para colmo, la costumbre marca que a la choza hay que construirla con ayuda de la suegra. Cuando una joven masái se casa, se reúne con la madre del “nene” y entre las dos se ponen meta adobe y caña.

Irán montando la estructura con ayuda de vecinas y amigas. Una vez armada esa base, se estrena la convivencia de los recién casados. Si en los primeros días el marido descubre que su mujer no es “lo suficientemente obediente”, puede enviarla de vuelta con los padres para que “le enseñen disciplina” y se la den amansada.

El hombre puede irse cuando le dé la gana, sin responder a otra presión que la opinión de sus pares (hombres). Lilian y sus amigas cuentan que en zonas todavía más aisladas persiste la costumbre de “reservar”⁴⁹ a las hijas. O sea: supongamos que un hombre X planea casarse y tiene unos conocidos que acaban de tener una beba. Si hay acuerdo, la nena crece con su familia, en la pubertad le mutilan los genitales y luego es entregada al marido que había hecho el encargo. Todo un *delivery* humano.

A esta altura tengo clara una idea: no habrá liberación de África sin liberación de la mujer. La misoginia es una rémora que cruza fronteras étnicas y religiosas. Solo en Egipto, país islámico, hay 27,2 millones de mujeres mutiladas, y se estima que el 56% de las menores de diecinueve años pasarán por la práctica⁵⁰. En Somalia la cifra alcanza el 98%.

Las autoridades religiosas más respetadas aseguran que El Corán no promueve en ningún pasaje este tipo de locuras. La Biblia tampoco, pero las cifras de MGF son también alarmantes en sitios con mayoría cristiana como Etiopía, donde hay más de veinte millones de víctimas.

Cortes. Cortes por todos lados. Cortes en la vulva de las cristianas, las musulmanas y las animistas. Filos. Habitaciones llenas de moscas. Las mutilan familiares o curanderas, con

⁴⁹ La palabra exacta que usan en inglés es *booking*.

⁵⁰ Human Rights Watch (2016). “Egypt: New Penalties for Female Genital Mutilation”, en el sitio oficial de HRW. Link: <https://www.hrw.org/news/2016/09/09/egypt-new-penalties-female-genital-mutilation>.

cuchillos u hojas de afeitar⁵¹. Si hay anestesia, mejor; y si no, a morder un pañuelo y aguantar. Afuera los parientes cantan y festejan. El ruido acalla los alaridos.

¿Por qué lo hacen? Hay justificaciones de todo tipo. Que se trata de una tradición milenaria. Que así se está “más limpia”. Que “el corte” sirve para conseguir mejores maridos porque denota castidad. Que se evitan violaciones por las dificultades para la penetración —¡como si eso detuviera a un violador!—. O al revés: que tener un agujero estrecho le dará más placer al hombre.

La única verdad entre estos “argumentos” es que la costumbre es ancestral. La ablación existía antes de la llegada del cristianismo y el Islam. Y ahí donde se la ha intentado suprimir mediante leyes o campañas, el hecho de que adolescentes y púberes hayan enfrentado a la mutilación provocó que las familias decidieran adelantar la edad del rito. “Hay que operarla ahora, que no puede defenderse”, parece ser la consigna. El resultado es que hoy, en la mitad de los países donde es común la MGF y se dispone de datos, los cortes se hacen antes de los cinco años. A esa edad, las niñas no tienen cómo resistir⁵².

⁵¹ Cuando los que hacen los tajos son médicos —como en la mayor parte de Egipto— los riesgos disminuyen, pero el trauma persiste.

⁵² Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) (2013). “Mutilación/ablación genital femenina: Resumen estadístico y exploración de la dinámica del cambio”. Link: https://www.unicef.org/spanish/publications/index_69875.html.

Para 2050 uno de cada tres nacimientos humanos se producirá en alguno de los países donde predomina la MGF⁵³. Treinta millones de niñas corren el riesgo de ser lastimadas solo en esta segunda década del siglo, bajo la premisa de que el clítoris, identificado con el placer femenino, “es el botón que se usa para llamar a las puertas del Infierno”.

Si las masái keniatas se sienten mal o sufren complicaciones de parto, tienen que arreglárselas para llegar al hospital más cercano, que puede estar a cinco o seis horas en auto y a campo traviesa. Nadie pavimenta los caminos porque eso “le quitaría encanto” a los safaris en 4x4 que hacen los turistas.

Parece mentira. Estas mujeres viven al lado del Parque Masái Mara, aunque los beneficios económicos de estar cerca de una de las reservas naturales más célebres nunca han llegado a ellas. Lilian quiere cambiar esa realidad: estudia Educación en Nairobi y coordina laburos con chicas de su aldea y con la organización *The South Face*⁵⁴, que busca generar líderes bajo el lema “África educa a África”.

“Estamos orgullosas de algunas tradiciones, pero reclamamos el derecho a discutir otras. En mi sociedad nosotras existimos para ser miradas, nunca para ser escuchadas”, se lamenta la muchacha.

⁵³ En Kenia la MGF es ilegal, como en veintiséis estados de África. Eso no implica que la práctica haya sido erradicada.

⁵⁴ <https://www.thesouthface.org.es/>.

Lilian tiene una claridad extraña. Como si se quejara desde el optimismo. Está siempre de buen humor, y uno se pregunta por qué estas mujeres, que pelean a diario contra tantos obstáculos, ríen más que muchas oficinistas de las grandes capitales.

Será que el pueblo masái también tiene cosas que enseñarnos. Cierta día, después de varios meses secos, un vapor tibio sobrevuela Ositeti. Los animales están inquietos. Nadie sabe qué ocurre excepto “el tío”, un viejito sordomudo que se pasa las mañanas cuidando al ganado y los ocasos en silencio, viendo cómo el sol se derrite por la lejanía.

El viejo no oye ni habla, pero ha desarrollado un lenguaje de señas que entienden hasta los más pequeños. Ese mediodía levanta las manos para interrumpir el almuerzo y la familia calla para “escucharlo”. Joseph, un hermano de Lilian que acaba de llegar de Narok, trata de “subtitular” la secuencia de gestos. Cuenta: “el tío...está diciendo que hoy va a llover...y que se acaba la sequía...y dice que una de las vacas va a parir...”.

A primera hora de la noche, la familia se junta en el corral frente a la vaca que jadea y que tiene una cría a medio salir. El partero es este tío enigmático y sordo. Tira de las patas que asoman hasta que cae un ser gordito, mojado y tontón que da la impresión de no entender dónde está.

—Mi tío ama a los animales. Si se muere uno, lo tenemos que consolar porque llora como un chico— murmura Lilian.

Llueve. Es la primera vez en meses. La sabana huele a vida renovada. El animal recién nacido siente el frío de las gotas e intenta ponerse de pie. ¿Toro o vaca?

—¡Miren, se está levantando! ¡Le vamos a poner “blessing” (“bendición”), porque llegó y nos trajo el agua— propone con la cara salpicada Enoch, uno de los primos.

Es vaca. Y después de mucho tiempo está cayendo un chaparrón. Retumban los truenos. Cantan voces, tan humanas. Me toca en las profundidades esa alegría de todos. Si por fin llega la época de lluvias, el ganado crecerá fuerte, como las bandadas de chicos y chicas que ya salen de la aldea para corretear por la vegetación húmeda aunque todavía amarilla, sin pensar en lastimarse y sin creerse más que nadie.

Una vez que el varón masái ha pasado por la circuncisión, puede elegir el camino de los guerreros, también llamados *moranas*. Se pintará de manera especial, se dejará el pelo largo y comerá solo derivados de animales: grasa, carne, leche y sangre. Recorrerá su región a pie —según la leyenda, sin tomar buses ni autos— y cazará bestias a lanza pelada. Llevará los pedazos de sus presas colgando a modo de vestimenta. Podrá circular libremente por los campos y se le ofrecerá alojamiento, siempre que él garantice seguridad a cambio.

Quien haya salido a los caminos podrá establecerse en un territorio que le guste y formar una familia (o varias). Conseguirá novia y después se sentará con su bravura a ver cómo las mujeres le construyen la casa.

Se supone que un *morana* no le teme a nada. La prenda más valiosa, en efecto, es la cola del león, que se lleva al hombro y debe ser arrancada cuando la bestia está viva. El que sea capaz de conseguirla se convertirá en un galán. Aunque cada vez es más difícil encontrar leones en la sabana. Los matan los turistas.

“Para nosotros —me suelta Lilian camino al mercado— los animales contienen signos para interpretar el mundo. Matar debe tener un sentido o responder a una necesidad. Consideramos miserable al que mata un animal porque sí. ¿Qué pasa, es que esa persona no tiene sus propias vacas? Los masái nos alimentamos con nuestro ganado. Solo los tacaños o los desesperados se alimentan de animales salvajes”.

Llegamos y me acuerdo de los sábados en la peatonal Sarmiento de Mendoza. Alrededor del predio, jóvenes y chicas pasean haciéndose los lindos. Sobre todo los *morana*, que se han ataviado a todo lujo. Sus cuerpos irradian destellos de la vida que llevan, puro nervio y aventura.

A pesar de las lanzas y los cantos, a pesar de los adornos, más allá de conversaciones y regateos, siempre llega un momento en que el lienzo africano vira al violeta y el día va llegando a su final. Los pastores masái regresan a sus casas tratando de no mirar al cielo, que se llena de estrellas fugaces. Si llegan a ver una, escupen para arriba y dicen “yo no te he

visto”: creen que si no lo hacen, el brillo que se apaga causará la pérdida de una cabra o una vaca⁵⁵.

Cuando aparece la luna, la brisa ya es decididamente fresca. Adentro de las casas —sombrias y pequeñas— chispea un fuego que lo cubre todo de humo, y no es raro encontrar abuelas que cuentan historias de guerreros, ogros y animales. Relatos como los que anoto aquí:



Historia del ogro y las moscas

Había una vez un grupo de hermanitos masái. Sus padres se habían ido al pueblo —era día de mercado— y los habían dejado a cargo. Pero en vez de cuidar el ganado y las gallinas, los chicos se dedicaron a jugar. En eso, sintieron el andar de un ogro y desde lejos empezaron a burlarse de él. El monstruo giró rápido y vio a los niños, que corrieron a refugiarse en su casa.

El gigante entró a la choza, pero aunque buscó y buscó no vio a los niños, que se habían escondido debajo de las camas (¿ya he dicho que

⁵⁵ Esta costumbre de conversar con el cielo es una práctica perdida en Occidente, pero muy común en otras culturas. Gracias a los relatos del antropólogo español Francesc Bailón sé, por ejemplo, que los inuit del Polo Norte creen que los muertos habitan en las auroras boreales. Cuando ven una aurora, silban al infinito para llamar la atención de sus difuntos. Luego se ponen a charlar con ellos bajo la inmensidad del Ártico.

los hogares masái son oscuros?). "Han huido. Igual, tarde o temprano, ellos o sus padres van a tener que volver. Entonces me las van a pagar", pensó el monstruo. Como era mediodía, decidió sentarse al lado de la puerta y comer lo que llevaba en su bolsa (acaso un niño de otro poblado). Luego se quedó dormido boca arriba.

Según las abuelas masái, los ogros tienen tres ojos y la piel de colores raros. Los sigue un enjambre de moscas, ya que son bastante sucios. Este no era la excepción. Por eso, mientras los chicos seguían ocultos, el gigante —que digería su almuerzo entre ronquidos— empezó a tirarse pedos.

El concierto digestivo fue tan extremo que los chicos se tentaron de risa en su escondite bajo la cama. Al principio eran risas contenidas, pero después fueron carcajadas. Carcajaditas de niño que se abrieron camino a través de la peluda y cerosa oreja del ogro, hasta que se despertó. Al abrir los ojos, lo primero que el monstruo vio fueron las moscas que lo seguían a todos lados. Creyendo que las risas venían de las moscas, dijo: "Hasta los insectos se burlan de mí. Como ogro soy un desastre". Y se suicidó.

Las trampas de los ogros

Muchas historias de terror que cuentan los masái transcurren en la proximidad de los bosques. Es más, un sitio cercano se llama "Forest of the lost child" ("El bosque del niño perdido"). También los ríos exigen cautela. Buena parte de los animales van a beber ahí de madrugada. Los humanos prefieren el día. Para los ogros queda la noche.

En realidad, el mito dice que no se puede estar tranquilo ni en las horas de luz. Los que recojan frutos silvestres, por ejemplo, tienen que andar con cuidado. Las abuelas del clan de Lilian lo advierten, mechando el aire de broma con cierto tonito que inquieta al círculo de niños que escuchan:



—¡Podría pasar que buscando frutos silvestres recojas una pelotita que en realidad es... un ojo de ogro!

Los ogros, se sabe, comen gente. Por lo tanto, si uno cae en el error de levantar del suelo el ojo del bicho, él —que a lo mejor está en la otra punta de la sabana, pero ha dejado el ojo como trampa— irá corriendo para agarrar a su víctima.

—¿Y corren rápido los ogros?— pregunto a la multitud reunida junto a la fogata.

Uno de los niños se anticipa a las viejas:

—¿Que si son rápidos? ¡Ja! Un ogro corre más fuerte que un chita y además no se cansa. Si agarraste su ojo, lo tenés al lado tuyo en dos minutos—. Buuuuhh. Sus hermanitos sacuden los hombros porque sienten escalofríos.

Me explican que una vez frente a la víctima, el ogro se hará el copado y dirá:

—¡Conque querías robar mi ojo! Eso es terrible. Ahora vas a tener que elegir: ¿preferís que te coma... o querés que te adopte como hijo para enseñarte modales?

La mayoría, obvio, elige convertirse en “hijo”. Empezará una extraña sobrevida. El ogro llevará a su víctima a lo profundo del bosque y le hará un sitio donde dormir. Le traerá comida hasta engordarlo de tal forma que no pueda correr. Cuando esté “a punto”, llamará a otros ogros —incluso entre monstruos, el peso de la comunidad es crucial— y el grupo de gigantes se acomodará, expectante, alrededor de las brasas.

—Hace algún tiempo— comentará el ogro asador— esta delicia que vamos a echar a la parrilla recogió uno de mis ojos. ¡Miren lo gordito que me ha quedado!



En lo recóndito de la noche, los pocos masái que no estén durmiendo escucharán las risotadas de los ogros y creerán que son truenos.

Una tarde, Saire y Enoch, los primos de Lilian, pidieron mi diario de viaje para hacer unos dibujos y dejarme escritas otras historias que les cuentan sus abuelas. Los veía escribir, tirados sobre la hierba con mis lápices de colores, y pensaba en muchos chicos de mi país que tienen amputada su capacidad de asombro. Los chicos de acá, en cambio, se

asombran de todo. Hasta de ellos mismos. Dibujan y se ríen del resultado. Lo viven.



Un león a través de los ojos de un adolescente de la sabana (Saïre).

Transcribo lo que me regalaron, aún a riesgo de rozar cierta ingenuidad:

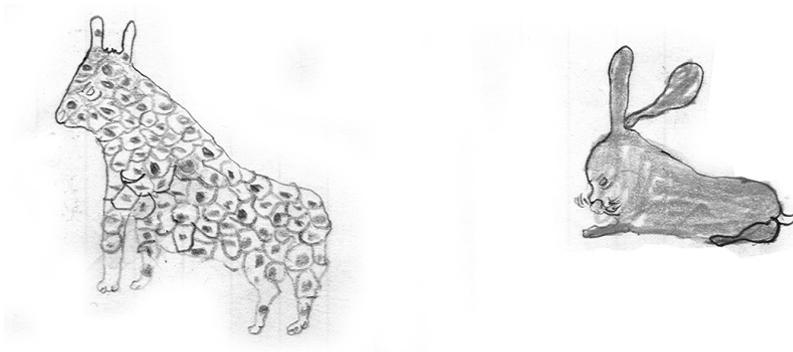
Historia del almuerzo del león

Hace mucho vivía un león. Como rey de la sabana, llamó a una reunión para decidir qué animal se iba a comer. Todos tenían una excusa para salvarse. Después de un rato, la hiena opinó que el león tenía que comerse a un tortugo, porque las tortugas en general le parecían seres lentos e incapaces. Las otras especies estuvieron de acuerdo. El tortugo, asustado, pidió que no lo mataran y agregó que tenía

niños en su casa y que su esposa estaba enferma. ¡Si se lo comían, su familia iba a quedar desprotegida!

Pero las palabras del tortugo fueron ‘como tocar la guitarra a un rebaño de ovejas’⁵⁶. Afligido, empezó a pedirle a Dios para que lo ayudase. Y Dios, que le presta atención a estas cosas, lo oyó y envió una inundación que atemorizó a todos. El tortugo y su familia escaparon nadando. El resto de los animales se ahogó.

“Eso nos enseña que cada uno tiene sus capacidades y que hay que tratar a todos con igualdad”, me aclaró Saire cuando terminé de leer lo que había escrito en mi cuaderno.



La hiena con pintas y la liebre, según Enoch y Saire.

⁵⁶ Expresión típica de la región de Ositeti.

Historia de la bestia más grande

Unos guerreros *morana* solían ir a cazar al bosque del niño perdido. El más bravo de ellos, muy valiente y musculoso, repetía siempre: “no existe bestia más grande ni poderosa que yo”. Siguieron cazando por semanas y años, y este guerrero insistía en vanagloriarse ante sus amigos. En el instante final de sus vidas, se dieron cuenta de que habían estado caminando sobre la punta de la garra de un gran animal, el más grande que uno pueda imaginar, que les cantaba en voz baja y humildemente:

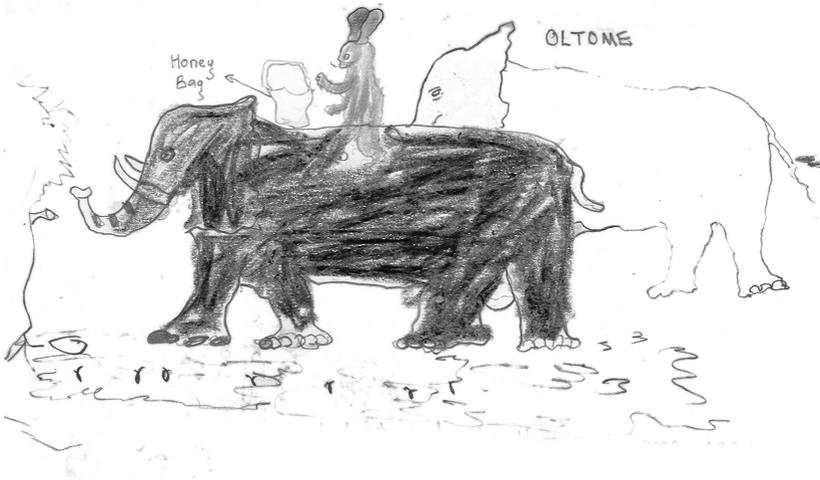
*No me comas ahora,
mátame cerca del río.
Así después del almuerzo
puedes tomar agua⁵⁷.*

Historia de los tres animales en la colina

Había una vez tres animales: una liebre, un elefante y un hipopótamo. Vivían cerca de una montaña y se conocían entre sí. El problema era que el hipopótamo y el elefante se pasaban el día discutiendo quién era el más fuerte. Entonces la liebre les sugirió que agarraran una soga y se fueran a lo alto de la colina. “Desde ahí —les explicó— cada uno de ustedes tirará para su lado. El que consiga arrastrar al otro más allá de la cima, será el ganador y por lo tanto el más fuerte”.

⁵⁷ En alguna ocasión he leído una historia de origen asiático que es muy similar y que reemplaza la garra del animal por la mano del Buda.

El elefante y el hipopótamo aceptaron. Subieron a lo alto, agarraron la sogas y empezaron a tirar. Y cuando estaban en máxima tensión, la liebre cortó la sogas con un cuchillo y los dos animales cayeron barranca abajo y se lastimaron. Ese día la liebre se rio mucho de la estupidez de sus vecinos.



Otro dibujo de Enoch y Saire. Como se ve, la liebre tiene fama de taimada.

En la cultura masái las historias procuran transmitir valores. Pero a medida que un chico o una chica crece, aprende que hay ogros más peligrosos que los que mencionan las abuelas. Ya no son solo los imperios que vienen por sus recursos naturales. África está llena de individuos que viajan para probarse a sí mismos que son hombres recios o mujeres liberadas; y con tal de lograrlo hacen cualquier cosa.

Vienen en masa. Ejecutivos obesos que pagan miles de dólares para sudar adrenalina. Divorciadas que venden el auto y se toman un año sabático entre chozas para certificar que

dejaron atrás su frigidez. Son legión. Lo insólito es que, después de percibir la lluvia en los pastizales y el rugido de los leones en celo, estos visitantes sean capaces de volver a sus rutinas de mierda. Sin haberse hecho amigos de nadie. Sin comprometerse con nada. Son los ogros que produce la globalización.

Hace unas semanas, Enoch y Saire decidieron salir de paseo por un camino que cruza el Parque Nacional. Teóricamente, solo pueden transitar ese sendero los masái, es decir ellos. Los sorprendió el silencio que había en el camino que marcan las acacias. En la quietud de la víspera, dos elefantes muertos empapaban de sangre los pastos. Había miles de moscas y gusanos. Los colmillos estaban serruchados. Los pájaros no cantaban.

“Se llevaron el marfil, el resto de los cuerpos quedó entero –se indigna Enoch—. Uno ni siquiera era un elefante adulto, ¡era una cría nacida este verano!”. La carne estaba ahí, pudriéndose, porque –como apunta Saire, el otro de los pibes— “los animales salvajes, que son muchos, no pueden consumir tanto en un solo día”.

Ni un ogro sería tan voraz.

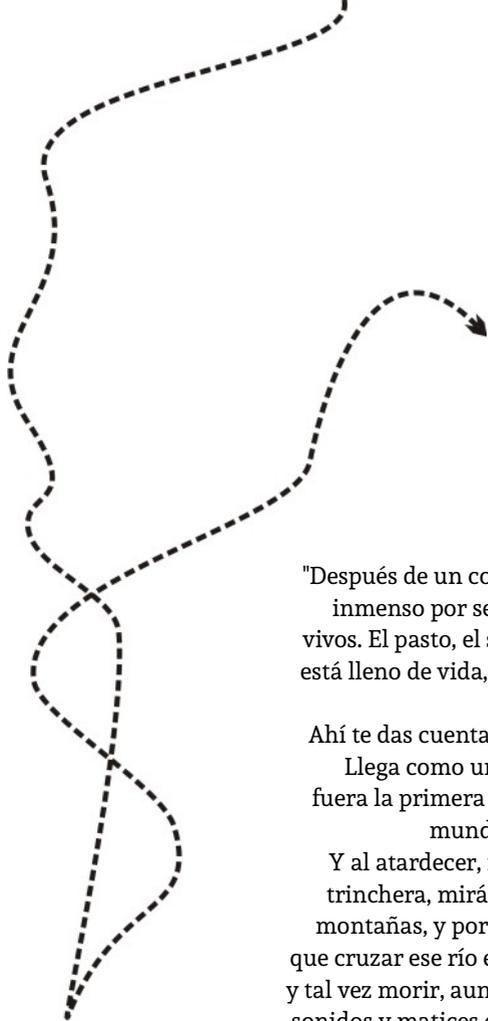
Ya había preparado la mochila para irme de Ositeti. Un hombre del clan había venido con el mismo Renault 12 que nos dejó a pata de ida para conducirme de vuelta por los cien kilómetros de tierra hasta Narok. En la distancia, veía que Saire no quería saludarme. Estaba solo, sentado en una piedra.

Cuando fui a hablarle vi que estaba dolido. El tío mudo también se había sentado contra un árbol, tapado hasta el cuello con su manta, mirando reflexivamente el amanecer.

No lo decíamos, pero nos rondaba la tristeza. ¿Por qué nos estábamos queriendo tanto? Me di cuenta de que cada uno de nosotros sabía lo que significaba en la vida de los demás. Para muchos de estos hermanos, yo era el primer blanco que veían. Al principio me habían tratado como a un chetito; después, a medida que los ayudaba en algunas labores del campo, hasta me habían dado un nombre que hoy me enorgullece: “*Ologol*” (“Fuerte”). Sentí que habíamos aprendido a no prejuizar. A ver al otro sin el tamiz del recelo.

Subí el equipaje y repasé mentalmente mis días en la sabana. Me divertía entrar a las aldeas como Shrek: la gente corría aterrorizada porque yo “no tenía piel”. Luego tomábamos té juntos. Mis brazos, peludos y claros; los de ellos, negros y brillantes. Mis pies cortos frente a sus piernas de saeta. Mi voz de ruidos raros y el idioma de ellos, redondo como las casas que construyen.

Por encima de esas diferencias habíamos sido amigos. Ahora volvía cada uno a su planeta. ¿Cómo era posible? ¿Qué sería de Lilian? ¿Qué de Enoch y Saire? Me puse en el lugar de esos hermanos de Ositeti y me dije, con la voz de todos ellos, a medida que los veía alejarse al final de la huella: “Si en el resto del mundo hay buena gente, ¿por qué nos sentimos tan solos?”.



LA GUERRA Y EL AMOR

"Después de un combate, siempre sentís un placer inmenso por seguir vivo. Los árboles están más vivos. El pasto, el suelo. Todo. Todo lo que te rodea está lleno de vida, vos entre todas esas cosas, y esa vitalidad te conmueve (...)

Ahí te das cuenta de lo que realmente tiene valor.

Llega como un baldazo de agua fría, y como si fuera la primera vez valorás lo mejor de vos y del mundo, todo aquello que es tan frágil.

Y al atardecer, mientras estás acurrucado en tu trinchera, mirás el río teñirse de colores con las montañas, y por más que por la mañana tendrás que cruzar ese río e internarte en el monte y pelear y tal vez morir, aun así, te encontrás estudiando los sonidos y matices del final del día, sentís maravilla y temor ante la puesta del sol, y te inunda un sólido, ardiente amor por lo que el mundo podría y debería ser, pero no es"

(Tim O`Brien, *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*, 1990)

Cargaban bolsas de quince o veinte kilos. Iban con arroz, con ropa, con una foto de casamiento o de cumpleaños en el bolsillo. Iban con niños, con animales. A principios de aquel 2014, la caravana de los que huían de la guerra civil en

Sudán del Sur se extendía a ambos lados del puente que marca la frontera con Uganda. Helena Yob fue una entre millones que tuvieron que dejarlo todo: estaba trabajando en las afueras de su aldea y entonces “llegó la guerra”. Lo relataba así, como si se tratara de un fenómeno meteorológico.

Llegó la guerra.

Agachada para que los tiros no le perforaran la cabeza, alcanzó a levantar por el brazo a su nietito de un año y llamar a dos de sus hijas adolescentes.

— Salí corriendo. Solo pude agarrar a este bebé, las nenas y la ropa que tengo puesta—me contaba Helena. A meses de aquel susto, todavía estaba descalza.

— ¿Y tu marido?

— Ni idea. En el desorden nos desencontramos. No sé qué fue de él. No sé dónde está. No sé si está vivo.

Sin saber, a pie, la abuela Helena, sus hijas y el bebé anduvieron los doscientos kilómetros que median entre las ciudades de Bor y Juba. Sudán del Sur es uno de los países con menos carreteras del mundo. Fueron cinco días por senderos de horror, metiéndose entre las matas cada vez que escuchaban o veían un vehículo militar.

— ¿Y qué comieron en esos cinco días?

— Nada. Cuando una escapa de la guerra se olvida de comer. Me acordé del hambre recién acá, en el campo de refugiados. Cuando escapás te quedan dos pensamientos: que no te maten

y conseguir agua. Si hay algo que tomar y no te han disparado, camínás.

En la huida los ríos eran una trampa. En sus orillas se podía beber hasta llenar la panza, pero por eso mismo había soldados al acecho. Las tropas sabían que, tarde o temprano, alguien de la tribu enemiga pasaría por ahí si quería sobrevivir. Nadie subsiste sin agua.

Las mujeres y el bebé llegaron a Juba, la capital sursudanesa. Un conocido aceptó llevarlos al borde con Uganda. Ocho kilómetros más allá del límite se toparon con Nyumanzi, un campo de refugiados de Naciones Unidas.

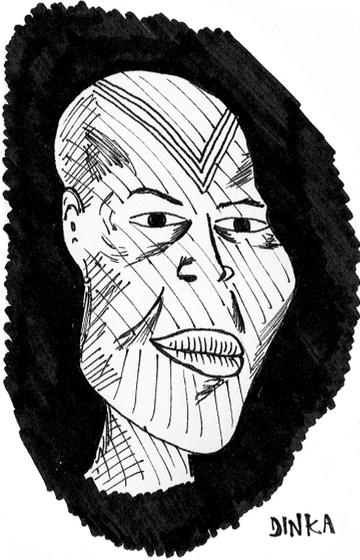


—Ahora necesitamos educarnos.

Yo también necesito educarme, aprender todo de nuevo—repetía Helena, y me hacía un gesto indescifrable.

Había ingresado a Nyumanzi en enero, pero ya había levantado una casita de barro y había sembrado maíz. No era la primera vez que vivía como refugiada. Le había tocado estar en Etiopía un par de años, durante alguna de las incontables guerras de las que nadie más que los africanos se enteran. Ahí había practicado un poco de inglés. Recuerdo que cuando charlamos era temporada de lluvias y se le inundaba el rancho. Ella le restaba importancia. Chapoteaba. Antes de decir adiós me pidió el número de teléfono.

Una semana después, cuando yo ya estaba lejos, Helena me llamó. Quería saber cómo estaba, desearme buen viaje y mandarme un beso⁵⁸.



Sudán del sur es una ensalada de grupos étnicos; y el núcleo de la guerra civil es la hostilidad entre dos tribus enormes. Los nuer se resistieron siempre a las invasiones árabes. Luego, cuando los europeos campeaban por el continente, aguantaron hasta que los británicos les bombardearon el ganado desde aviones para obligarlos a negociar⁵⁹.

Sus rivales también son duros. Los dinka constituyen la etnia más numerosa de la zona. Igual que en otros pueblos, su paso a la adultez está marcado por cortes en la cara y la extracción de varios dientes, junto con el entrenamiento diario en el uso de la lanza. Como los nuer, son

⁵⁸ El 20 de febrero de 2017, un grupo de organizaciones humanitarias –entre ellas Naciones Unidas- comunicó que se había desatado la hambruna en Mayendit y Leer, dos localidades sursudanesas. Las personas estaban muriendo por falta de alimento. Informes recientes destacan que la situación mejora, pero seis millones de seres humanos todavía pasan hambre. Fuente: Dumo, Denis y Miles, Tom (2017). “More South Sudanese go hungry but worst of famine eases”, artículo publicado por Reuters el 21 de junio de 2017. Link: <https://www.reuters.com/article/us-africa-hunger-southsudan-idUSKBN19C0RR>.

⁵⁹ Gluckman, Max (1956). *Custom and Conflict in Africa*. Nueva York: Barnes & Noble.

de tradición guerrera y se encuentran entre la gente más alta y morena del mundo.

Para dinkas y nuer existe un fantasma, el del hambre, que aquí es antiguo como la presencia humana. Los mayores cuentan que hubo una era en que el estómago de las personas vivía aparte, en los bosques. Era un ser independiente, pero sufría mucho. Un día un caminante se encontró con el estómago y sintió pena por él. Lo quiso cobijar poniéndolo en su lugar actual, la panza, para que pudiera alimentarse hasta recuperar fuerzas. Al estómago le encantó su nueva casa. No se quiso ir más, se volvió insaciable. Por eso siempre anda rezongando, adentro de nuestros cuerpos, imponiendo la tiranía del apetito.

¿Cuándo empezó esta catástrofe que ya ha dejado sin hogar a más de tres millones de personas? Difícil precisarlo. Sudán del Sur, el país más “nuevo” del mundo, se separó de Sudán en julio de 2011, tras siglos de violencia. Se suponía que la expoliación iba a terminar. La independencia traería progreso. En aquel momento, se pensó que los recursos petrolíferos y la fauna —en Sudán del Sur hay elefantes, jirafas y antílopes como en ningún otro punto de la Tierra— potenciarían el desarrollo. Unas elecciones eufóricas erigieron como presidente a un miembro de la tribu dinka

que siempre anda con sombrero de cowboy, Salva Kiir Mayardit⁶⁰.

Kiir no la tenía fácil. Pertenecía a la etnia más numerosa y eso le daba poder. Sin embargo, la sociedad que le tocó gobernar no solamente estaba dividida en tribus, sino que además requería caminos y tendido eléctrico. Incluso hoy, el país —que ocupa una superficie cuatro veces mayor que la Provincia de Mendoza— cuenta con solo 192 kilómetros de asfalto. Ni siquiera hay uniformes para la policía, por no hablar de las escuelas y los hospitales.

De yapa el vicepresidente, Riek Machar, era de los nuer, la segunda tribu más grande. Uno y otro tenían experiencia en el combate de guerrillas contra el ejército de Sudán (Norte), lo que tampoco auguraba una paz duradera.

Así que en diciembre de 2013 se destapó la olla y el presidente Kiir acusó a su vice de estar planeando un golpe. Este, a su vez, negó las acusaciones pero por las dudas armó un ejército rebelde. Dinkas y nuer afilaron sus lanzas, y la crisis política se convirtió en batalla tribal, con ambos bandos acusándose de masacrar civiles y hacer limpiezas étnicas. Miseria contra miseria. Paralelamente, los intereses cruzados

⁶⁰ La historia del sombrero de cowboy que Salva Kiir utiliza con tanta frecuencia tiene su encanto. Se dice que fue un regalo que le dio George W. Bush durante una visita que el político africano hizo a la Casa Blanca en 2006. A Kiir le gustó tanto que nunca más se lo sacó. Con esa pinta de vaquero recibe a las delegaciones diplomáticas y hasta ha dado discursos en la Asamblea General de la ONU. Gosh, Palash (2012). “¿Why does the president of South Sudan always wear a cowboy hat?”, artículo en el International Business Times. Link: <https://www.ibtimes.com/why-does-president-south-sudan-always-wear-cowboy-hat-739113>.

de las potencias no han ayudado a apaciguar las aguas. En esta guerra por petróleo, quienes pelean no tienen zapatos.

Los combates entre tribus se iniciaron en diciembre de 2013. Tres años más tarde, un informe enviado al Consejo de Seguridad de la ONU subrayaba la hipocresía de la comunidad internacional. El texto culpaba a países de Europa y Medio Oriente —entre ellos Bulgaria e Israel— de foguear el conflicto a través del tráfico de armas⁶¹, boicoteando los acuerdos de paz.

Mientras tanto allá, donde África muestra sus venas abiertas, las leyes de las etnias resuelven la ausencia del Estado. Ninguna estrella de rock, ninguna consigna pseudointelectual convencerá a un guerrero de que no debe vengar la sangre de su padre o de su hermano. Es más: hasta se habla de genocidio.

Los hombres que encontraba en la frontera me reiteraban una frase. No sé si porque afectaban valentía o porque realmente lo pensaban. Siempre decían: “he venido a dejar a mis familiares en el refugio para que estén a salvo. Yo me vuelvo. Hay que seguir peleando”.

La mitad de los niños sursudaneses no va a la escuela. Miles de menores se han convertido en soldados. Y como los caciques no tienen dinero para solventar a sus ejércitos,

⁶¹ Ver, por ejemplo, Gaffey, Conor (2016). “European and israeli arms fuelling South Sudan conflict: U.N.”, Revista Newsweek del 21 de octubre de 2016. Link: <https://is.link/ZCv>

muchas veces les pagan en *especias*. El sueldo de las tropas consiste en las mujeres que se puedan violar y los objetos que puedan robar⁶².

Es entendible que los civiles huyan a países limítrofes. En los primeros tres meses de 2017, por ejemplo, más de cincuenta mil personas se marcharon a Uganda por la frontera sur que cruzó Helena. Escapan porque en su patria ya no se puede estar.

Me gustaba caminar por Nyumanzi en las mañanas. El centro de refugiados vibraba con un rumor parecido al que podría escucharse en el pasillo de un jardín de infantes. Sin pupitres ni pizarrones, es verdad, pero con un aire lleno de voces infantiles que a pesar de todo tintineaban. La edad promedio en Sudán del Sur es de 17.1 años; de ahí el sonido que se escucha en los campos de batalla y en los predios de Naciones Unidas.

Nyumanzi empezó siendo un puñado de carpas donde mucha gente dormía en el suelo, a la intemperie. Hoy es casi una ciudad. Hasta podía irme a un bar que tenía la bandera de Brasil. Los vecinos se juntaban a ver partidos de fútbol, enchufar sus celulares a un generador comunitario o —lujos entre lujos— tomarse una Fanta. Los parroquianos me decían

⁶² McNeish, Hannah (2015). "South Sudan: women and girls raped as 'wages' for government-allied fighters", en The Guardian. Link: <https://www.theguardian.com/global-development/2015/sep/28/south-sudan-women-girls-raped-as-wages-for-government-allied-fighters>.

“el jauarya”, porque siempre llegaba y saludaba: “how are you?”.

A quince minutos en jeep desde aquel bar está la frontera entre Uganda y Sudán del Sur. Los camiones con tanques de petróleo iban y venían levantando polvareda. Aprovechaban cualquier alto el fuego para ir a cargar su combustible al norte sursudanés, donde están los pozos de crudo.

Los vehículos traqueteaban sobre el puente oxidado que representa el límite. A lo lejos, desde el país en guerra —y salpicando el panorama hasta donde llegaba la vista—, se veían siluetitas avanzando a los tumbos con sus bolsos. Niñas. Niños. En algún lugar del bardo, un tipo en moto tocaba sin parar una bocina que tenía la música de la película *Titanic*. A los costados de la ruta había negocios de comida, hoteles de mala muerte y hasta discotecas “con DJs de Kampala”. Uno de los hoteles tenía un eslogan inquietante: “*your problem is our business*⁶³”.

Intenté pasar al otro lado, pero los militares me impedían ir más allá de los primeros mil metros. Bea, mi contacto en la frontera, tanteaba el horizonte estirando un poco el cuello y achinando sus grandes ojos de negra. “Um... hoy la cosa está tranquila. Hay días en que vienen miles”.

⁶³ “Su problema es nuestro negocio”, en inglés.

Bea era la responsable de recibir a los recién llegados, anotar sus nombres y darles un techo en los campos de la ONU. Las noticias sobre una hipotética tregua no la tranquilizaban. "Llega gente demasiado flaca. En el norte de Sudán del Sur no se ha podido sembrar, y nos cuentan que el hambre crece. Si a eso le sumás que hay un brote de cólera, el panorama es complicado", me comentó.

Cuando un refugiado alcanza el borde internacional en un área donde opera la ONU, pasa las primeras horas en un "centro de recepción" como el de Bea. De ahí lo conducen a un campo "de tránsito" y a continuación —después de registrarse y recibir un documento— la persona es derivada a su destino permanente. Claro que ese es el caso ideal. Entre completar el papeleo y la muerte hay gran variedad de opciones intermedias.

Un día viajé con los refugiados que llegaban. En el bus que iba de la frontera al "campo de tránsito" —la segunda parada para los que huían de la guerra— sonaba "Careless Whisper", el hit ochentero de George Michael. El camino era de tierra anaranjada y la vegetación de un verde iridiscente. Lo demás era amarillo, efecto del sol.

En el micro los niños no jugaban. Las madres, serias, se asomaban por la ventanilla, intentando adivinar lo que les esperaba a ellas y a sus hijos: muchas no habían salido nunca de su pueblo. El saxo que manaba del estéreo impregnaba la escena de ridiculez.

*I'm never gonna dance again,
guilty feet have got no rhythm.*

*Though it's easy to pretend
I know you're not a fool...⁶⁴.*

En el asentamiento, los recién llegados tenían que registrarse otra vez. Las mujeres, estas invencibles mujeres que habían viajado tantos días a pie, se ponían su mejor vestido, casi siempre remendado, intentaban peinarse y posaban con la frente alta cuando el funcionario les tomaba la foto para la tarjeta de identificación.

Desde atrás, un hombre que parecía ser el líder del campamento repetía a los gritos:

—Atención. Aquellas que tengan al marido en el frente y sepan el número de su teléfono celular, por favor llámenlo. Díganle a los esposos que pueden venir y reunirse con ustedes. Díganles que los necesitamos...

Cerca del borde, Médicos sin Fronteras (MSF) había instalado un centro de salud con treinta y tres camas. Escuché el llanto de dos bebés recién nacidos. “Son mellizos, de un parto prematuro que tuvo una refugiada”, me contó Ángela, una de las enfermeras. La madre dormía, agotada. Al costado del lecho había una caja de cartón con una manta encima. De ahí salía el llanto. Corrí la manta con cuidado, me asomé y vi que adentro estaban las dos criaturas. Se agitaban; eran diminutas y arrugadas. “No hay incubadora –se excusó

⁶⁴ “Nunca más voy a volver a bailar/los pies culpables no siguen el ritmo. /Aunque es fácil simular/sé que no eres tonta...” ([George Michael](#), 1984).

Ángela—. Tuvimos que improvisar con esta caja. Pusimos esponjas mojadas con agua en el fondo. Sobre eso, una capa de algodón. ¡A lo mejor funciona!”.

Aparte de los asentamientos y las instalaciones de MSF, existían algunas “casas protegidas” donde estaban los refugiados más vulnerables. En la puerta de la primera casa, rodeado por sus cinco hijos, estaba M. No diré su nombre real porque apenas lo conocí me pidió reserva. Alguien podía matarlo.

—Nací en guerra, fui soldado y ahora estoy acá. Me he pasado la vida en guerra. Estoy harto— se lamentaba el hombre, con un bebé entre brazos.

M había formado un matrimonio mixto. Él es dinka y se casó con una nuer: como si un judío se hubiera casado con una aria en la Alemania nazi, o un hutu con una tutsi en la Ruanda de los noventa. En el lenguaje del odio, la mezcla está prohibida.

Por eso M era un refugiado en peligro. Estaba trabajando lejos cuando estalló la guerra, y su esposa, que se había quedado con los chicos, optó por resguardarse de las matanzas en un campo de la ONU. Un grupo de jóvenes dinka—la tribu de M— entró a la base donde había unos cinco mil civiles nuer y abrió fuego. Mataron a decenas de hombres, mujeres y niños. Entre ellos, a la madre de los cinco hijos que ahora dependían solamente de M.

— ¿No sentiste ganas de vengarte, de integrarte a la lucha en alguno de los bandos?

— ¿Para qué? Yo ya no tengo bando. A mi mujer la mataron los miembros de mi propia tribu. Así que en esta guerra no sé quiénes son los malos y quiénes los buenos.

M reunió a sus hijos, compró pasajes de micro hacia Juba y de ahí hasta Uganda. "Acá estoy mejor. Cuando voy a sacar agua del pozo nadie me pregunta si soy dinka o nuer. Soy un ser humano, es todo", me contaba el tipo, y mecía rítmicamente a su niño. El crío de dos meses miraba a su padre desde abajo. Buscaba la teta, como quien hace una pregunta infinita.

En otra de las tantas jornadas de la guerra, cuando la banquina estaba llena de parias durmiendo al costado de la ruta, cruzó la frontera Ayen, una chica de trece años. Llevaba a cuestas a su hermanito de dos, y la seguían sus otros hermanos, de ocho y diez años. Los empleados de la ONU les preguntaron dónde estaba su madre. Los chicos respondieron que "tal vez había muerto".

Ayen y sus hermanos se acomodaron en una carpa. Transcurrieron semanas, hasta que una mujer cruzó sola el borde. Al dar su nombre a las autoridades, no quedaron dudas: era la mamá de los chicos. La mujer lo confirmó y dijo que "venía a buscar a sus hijos para ir de vuelta a Sudán del Sur". Aunque la felicidad duró poco. La madre explicó que su plan era llevarse solamente a los dos más chiquitos y dejar en Uganda a la chica de trece y al nene de diez, porque "ellos ya podían arreglarse".

—Increíble. In-cre-í-ble— porfiaba Bea, la muchacha de la frontera, después de referirme esto. Pero todas sus historias terminaban más o menos igual.

Las tardes se me fueron de un lado a otro, intentando averiguar qué ocurría en el frente. Bajo un alero de nylon conocí a Atang, una entre las innumerables pibas que han quedado solas. Venía llegando a Uganda por el puente de hierro. No tenía nada, salvo un vestido estampado en *animal print* y su nombre, que significa “batalla”.

—Cuando nací era una época de muchas peleas, por eso me pusieron así— contaba ella.

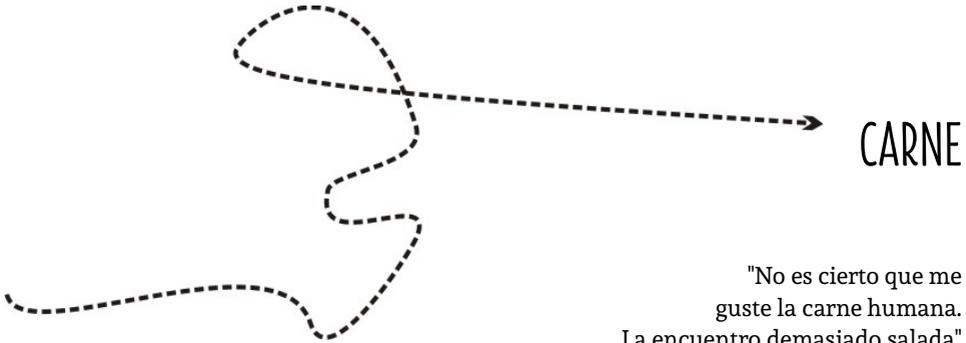
De eso habían pasado quince años.

Atang era de Bor. “¿Conocés?”, me preguntó, y sonrió a medias al describirme su ciudad, como ensamblando a tientas los pedazos de su infancia destruida. Era espigada y hermosa. La oí cantar cuando se sentaba a esperar el transporte que la llevaría al asentamiento de la ONU. Al despedirnos me susurró al oído: “*I love you. Take me to America*”⁶⁵.

⁶⁵ “Te amo. Llévame a América”, en inglés.



Se llamaba Atang, que significa "batalla". "Cuando nació era una época de muchas peleas, por eso me pusieron así", contaba la chica.



"No es cierto que me
guste la carne humana.
La encuentro demasiado salada"
(palabras atribuidas a
Idi Amín, ex dictador de Uganda)

El Lago Victoria es fuente del Nilo y uno de los espejos de agua dulce más grandes del planeta. Con 69.484 kilómetros cuadrados, abarca zonas de Uganda, Kenia y Tanzania. Está exigido al máximo⁶⁶ y de todos modos da de comer directa o indirectamente a más de treinta millones de personas⁶⁷.

Es a orillas del Victoria donde el hombre —o lo que hace un rato era un hombre— se balancea en la madrugada. Tiene el cuello atado a una cuerda, y la cuerda está atada a un

⁶⁶ Según la Lake Victoria Fisheries Organization (LVFO), hoy pescan en sus litorales más de 200.000 personas que usan 60.000 botes. Dos mil nuevas naves se suman cada temporada.

⁶⁷ Awange, Joseph L. y Ong'ang'a, Obiero (2006). *Lake Victoria: ecology, resources, environment*. Nueva York: Springer.

árbol. Todavía no salió el sol. El cuerpo del suicida es una sombra que se mece con la marea.

El puerto está a punto de espabilarse. En un cuarto de hora llegará un pescador, luego otro y a lo mejor hasta un tercero. Harán lo posible por bajar al ahorcado de la rama. No para salvarlo, sino para desatarle la soga del cuello y empezar a pelear para ver quién se la queda.



Porque la cuerda que ha usado un suicida tiene *poderes*. Los pescadores lo saben y se la disputan a trompadas. El más fuerte saldrá corriendo con el tesoro. El muerto quedará en el suelo – a no ser que algún piadoso llame a la policía– y la noticia será la comidilla de la semana en cada puesto del mercado.

Dice la tradición que quien entreteja su red de pesca con la cuerda de un suicida gozará una vida de abundancia. Aparte, el hechizo puede heredarse. Una familia de pescadores se considera salvada si tiene en la barca una de estas redes mágicas. Con ella se pescará lo que se quiera, como se quiera, cuando se quiera.

Remojando los pies en el Victoria, leí en las hojas del periódico Daily Nation una entrevista donde autoridades

keniatas describían el poder de este amuleto⁶⁸. Raphael Akuku, anciano de su tribu y funcionario de la Playa de Ogenya, aseguraba que “ha utilizado siempre su red con sogas de suicida” y que le va de maravilla:

—¡Gracias a esta cuerda he podido ganar dinero diariamente y mandar a mis chicos a la escuela!— dijo a la prensa. Llame ya.

¿Realidad o ficción? Quién sabe. *This is Africa*.

Más tarde encontré otro hecho sombrío, esta vez en Uganda. Un estudiante había aparecido muerto, aparentemente por tomar un veneno para ácaros que se llama Almatrix.

El “caso Almatrix” no tenía demasiadas pistas. No había sospechosos. El cadáver de Henry Kamusiime había sido descubierto gracias a un chico que iba arreando vacas y se topó con el cuerpo tirado entre las plantaciones. Nadie sabía qué había pasado con aquel estudiante de educación que cursaba segundo año de la universidad. Sin embargo John Mwesigwa, el decano de la Facultad donde estudiaba Henry, soltó una frase reveladora:

—No sabemos si se mató. Los estudiantes siempre tienen problemas de novias y de novios... sin olvidarnos del vicio

⁶⁸ Oketch, Angela (2014). “Hanging on to tradition, L. Victoria fishermen scramble for suicide ropes”, en Daily Nation. Link: <https://www.nation.co.ke/lifestyle/dn2/Victoria-fishermen-scramble-for-suicide-ropes-/957860-2306402-yblkyr/index.html>.

rampante de las apuestas. A veces hasta se juegan el dinero que tenían destinado para pagar los estudios.

Cuando leí esas declaraciones me cayó la ficha. Hacía meses que me llamaba la atención la cantidad de casas de apuestas que había en algunas capitales afro. En Uganda, la tendencia recrudecía en obsesión. Veía negocios de apuestas en cada esquina, y la gente se aglomeraba para jugarse lo poco que tenía en la esperanza de que los resultados del fútbol obraran un milagro. Apostaban por los partidos del Mundial, por el Barça, por el Madrid, por el Manchester, por el santoral de jugadores millonarios que admiran y que a lo mejor estaban ahí para darles un golpecito de suerte.

Jugaban y perdían. Ahorros de años, de toda la vida. Entonces había y sigue habiendo quienes salen en busca de un veneno. O se ahorcan y dan —de paso— una ayudita al gremio de los pescadores⁶⁹.

La ciudad ugandesa de Kabale consiste en una larga calle rodeada de comercios y casitas de hojalata. Ajá, y con crepúsculos arrebolados. No jodamos: podría decir lo mismo

⁶⁹ En 2016 ocurrió en Migori (Kenia) otra desgracia que me llamó la atención. Un estudiante había apostado 80.000 shillings —unos 760 dólares— a los resultados de los cuartos de final de la UEFA. Jugaban Italia y Alemania, y la técnica del flaco parecía astuta: había puesto 40.000 shillings por la victoria de Italia y —para asegurarse de no perder— había colocado otros 40.000 shillings por el triunfo de Alemania. ¿Chiste? ¿Broma que salió mal? No se sabe. Cuando se enteró de que los equipos habían empatado, el apostador fue a la casa de su madre y se ahorcó. (La definición por penales no influyó en las remesas). Otieno, Elisha (2016). Daily Nation. Link: <https://www.nation.co.ke/news/student-commits-suicide-after-losing-football-bets/1056-3283226-t3tbutz/index.html>.

de casi cualquier urbe africana. Pero de algún modo tengo que empezar a relatar la lucha que lleva adelante David Mugabo. Ese sí que es un fuera de serie.

David es papá de dos chicos albinos. Suena raro hablar de albinos en el continente negro. Lo cierto es que la proporción de personas con esa dolencia es mucho mayor en esta zona que en Europa o Norteamérica. Mientras en el mundo desarrollado se da un caso entre 17.000 o 20.000 personas, entre los pueblos del África subsahariana ese número puede alcanzar la proporción de un bebé albino por cada 5000 nacimientos⁷⁰.

La ONG Under the Same Sun informó⁷¹ que solo en 2015 se reportaron 448 ataques contra los albinos en veinticinco países africanos. Las agresiones van de la mutilación a la violencia sexual, pasando por los intentos de secuestro; y se estima que la cantidad real de incidentes es mayor, dado que los albinos son excluidos sociales y sus denuncias no son atendidas. Eso sin contar lo que ocurre campo adentro, donde directamente no hay dónde denunciar.

Muchos africanos están perturbados por el color de la piel. Se obstinan en ese factor como si fuera el único que cuenta. “Te invitaría a mi casa, pero somos negros”, escuché

⁷⁰ Banco Mundial (2015). “Under the Same Sun: The Struggle for Social Inclusion of People with Albinism”. Sitio oficial de la entidad. Link: <https://is.link/A0M4Z>

⁷¹ Mohan, Megha (2016). “Challenging Africa's albino stereotypes”, en BBC Trending. Link: <https://www.bbc.com/news/blogs-trending-36434062>.

que se justificaban a veces mis amigos afro. Les daba pudor que yo entrara a sus hogares, y me desarmaba de impotencia ante tanta humillación. Otros se iban al extremo opuesto y me juzgaban a mí por ser blanco, acusándome de haberlos esclavizado durante siglos.

Una y otra tendencia tienen que ver con el descomunal complejo de inferioridad que la colonización dejó en estas sociedades. Resulta comprensible, pues, que cuando acorralan a chivos expiatorios que no pueden defenderse —como los albinos— descarguen sobre ellos la frustración que vienen acumulando desde hace generaciones.

David me espera en un bar junto con su hija Grace y su hijo Emmanuel —que tienen cara de negros pero la piel muy clara—, y nos ponemos a conversar sobre el calvario que sufren los africanos que nacen sin pigmentación.

—La primera en llegar fue Grace. Ella es muy bonita y talentosa. Más tarde vino Emmanuel, también albino. Al ver que eran diferentes a los otros chicos, nuestras familias en la aldea nos dijeron “¿qué tipo de niños son estos?”. Se suponía que habíamos hecho algo mal, algún pecado. Vivíamos en Congo. La gente de allá se los quería comer: algunas tribus son caníbales, comen personas. Y los albinos son los más buscados.

David nació en Uganda, pero su espíritu es andariego como el de millones que viven del trapicheo cotidiano. Los buscavidas de África Central aprenden lenguas en los mercados, hacen de la bici un transporte de cargas y abren surco a lo largo de ríos y selvas. En una de esas aventuras,

cerca de la ciudad congoleña de Goma, David conoció a su mujer, Martha. Luego vinieron los hijos y la necesidad de escapar para que no se los mataran.

En muchos países, la tradición dicta que antes de construir una casa es propicio enterrar ahí un albino. Trae suerte. Como uno entero puede salir miles de dólares, también se venden por desguace, “como onzas de chocolate”. A los supersticiosos que no pueden comprar el cadáver entero se les ofrecen dedos, manos, cabezas, piernas, órganos internos. Un desarmadero que sirve a las necesidades de la hechicería local.

Total, un albino no es considerado humano. Es una especie de fantasma que aparece y se esfuma un día cualquiera, sin que nadie haga demasiadas preguntas. Hasta se cree que tener sexo con un albino cura el HIV, lo que aumenta el riesgo de que estas personas sean violadas⁷².

Huyendo de la muerte y de cosas aún peores, David, su esposa y sus hijos llegaron a Uganda con lo puesto. En Kabale trabajo no hay. Cada jornada, antes de que asome el sol, el padre sale a ver qué changa consigue. Puede ser que le encarguen conducir un taxi, descargar un camión o atender un negocio. Nunca es algo seguro ni permanente.

⁷² Ng'wanakilala, Fumbuka (2011). “Albinos in Tanzania murdered or raped as AIDS ‘cure’”. Reuters. Link: <https://www.reuters.com/article/ozatp-tanzania-albinos-aids-idAFJ0E74408020110505>.

Él lo prefiere así: al menos nadie se cenará a sus hijos con papas fritas. Aunque igual siente la presión. “Hay que tener en cuenta que la ciudad de Kabale está cerca de Ruanda, que a su vez es fronteriza con Tanzania, y en estos países también roban o secuestran a los albinos para sacrificarlos y ofrecerlos a los dioses”, me cuenta David.

Miro a Grace y a Emmanuel por si quieren decirme algo. Son personitas extrañas. No solo por ser blancos y tener rasgos afro. Su sensibilidad extrema ante la luz hace que pestañeen con sus ojos bizcos. Sus pupilas se mueven constantemente, de izquierda a derecha, tejiendo un halo de misterio y de temor.

David interviene: “no esperes que hablen mucho. Son tímidos porque viven en la peor discriminación. En la escuela, por ejemplo, nadie presta atención a sus necesidades. Son chicos que se encandilan fácilmente, nacen con mala vista. Por desgracia los profesores no tienen eso en cuenta. Y es peligroso que anden solos: cuando salen del colegio siempre voy a buscarlos. Me da miedo que los metan en un auto y los vendan en el mercado negro”.

Emmanuel, el muchachito, ha ido a jugar a la calle. No muy lejos, para que el papá no se preocupe. Miro una vez más a Grace. Ella esquiva mi mirada. En voz baja, le pido a David que le pregunte a la chica, en su lengua, qué le gusta hacer y qué sueños tiene para el futuro. Él se acerca despacio, le toca los hombros y le murmura mi primera pregunta al oído. “Me gusta dibujar”, responde ella. Después David le pregunta por sus sueños. Grace no dice nada. Se le llenan los ojos de lágrimas.

El padre se repone y sentencia: “Nadie va a venir a decirme que está mal criar hijos albinos. Debajo de la piel, todos tenemos sangre”.

Kigali. La capital de Ruanda parece una maqueta. Al menos en las pocas cuadradas que rodean al centro. Si uno pudiera remontarse más allá de los edificios, arriba del calor y de los bosques; si pudiera ir por encima de los pájaros y la niebla, vería a un paisito amaneciendo casi a oscuras, excepto por los brillos de esta ciudad de utilería.

Kigali: si uno se para en algunas esquinas, es imposible saber en qué continente se encuentra. Las calles tienen un estilo prepotente y occidental. Hay seguridad privada, y los supermercados ofrecen marcas globales para atender la urgente necesidad de papas Pringles que sienten los *expats*, es decir, los gringos que están trabajando como “especialistas” para las organizaciones humanitarias.

Conseguir un hotel que saliera menos de cuarenta dólares fue una odisea. Por no hablar del precio de los taxis y los colectivos, con el mochilerío encima y con el prejuicio siempre presente de que por ser blanco yo manejaba dos Cadillac. Pero todo tiene una razón.

En Ruanda hay dos grupos mayoritarios: los hutus y los tutsis. Hoy nadie habla de ellos, pero hace dos o tres décadas la pertenencia a unos u otros determinaba el tipo de trabajo que se podía conseguir, así como las posibilidades educativas y el estatus social.

Los tutsis eran los favoritos de las potencias coloniales. Enfrente, humillados, los hutus —que son más negros— habían ido macerando un odio inmenso contra sus rivales. Esta enemistad no tenía una expresión territorial clara. Los tutsis, menores en número, vivían frecuentemente cerca de los hutus y compartían barrios y plazas.

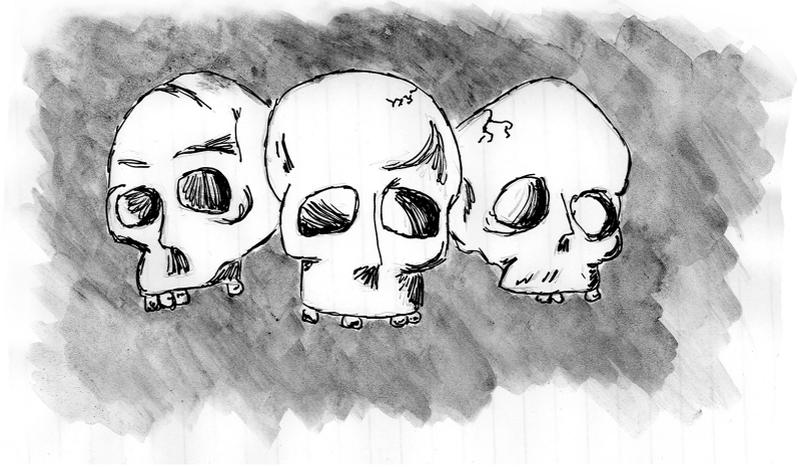
A principios de los noventa el ambiente se enrareció. La compra de machetes comenzó a figurar entre las prioridades de importación de Ruanda, y a ninguna de las potencias se le ocurrió investigar por qué.

—Oh, tú sabes, este año hay gran demanda de machetes...

En 1993 se habían distribuido más de medio millón de esas armas —aproximadamente una por cada tres varones hutus adultos— y “herramientas de labranza” como picos, azadas, cuchillas, etc. Todas estas operaciones “fueron más fáciles de realizar porque el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional habían insistido en implantar la liberalización del sistema de licencias de importación⁷³”. Nadie controlaba.

⁷³ Sobre la responsabilidad de Occidente en el genocidio de Ruanda, es interesante consultar el libro de Linda Melvern, *Un pueblo traicionado* (Oxfam, 2007). Allí se aclara, además, que “Michel Choussudovsky y Pierre Galand, quienes analizaron los archivos bancarios, llegaron a la conclusión de que sin el financiamiento internacional [los asesinos] nunca habrían dispuesto de suficiente dinero para comprar los materiales que serían después distribuidos entre la milicia”.

Llegado cierto punto, las radios empezaron a hablar de “matar a las cucarachas”. Se desencadenó la locura. Miles de hutus comunes y corrientes salieron a asesinar a sus vecinos tutsis. Se masacró sin piedad ni distinción a lo largo de cien días, en una orgía de alcohol, tambores y alaridos que se llevó la vida de casi un millón de personas.



Es un país de traumas. Cualquiera que tenga más de treinta y cinco años puede ser un ex asesino. Tal vez por eso los bondis siempre ponían aquel rap oscuro, machacón y deprimente. Los coches subían y bajaban las colinas, y empezaba a producirse un extraño efecto perceptivo, porque veías las cabezas de las personas que viajaban en el micro y no podías alejar el recuerdo de los cráneos rotos que todavía están a la vista, de a montones, en iglesias y fosas comunes. Era como una inundación, pero no de agua sino de tristeza. El dolor se lo llevaba todo, desarmaba las expresiones. No te dejaba pensar. Te arrepentías de ser humano.

En el libro *Una temporada de machetes*⁷⁴, el periodista Jean Hatzfeld entrevistó a varios de los que participaron del genocidio. Muchos exhiben cierto aire deportivo. Un tal Pío, por ejemplo, retrató el clima general de la masacre:

—Se mataba de la forma en que se conocía, de la forma en que se sentía, cada uno a su ritmo. No había instrucciones formales sobre cómo hacerlo, pero sí de continuar. (...) Muchos Tutsis mostraban un miedo terrible a ser asesinados, incluso antes de que empezáramos a golpearlos (...). Se encogían o se quedaban inmóviles. Ese terror nos ayudaba. Es más tentador matar a una cabra temblorosa y quejumbrosa que a una llena de vida y juguetona, si se puede decir así.

En aquellos tiempos, los medios occidentales preferían concentrarse en la ex Yugoslavia. Allí los muertos eran más interesantes porque eran claritos.

Charles Muvunyi es boxeador. No tiene la cuenta bancaria de los campeones mundiales. Es más, probablemente ni siquiera tenga cuenta bancaria. Pero pelea. Ha peleado toda su vida y ahora entrena chicos en la periferia de Kigali.

Sabe lo que hace porque él mismo se crió prácticamente solo. Su familia murió durante el genocidio. “Mi familia ya había tenido que irse por conflictos anteriores.

⁷⁴ Hatzfeld, Jean (2004). *Una temporada de machetes*. Barcelona: Anagrama.

En un momento, no sé porqué, mis padres decidieron volver a Ruanda. Así los mataron”, rememora.

Charles era la víctima prototípica de la barbarie hutu: pertenecía al grupo rival —los tutsi—, era civil, estaba desarmado y tenía menos de quince años. Sin embargo sobrevivió. Los criminales le quitaron su familia pero no los puños, y mucho menos el corazón. Con esas dos cosas le alcanzó para recluir a sus demonios en el ring.

Su presencia es muy querida en el centro juvenil Kimisagara, donde la muchachada baja de las villas cada tarde para entretenerse y averiguar las últimas noticias. El Kigali Life Boxing Club queda en las afueras, justo donde la capital se va difuminando y las construcciones de chapa sugieren que Ruanda es más que esa ciudadela llena de yanquis que sirve como presentación al viajero.

Desde un costado le gritan: “Eh, Charles, ¿qué hacés con ese periodista?”. Charles explica, y las pandillas que juegan al básquet o al fútbol dejan la pelota para escucharlo con respeto. Después pasan la información entre cuchicheos. “Es que le están haciendo una entrevista...es por el boxeo”. El luchador sigue caminando y se acerca al gimnasio. Alrededor hay un valle de montañas verdes con chabolas color tierra.

A las cinco llegan los pupilos. Muchos no tienen ni chancletas. Sus remeras están usadas hasta que los colores se vuelven una variación del gris. Y nadie afloja la guardia. “Aprendemos a defendernos, pero antes que nada aprendemos a largar golpes donde corresponde”, apunta Charles.

—O sea que aquí se aprende a pegar exclusivamente dentro del gimnasio...

—No. El gimnasio es grande. Los golpes se dan *adentro del ring*. Ese es el lugar.

La idea es tan contundente que puede resultar obvia. En cambio aquí, en el meollo de tanta pena, decir que los golpes hay que darlos en el ring y en ningún otro lado implica una revolución de lo cotidiano. Implica el valor de la palabra, la hombría de distinguir entre alguien que puede defenderse y alguien que no.

Charles añade, además, que —en disonancia con la versión espectacularizada que difunde la tele— el boxeo es capaz de ofrecer una disciplina, un orden. La posibilidad de transmitir cierta noción de equilibrio en el lenguaje físico que captan con facilidad los miles de huérfanos que habitan su país.

—Saber defendernos, cuidar la vida. Por eso estamos aquí.

Para pelear hay que tener la panza llena. Charles suele juntar dinero y dar comida a sus alumnos:

—Cada tanto conseguimos alimento para los chicos: queremos que los púgiles de Kigali Life sean fuertes.

Con cuarenta grados sigue el entrenamiento. El vaho húmedo que viene de los bosques rodea por los cuatro costados a los quince o veinte niños que —semidesnudos— alzan los puños a la altura del mentón, con la mirada fija en el profe. Mediante gritos y arengas, Charles propone ejercicios. Camina entre los muchachos corrigiendo posturas, sin alterar

el estilo de cada uno. Nunca, jamás, pregunta si alguien es hutu, tutsi o de cualquier otro origen. Le importa únicamente que haya ganas.

Me despido de Charles con un estilo “boxístico”: sin demasiadas palabras y con un abrazo.

Ahora voy a zonas rurales. Es temprano, y al distanciarse las luces de neón aparecen mausoleos dedicados a las personas masacradas en el 94'. Al rato el asfalto se vuelve huella. Algún grupo de pibes juega en el sinnúmero de montañas que quedó apestado de tragedia.

Viajo a entrevistar a los batwa, uno de los últimos pueblos “pigmeos”. En realidad voy a una aldea de unas cincuenta casas. Sé que estoy cerca cuando siento manitos tirando de mi ropa.

Los niños de esta cultura corren a abrazar al visitante aunque no lo hayan visto nunca. Son los más chiquitos en una tribu de chiquitos; y uno termina andando con dos enanos aferrados a cada brazo y uno más en cada pierna, envuelto por las risas que desparraman estas almitas con voz de pájaro. No tienen miedo de molestar: para ellos, la alegría es un bien que se comparte.

En otros lugares nadie juega. Las personas simplemente se esfuerzan por no morir. Los batwa no. No es que no tengan problemas —durante las guerras entre hutus y tutsis, ellos quedaron en medio y eso les ha costado caro—, pero lo cierto es que desde que salen de la panza los pigmeos son cantores y bromistas, como buenos petisos.

Los retoños revolotean por los costados del caminante casi sin tocar el suelo, o empujan carretera abajo y en grupo sus cubiertas de bici medio podridas.

Nadie compra juguetes a estos niños. Se los fabrican ellos mismos. Un palo atado a una madera se convierte en un camión cargado de frutas, verduras o ganado. O agujerean un pomo de champú y le ponen rueditas: un auto.

Algún afortunado, si tiene mucha suerte, recibe un revólver plástico de fabricación china. En el caso de las muñecas, son casi todas de tez clara, rubias y de ojos celestes. He visto niñas color ónice abrazando fuerte a sus muñecas de cara gringa. Después vienen los líos: una de cada tres mujeres en África utiliza productos para aclararse la piel⁷⁵. La publicidad pro blancos empieza temprano, lo mismo que la idea de usar armas.

Mientras ingreso a la aldea batwa, recuerdo por contraste una escena que viví hace días. El ómnibus se había detenido frente a una choza en medio de la ruta que une Kampala con Adjumani, en Uganda. Empezaron a aparecer niños desnudos que observaban fascinados mi rostro pálido y narigón. Jugamos: yo ponía cara de gallina, de vieja garca, de perro. Ellos ponían cara de león, de caballo, de elefante.

⁷⁵ La cifra corresponde a la población urbana. Fihlani, Pumza (2013). "Africa: Where black is not really beautiful", en BBC News. Link: <https://is.link/TqEIS>

Casi se caían al suelo de alegría. Entonces vi a la madre de los nenes salir de la choza con un palo y empezar a pegarles. Por nada. Sin asco. Aquella mujer no permitía risas. Había olvidado cómo se juega.

Entre los pigmeos es diferente. Cuando Karl Weyrauch —el amigo yanqui que me facilitó el contacto— los encuestó para saber qué fortalezas y debilidades reconocían tener, algunos confesaron que pasaban hambre. Otros admitieron que el agua de la lluvia entraba a sus casas y que “los bebés lloraban el día entero” por el frío. No obstante, a la hora de mencionar las cosas buenas hubo unanimidad. “Aun así, somos gente feliz”, dijeron.

—“Gente feliz”, ¿te das cuenta? Ahí supe que saldrían adelante— rememora Karl, emocionado.

Los batwa que veo usan sandalias verde fosforescente. Incorporo el dato del modo más idiota: me convenzo de que es una moda. Qué ridículos. Me río de los abuelitos con sandalias flúor. “Qué kitsch, jijiji”.

Luego me entero de que antes esta gente iba descalza. Se organizaron. Consiguieron cien dólares y con eso compraron las mismas sandalias verdes a los niños, las mujeres, los hombres y los viejos. Ahora ya no están descalzos. Para alguien que no es del palo puede ser un detalle, un motivo de burla. Para ellos, tener calzado representa la primera vez que pueden ir a la ciudad sin sentir vergüenza.

Todos los años, Karl pela la billetera y compra una vaca para que los batwa hagan una fiesta. “Creo que es la única vez que los batwa comen carne”, me cuenta. No es broma. Se nota en las caras que este es un día excepcional. ¡Vamos a comer carne, carajo!

Después de algunas tratativas, los hombres destacados de la tribu eligen un animal y lo pagan con el dinero que les dio Karl. Llevan a la vaca como un trofeo entre varios batwa. Ahora viene una parte difícil: matarla. Lo que para un argentino puede sonar sencillo, para los pigmeos es una hazaña.

Lo primero que hay que hacer es decirle a la persona que haya cuidado a la vaca que se esconda. “Si la vaca ve al cuidador, no se dejará matar”, me revela Josephina, una de las pocas pigmeas que habla algo de inglés. Es robusta y compacta. Camina a mi lado con el balanceo de alguien que está acostumbrada a subir pendientes.

Josephina se explaya. Si el animal sabe que su cuidador está cerca, tratará de llamarlo y de resistir a toda costa los golpes que los hombrecitos ya le están dando en la cabeza. “En cambio —sigue la muchacha— si el cuidador se esconde, ella se entregará enseguida. Pierde la esperanza”.

Verdad o no, la vaca no ve a su cuidador y pronto se deja caer entre los cuatro batwa que la están fajando con lo que tienen a mano. Son las diez de la mañana.

El animal está muerto. Hay que repartir la carne entre las cincuenta y tres familias de la aldea. Mi fondo comunista se

excita al saber que la economía local le da una importancia máxima a los intereses colectivos. Los bienes se dividen, y se discute el tiempo que sea necesario hasta que haya acuerdo y armonía.



Una asamblea de batwas circunda la res. ¿Cómo la dividimos?

Una asamblea de batwas circunda la res. Las moscas ya se han aivado y se acercan, pegajosas. Algunos precavidos traen hojas grandes y las ponen encima del cadáver para evitar que vengan más bichos. Un tipo con un cuchillo va seccionando

cada milímetro, desde las orejas hasta las pezuñas: todo se aprovecha. Luego empiezan los gritos.

Tengo la impresión de que son las mujeres las encargadas de negociar. Son las que pegan más alaridos. “¡Esto me toca a mí!”. “¡Si vos te llevás eso, entonces me corresponde el hígado!”. “¡Ey! ¡Entonces para nosotros que queden los sesos y la lengua!”.

El tono va subiendo hasta que, rozando el mediodía, la vaca es un manchón pardo de moscas y la gente sigue peleando órgano por órgano el reparto de lo que llevará.

Aturdido, me alejo de la pelea para beber un poco de agua. Noto que Josephina se acerca.

— Necesito que me hagas un favor.

— ¿Qué precisás?

— Quiero que llames a mi escuela y les digas que no voy a ir ni hoy ni mañana.

— ¿Por qué?

— Vos llamá y avisales. Te van a escuchar porque sos extranjero. Después te cuento.

No me parece. Quiero saber por qué. Ella no me explica. Caminamos un poco más, hasta que casi no se oye la discusión de las mujeres en torno a la vaca. Cuando estamos lo suficientemente aislados, Josephina me dice por qué quiere quedarse en casa dos días:

—Es que quiero escribir un poema.

A las seis de la tarde, los batwa todavía no se han puesto de acuerdo en el reparto del alimento. Me había entusiasmado. Tras varias semanas de arroz y papas, supuse que íbamos a comer algo rico. Ya veo que no va a pasar.

Observo la ronda y mido la situación. Algunas mujeres ya han agarrado pedazos de carne. La disputa es por ciertas achuras que pasan de mano en mano para ver quién se las queda. Las moscas se cuentan por miles. Trazo un doble subrayado en mi libreta: “si alguna vez hago plata, vengo acá y me pongo un almacén”.

Dejo la escena a pie, entre las casas bajas y los árboles. Josephina está contenta; tendrá tiempo de sobra para escribir el poema. El director de su escuela me atendió como si fuera el presidente. Le dije que la muchacha iba a trabajar traduciéndome unas entrevistas.

Busco la carretera y algún colectivo que enfile de nuevo a Kigali. Me pregunto cómo haré para contar este día tan raro, y me respondo que para expresar lo que viví tendría que pedirle al lector que imaginara, alrededor de cada párrafo, a los niños batwa brincando, tirando de sus orejas y corriendo en círculos. Si cierro los ojos, todavía puedo sentirlos.



A TODA VELOCIDAD

“Sin duda es inspirador dar la vuelta al mundo en un automóvil a toda velocidad, percibir Arabia como un remolino de arena o China como un relámpago de arrozales. Pero Arabia no es un remolino de arena y China no es un relámpago de arrozales. Son civilizaciones antiguas con extrañas virtudes enterradas como tesoros. Si queremos comprenderlas no debe ser como turistas o investigadores: debe ser con la lealtad de los niños y la gran paciencia de los poetas. Conquistar esos lugares es perderlos”

(G. K. Chesterton, *Herejes*, 1905)

El nombre “Tanzania” viene de la fusión entre dos unidades territoriales previas, “Tanganica” y “Zanzíbar”, que se unieron en 1964. Para bien o mal, el país da la sensación de estar manejado por gente muy joven. El promedio de edad es de 17.6 años. Una nación de *teenagers*.

Al subir a los colectivos, es frecuente ver que en el asiento del conductor hay un adolescente de gorrita que ya está algo borracho y que, sin embargo, sigue tomando cerveza y saluda guiñando, con la música al repalo. Es el chofer.

Así que aquí estoy. Son las tres de la tarde y sigo hacia el Sur, cautivo en un bondi que corre alocadamente hacia la muerte o hacia algún cruce que no figura en los mapas. Cada tanto salto de mi asiento, y no es un giro retórico. Cada vez que el colectivo agarra una piedra o un pozo, mi cabeza roza el techo, mis piernas aletean en el vacío y tengo que apuntar el culo para embocarlo en mi butaca y no terminar ensartado en las rodillas de alguien (en el mejor de los casos).

El asiento, valga la aclaración, es duro como un yunque. Es absurdo que el resto de los pasajeros no se queje. Bah, en realidad se quejan, sí. Gimen de dolor en cada pozo. Pero priorizan llegar rápido a llegar vivos y no le dicen nada al chofer, que sigue con su música, su cerveza y sus quince años. Cuando empiezo a reprenderlo en inglés desde mi lugar del fondo, todos me miran divertidos. Supongo que me consideran un iluso. El chofer también ríe. Acelera.

—¡¡Slow doooooown⁷⁶!!! ¡¡Polepole!!— me oigo aullar.

Por la ventanilla veo pasar de cinco en cinco las casitas de una ciudad sin nombre. Sobre la ruta, en perspectiva, diviso lomos de burro pintados de amarillo. “Qué alivio, este pendejo va a tener que frenar o reventará la suspensión”, me consuelo. Pobre inocente. El muchacho no parece saber lo que indican las señales e interpreta los lomos como el obstáculo de algún videojuego. Acelera todavía más.

⁷⁶ *Slow down*, expresión del inglés, puede traducirse como “desacelerará”, “baja la velocidad, gato”, etc. *Polepole*, en suajili, significa “más despacio”.

Luego escucho un bisbiseo que crece hasta los gritos. Son los pasajeros, que también han entrado en pánico. Cuando estamos cerca del lomo nos preparamos para destrozarnos el mismo contra los asientos de piedra. Pum, el micro se eleva por los aires, otra vez rozo el techo con la cabeza y caigo como puedo encima de una señora. Grito, pero a los cien metros hay otro lomo de burro, así que me aferro de cualquier cosa que tenga cerca y vuelvo a prepararme. Debería aprender a rezar. Pobre señora. Ahí voy de nuevo.

Son los días del Mundial de Fútbol y —ya que no sé si sobreviviré a otros viajes en colectivo— me gustaría ver jugar por última vez a la Selección Argentina. El caserío en el que estoy desde anoche tiene dos bares cruzados por foquitos de colores, pero solo uno de ellos cuenta con un televisor mastodóntico de los ochenta. Enfrente de la tele, unas sesenta personas, la mayoría hombres, esperan que comience el match y me saludan con curiosidad. “Karibu”, dicen. Bienvenido.

Argentina juega contra Suiza por octavos. Me llama la atención que el público festeje con el mismo entusiasmo las jugadas de ambos equipos. La toca Messi y festejan. La tocan los suizos, también festejan. Festejan todas las jugadas. Disfrutan el partido, la mera existencia del fútbol.

Transcurren las semanas y Argentina avanza en el fixture. La marcha es tan intrincada como el campeonato. Estoy a más de cinco mil kilómetros de Johannesburgo, mi destino final; pero a veces tardo un día entero en hacer cien. Es imposible calcular cuánto me falta de travesía.

Anoto en mi diario:

“Dodoma, la capital de Tanzania, es una ciudad de impronta islámica que no mencionan las guías. Las calles huelen a carne asada y el aire es seco. Será por eso que inmediatamente la he asociado con Mendoza. Hoy estaba caminando cerca de la mezquita más grande del centro, una construcción monumental y rosada, cuando se me acercaron dos flacos. Me saludaron, me mostraron el edificio y me contaron que el templo, como muchos otros en África —incluida la Mezquita Nacional de Kampala, en Uganda—, había sido una donación de Muḥammad Gadafi...⁷⁷”.



Boceto de la “mezquita de Gadafi” en Dodoma.

⁷⁷ Antes de que lo mataran como a un perro, Muḥammad Gadafi —caudillo de Libia que gobernó ese país durante cuatro décadas— había establecido una red de donaciones a través de la construcción de mezquitas, escuelas y hospitales, así como el financiamiento de algunos grupos armados.

En Tanzania se siente que la convivencia entre personas de diferentes religiones no es un problema. Cristianos y musulmanes dialogan en la calle y hasta parecen trabajar juntos. Según datos oficiales, en el país se charla en más de ciento cincuenta y ocho lenguas⁷⁸. La diversidad es incalculable.

Entre los idiomas locales está el suajili, un hablar que amalgama la gramática bantú con palabras prestadas del árabe, el portugués y el inglés. Comunicarse en suajili es como tocar tambores con la voz, y para comprobarlo basta traer a la memoria expresiones ya universales como el famoso *hakuna matata*⁷⁹.

Es una de las lenguas francas del África Oriental. Por la calle me gritan “¡Muzungu!”, el mote que muchos usan para nombrar a los extranjeros. “Zungu”, en suajili, significa dar vueltas. Cuando uno está mareado es, por lo tanto, un “Muzunguzungu”. Yo no llego a tanto. Siendo un simple muzungu se me considera un extranjero, un explorador, tal vez un hombre que anda en círculos sin saber por qué.

Como definición, no está mal.

⁷⁸ Es lo que indica el sitio oficial de la República Unida de Tanzania. Ver: <http://www.tanzania.go.tz/home/pages/19>.

⁷⁹ *Hakuna matata* significa algo así como “sin preocupaciones” o “vive y sé feliz”. A lo largo de mi cruce, encontré personas que frente a cualquier problema apelaban a este dicho y remataban con un apretón de manos. “Oh, ¿tienes un parásito en los testículos? ¡*Hakuna matata!*”. (Existe una palabra suajili que es todavía más conocida: *safari*, que equivale a “viaje”).

Casi no hay carteles eléctricos en los negocios de Tanzania. Existe, en cambio, un gremio de pintores que hace auténticas obras de arte en peluquerías y almacenes. En cualquier peluquería de Dodoma se pueden ver los retratos algo escorzados de estrellas del fútbol como Mario Balotelli o Cristiano Ronaldo. Si bien se considera que Messi es mejor jugador, su estampa no abunda en las paredes de los *coiffeurs*. No pega. “Es que a nosotros nos gusta más Cristiano, porque es lindo”, me explicaron sin pudor los hinchas locales durante el entretiempo de algún partido. Todos tenían el corte de pelo de Cristiano, con diferente cara.

Si Dodoma es la capital política, el centro económico tanzano es Dar es Salam (“remanso de paz”, en árabe). *Dar* es la ciudad más grande de Tanzania; una mezcla de edificios neochinos y puerto de pescadores, bordeada por un océano turquesa que conecta con las culturas del Oriente.

Me sentaba en la playa mirando cómo iban y venían los barcos de madera tradicionales, llamados *dhow*s, con un garbo heredado de los traficantes que llegaron aquí desde el mundo islámico y la India. Era como estar en una viñeta del Corto Maltés, con sus piratas⁸⁰ dignos y sus damiselas en apuros.

⁸⁰ Este asunto de la piratería, con lo romántico que pueda sonar, tiene su gravedad. De Yemen a Tanzania —pasando por la costa Somalí— existen forajidos que se dedican al saqueo y al robo en el mar. A veces se contentan con quitarles cámaras y celulares a navegantes bisoños. Otras, retienen cargueros y luego piden rescates de millones de dólares.

Y en apuros estaba yo la noche de la final de la Copa del Mundo. Recorrí las calles de Dar es Salam buscando un maldito televisor donde pudiera ver el partido de Argentina contra Alemania. Cuando faltaba una hora, el único lugar que encontré para ver fútbol fue el hotel Holiday Inn. Un espanto.

Tras tantos meses vagabundeando mi apariencia era terrible. Lo que podía salvarme era entrar y pedir una cerveza de tres dólares (;!) antes de que me echaran. Prefería ayunar al día siguiente antes que perderme el partido.

Entré y pedí. Nada era como en los pueblitos más al norte: en la sala del hotel, los tilingos hinchaban por Alemania. Me salvó un grupo de musulmanes que llegó más tarde y le hacía el aguante a la Argentina.

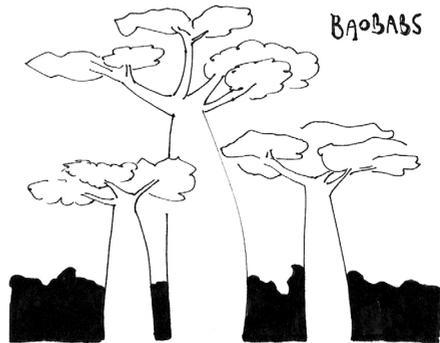
El resto de los negros seguía entusiasmándose cada vez que la tocaban los europeos. Ni hablar cuando vino el gol de ellos. *Karma*: en el ranking de la FIFA, los tanzanos rasguñan el puesto 114 en una lista de 211 equipos. ¡Que se curtan!

No tenía tiempo de deprimirme por la forma en que se nos escapó el campeonato. Había que seguir. Necesitaba continuar con rumbo sur, pero los mozambiqueños me dijeron que para entrar a su país debía demostrar que mi cuenta de banco disponía de cinco mil dólares. Como no los tenía, accedieron a otorgarme —a desgano— una visa de tránsito que duraba siete días.

Siete días para cruzar Mozambique. En Latinoamérica suena suficiente. Una semana, eu. Cómo no vas a llegar. Descubriría más adelante que nada estaba más lejos de la verdad. Había grupos armados en el camino, matones que disparaban a los viajeros. Y no podía ir despacio ni detenerme. Intuía que las autoridades estaban esperando que se venciera mi visa para cobrarme una multa y dejarme en pelotas.

(No es que me moleste quedarme en slip, pasa que soy chapado a la antigua. Me ilusiona que primero me inviten a cenar).

Pisé la frontera tanzano-mozambiqueña gracias al conductor de una camioneta que se detuvo al verme en un costado de la ruta. Anduvimos hora y media con el sol saliendo, por el enésimo camino de polvo. A la distancia, saludé con el espíritu a varios grupos de baobabs, esos árboles descomunales que tanto asustaban al Principito de Saint Exupéry.



Llegué al borde sur de Tanzania, delimitado por el río Ruvuma. Los barqueros y los empleados del único ferry que funciona en el lugar roncaban en la orilla arcillosa, pero la peña se activó al ver que se acercaba un *muzungu*.

Luego de cruzar en bote me di cuenta de que en Mozambique no había control ni policía. ¿Qué onda, la

aduana? Lo más parecido era una pandilla que esperaba a los recién llegados para venderles pasajes a un pueblo fronterizo que se llama Moçimba da Praia o simplemente para transportarlos hasta el puesto policial más próximo, donde se podían hacer los papeles de ingreso.

Diez euros por un trayecto de media hora. Nadie quería cobrar más barato: “si no te gusta, andá caminando”, me cargaban, señalando la huella que partía en dos la inmensidad forestada. Al final uno me tiró en un puesto administrativo. La policía me pidió “propina” antes de sellarme el pasaporte.

Ahí empezó una secuencia lisérgica. En Mozambique los buses salen a las 2.30 o 3 de la mañana. Décadas de guerra civil han hecho que la costumbre esté tan instituida que a nadie se le ocurre salir en otro momento. Es demasiado peligroso. La regla fue, por ende, levantarse a las dos de la madrugada para caminar a tientas, en medio de ciudades sin alumbrado, hasta la estación de colectivos o el descampado que fuera su equivalente.

Ya tenía claro que los africanos *no se ven en la oscuridad*. Se delatan cuando abren los ojos o sonríen. La mirada flota en la negrura, los dientes también. Si no, son invisibles. Con los blancos pasa lo contrario. Titilan. Yo podía estar rodeado de extraños sin darme cuenta, y esa asimetría del camuflaje me ponía nervioso. Nunca sabía si me estaban observando.



En una noche oscura, podía estar rodeado de extraños sin darme cuenta.

En mi mochila llevaba alguna lata de atún, agua, mis cuadernos. Estaba todo el día en el bondi para intentar llegar donde fuera sin que me agarrara el crepúsculo. Antes de la puesta de sol tenía que encontrar donde dormir y volver a levantarme a las dos de la madrugada. Así cada noche, siete días.

Las llegadas eran engorrosas. Iba a contratiempo, preguntando precios en un país donde a los blancos les cobran diez o veinte dólares por dormir en cualquier cama. Qué tanto, si estaba en Mozambique era porque “tenía dinero en mi cuenta bancaria”.

En ocasiones, las ciudades eran horribles. Nampula, por ejemplo. Espantosa. Calles larguísimas y anchas, metros y metros de construcciones grises. Hasta ahí llegué buscando una pocilga donde acurrucarme. Los lugareños me aconsejaron que durmiera en “la estación”, que era apenas un baldío con alambre alrededor.

Ya en el filo de las sombras, apareció la sonrisa de una negra y me dijo que también ella estaba buscando hotel. Entonces surgió otro pibe que nos señaló una villa y nos dijo que él conocía un lugar donde “no nos faltaría nada”.

Fuimos. El “hotel” quedaba entre un chaperío sin fin. Resultó ser otra de esas mezclas entre bar, restaurante y telo que emergen por los andurriales de África.

— Hola. Buscamos habitación.

— ¿Para ustedes dos?

La morocha que me acompañaba me miró con desconcierto.

— No, una habitación para cada uno.

La puerta del negocio no marcaba ningún límite, y podían verse vecinos caminando por los pasillos de la villa, entrando y saliendo del bar/telo a pesar de que era tarde.

Me quedaban dos horas de sueño y las pasaría apoyado en la ventana. Mi habitación tenía ventilador, a lo que se sumaba una tonelada de mosquitos que inmediatamente me atacaron sin piedad. Era gracioso ver la cara que ponía la gente cuando —en medio del *slum* y la música machacona— vislumbraba un carapálida desvelado, sin camiseta, frotándose manojos de crema repelente para alejar a los vampiros zumbones que lo atormentaban.

Diálogo en un restaurante mozambiqueño:

— ¿Tenés algo de comer?

— ¿Qué querés comer?

— Depende. ¿Qué tenés?

— Nada.

— Ok, gracias.

Siguieron localidades que cuesta recordar. Algunos nombres eran graciosos, como Chimoio; otros sencillamente se esfumaron de mi memoria. Más adelante me enteré de que para seguir saltando de poblado en poblado iba a tener que ir con un convoy militar. La guerra civil mozambiqueña —que causó más de novecientos mil muertos entre 1976 y 1992— estaba a punto de recomenzar.

Mozambique fue colonia portuguesa hasta 1975. Para conseguir la independencia se organizó un grupo guerrillero marxista llamado FRELIMO (Frente de Liberación de Mozambique), que llegó al poder con un plan pro soviético.

En aquel tiempo la prensa occidental se escandalizaba ante la presencia de rusos, chinos y cubanos que llegaban al país para apoyar al gobierno⁸¹. Menos alharaca se hacía ante el hecho de que Sudáfrica, que por entonces funcionaba bajo el *apartheid*, concretara operaciones comando dentro de Mozambique y financiara a grupos armados que se oponían al FRELIMO. En efecto, así nació el RENAMO (Resistencia Nacional Mozambiqueña), que se fue fortaleciendo con la plata que le ponían los blancos sudafricanos hasta mutar en un problema que persiste aún hoy.

⁸¹ La presencia de Cuba en África se siente incluso hoy. En los villorrios más insólitos hay médicos, químicos o técnicos que estudiaron en La Habana y luego volvieron a sus países de origen. Varias veces estuve en problemas y escuché que, desde alguna parte y en un español muy cubano, me ofrecían ayuda: “¿qué tú precisas, chico?”. En el plano militar, la gravitación de la isla también fue clave. Los avances que se produjeron en el continente africano no pueden comprenderse sin considerar el aporte de las tropas caribeñas al enfrentarse, por ejemplo, con el ejército sudafricano que defendía al racismo.

Tras la caída de la Unión Soviética, el FRELIMO se abrió del marxismo, pero mantuvo las riendas de Mozambique. Periódicamente, sus enemigos del RENAMO presionan para disputar el poder. Los rebeldes ya no reciben dinero sudafricano. Tampoco lo necesitan: tienen suficientes armas para joder por cuenta propia.

Lo que ocurría ahora era que se venían las elecciones y el FRELIMO, en el gobierno, se veía obligado a garantizar espacios para el RENAMO, fuera cual fuera el resultado en las urnas. De no hacerlo, los rebeldes prometían bala. El ejército opositor se había refugiado en Gorongosa —un área con gran cantidad de animales salvajes— para desde allí atacar a cualquier vehículo que pasara por la ruta. “O nos sueltan un hueso o disparamos”, era la consigna.

Por lo tanto, los que intentáramos cruzar el país por la Ruta Nacional 1 tendríamos que admitir la compañía de las Fuerzas Armadas. Los militares escoltarían nuestra caravana para que no la liquidaran: delante de la fila de micros iba un vehículo blindado, en la retaguardia otro.

Antes de subirme al bus miré el camino. La espesura era tal, que se volvía imposible saber si alguien nos estaba espionando. No había dudas de que los rebeldes merodeaban por ahí: las ventanillas de los colectivos exhibían los buracos que habían dejado las ametralladoras.

Mientras los vehículos se ubicaban en hilera para coordinar la salida, me metí en un almacén. Una tele pasaba el noticiero. Un periodista comentaba en portugués que, en los meses previos, el RENAMO había matado a cincuenta y tres personas, la mayoría de ellas viajeros que habían osado internarse en las rutas.

Unos niños vendían bananas y mangos alrededor de la caravana. Había uno que ofrecía diarios. Le compré y leí un artículo donde se afirmaba que los militares que nos acompañarían no estaban comunicados entre sí. Ni siquiera había señal de teléfonos celulares. Me pregunté cómo íbamos a hacer para pedir refuerzos en caso de emergencia.

Mi burguesito interior se indignó. ¿Cómo era posible? ¡Antes de llegar yo había googleado “Mozambique”! ¿Cómo es que *la Red* no me avisó que había problemas? Mi guía de viaje tampoco informaba nada. Entre los mapas figuraban, sí, hoteles chetos y restaurantes. Para Internet, aquello era más real que los peligros que yo tuviera enfrente.

Salimos con la escolta de los vehículos blindados. Me quedé mirando a una mujer en un asiento del colectivo con su bebé en brazos; la cabecita del niño justo al lado de la ventana agujereada por las balas. Sentí náuseas al ver el cráneo del nene pegado al vidrio, apoyado sobre los orificios que el plomo había dejado en el cristal, tan cerca.

A mí el miedo me hizo ubicarme en el centro. Los micros de Mozambique tienen tres líneas de asientos, y la del medio me pareció la más segura. Nadie se molestó por mi preferencia. Varios pasajeros, acaso acostumbrados a la guerra, viajaban asomados por la ventanilla, como invitando a que hicieran una escabechina con sus sesos⁸².

⁸² Mientras releo me topo con noticias sobre el recrudecimiento de los combates en Mozambique. El RENAMO declaró inválidas las elecciones y ha vuelto a las andanzas. Me pregunto si tendrá que ver con las reservas de gas que se descubrieron hace poco.

Salí por el puesto fronterizo Ressano García y cien kilómetros carretera adelante llegué a Nelspruit, ya en el noreste sudafricano. El riesgo había pasado. Eran las cuatro de la tarde y parecía estar entrando a una ciudad europea, siempre y cuando no me aventurara por los barrios negros. En Sudáfrica es así. Hay barrios de blancos y barrios de negros; bares de blancos y bares de negros. Si un blanco se mete en el barrio de los morochos, ellos lo consideran un insulto.

Capté eso cuando fui a comprarme algo fresco a un supermercado de negros. Vi la incomodidad, la sorpresa. No me importó, porque ahí las cosas costaban la mitad.

De los países que visité, creo que la patria de Nelson Mandela es la más racista y la más hipócrita. Sentí que en el fondo de cierta cortesía urbana persistía la segregación racial, anclada en siglos de dominación holandesa —con los colonos llamados “bóers”— y colonialismo británico.

Le pregunté a un policía por alguna pensión barata. Lo que había visto en la web me preocupaba: debido a sus *facilities* y su fascismo, Sudáfrica era el destino elegido por los turistas que no querían sufrir complicaciones. Los negros con los negros, los blancos en sus casas. En ese entorno se sentían a gusto y pagaban por ello. El poli me recomendó un hotel cercano. Entré a preguntar: cuarenta dólares la noche.

No tenía dinero y debía sobrevivir un mes hasta que saliera mi avión. ¿Cómo iba a zafar? Alrededor parecía multiplicarse un manto de plantas y bichos que no invitaba a dormir a la intemperie.

No había veredas decentes, y los coches me pasaban al lado, muy rápido. La ciudad estaba hecha para autos. Los

únicos que caminaban eran los negros, que a veces se reían por verme a pie, barbudo, hambriento, cansado. Estaba lleno de adjetivos.

Más por suerte que por inteligencia, llegué al hostel de Natalie y Paul, un matrimonio blanco. Les comenté que andaba sin un cobre. Ellos soltaron una frase que es santo y seña entre los africanos que descienden de colonos: “okey, we’ll make a plan” (“*okey, haremos un plan...*”).

Hicimos un plan. Yo les pintaría el patio a cambio de hospedarme un mes sin pagar. Me levantaba, blanqueaba las paredes y después me ponía a escuchar música, leer o jugar al ajedrez. A veces, mientras pintaba, se reunía un semicírculo de afros para mirar cómo un “gringo” —yo— hacía trabajo físico, algo que no estaban acostumbrados a ver.

Pero empecé a comer. Pude ducharme con agua tibia tras muchos meses. Y grata, maravillosamente, Natalie y Paul no quisieron cobrarme un centavo. La pareja, sus dos hijos y sus perros están entre los seres más espectaculares que conocí en el viaje. Simplemente no pensaban en el dinero⁸³. Eran, por otra parte, de los pocos hosteleros de la zona —si no los únicos— que recibían negros en sus habitaciones.

Una mañana en que estaba pintando se me acercó una chica holandesa. Apenas la vi unos quince minutos. Yo le conté mis andanzas. Ella habló sobre la soledad de las

⁸³ Sobre todo los perros.

personas justas. Para consolarla, intenté traducirle al inglés una frase de Roberto Arlt: “el futuro es nuestro por prepotencia de trabajo”.

Ella se fue y yo seguí pintando. Creo que nunca le pregunté su nombre. Pasaron varios días hasta que me encaró Paul, el dueño del hostel, para consultarme si sabía lo del safari.

— ¿Qué safari?

— La holandesa, compañero. Antes de volverse a Europa dejó un safari pago para vos.

El hombre que guiaba mi safari era Testigo de Jehová. No creía en la evolución, y sin embargo sabía muchas cosas de la sabana. Me explicó que los leones aprenden a cazar mediante un proceso largo y lleno de errores. Esos errores no los definían: eran parte del aprendizaje. Me mostró de qué forma las aves trabajan en equipo, incluso siendo de distintas especies. Una detecta a la presa, otra la mata, otra le abre la panza, otra se alimenta con los huesos; todo en un guion existencial que se ha ido escribiendo en millones de años.

Apagado el motor del jeep, pasaba al frente un rumor de cigarras cantando al aire inmóvil, y —a la altura de mis tobillos— un latir de zumbidos y expectación que goteaba hacia arriba la estética absoluta del paraíso. Vi rinocerontes moviéndose con la fluidez de las nubes; kudus, hipopótamos, cebras. Jirafas llenas de cicatrices, veteranas de batallas que únicamente ellas conocían. Oí su presencia. Escuché su

respiración. Noté que se despertaban en mí percepciones que ignoraba.

Quedarán conmigo las miradas de los elefantes libres, que clavaban su pupila en mis ojos preguntándome desde lo hondo de la realidad quién era yo y que hacía ahí. Quién era yo. Qué hacía ahí. Era el final de mi travesía y no supe qué responderles. Tal vez algún día les pueda contestar.

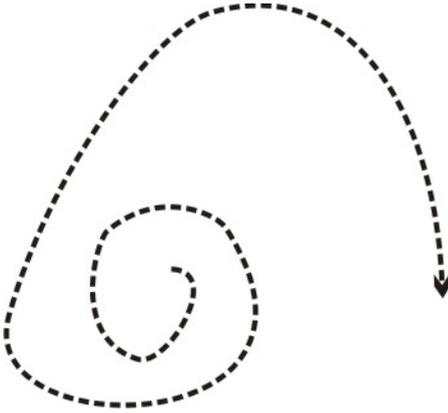


Última parada, Johannesburgo. De ahí el vuelo en oferta: cuarenta horas hasta Buenos Aires. Entre mis andanzas por Barcelona y África habían pasado dos años y ocho meses. Había tirado mi carrera por la borda. Ahora venía el momento de enfrentar las consecuencias.

Bajé del avión en Ezeiza. En la zona de arribos me esperaba mi amigo Nico Recoaro, que es atropellado como buen porteño pero se había pedido el día de laburo para venir a recibirme. En su casa, un hogar obrero del barrio de Barracas, nos esperaba su mujer, Romi, con pizzas caseras y cervezas.

Crucé el umbral de la casa del Nico y la Romi, y tuve una epifanía de dos pesos (cada quien tiene las epifanías que puede). Sentí que entraba en el hogar de ellos como había entrado en el de tantos compañeros y compañeras que me regaló el camino. Vi la luz eléctrica y recordé las hogueras. Comimos pizza, aunque podría haber sido carne de cabra, arroz, *inyera*⁸⁴ o simplemente pan. La casa de mis amigos era una y la misma. Era la casa de todos. Era la Tierra.

⁸⁴ La *inyera* es un panqueque grande sobre el que se ponen distintos ingredientes. Es un plato típico de Etiopía.



LOS PILARES DEL MUNDO

“Un hombre que cultiva un jardín, como quería Voltaire.
El que agradece que en la tierra haya música.
El que descubre con placer una etimología.
Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso ajedrez.
El ceramista que premedita un color y una forma.
Un tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no le agrada.
Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto.
El que acaricia a un animal dormido.
El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.
El que agradece que en la tierra haya Stevenson.
El que prefiere que los otros tengan razón.”
Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo”
(Jorge Luis Borges, *Los justos*, 1981)

Decía Buda que “el maestro llega cuando el alumno está preparado”. Yo no sé si estoy preparado para otra cosa que no sea tomar vino. Estoy seguro, en cambio, de haberme topado con algunos maestros a lo largo de mi viaje. Y cuando digo “maestros” no estoy hablando de *new age*. No creo en los gurúes. Me refiero a circunstancias o seres que enriquecen la vida. Simple.

Gracias a su presencia comprobé que hay personas que no tienen tiempo de obsesionarse con currículums, *likes* y

otras pavadas. Descubrí que es digno guardarse un par de recuerdos, y que la humanidad resplandece incluso a través de una enferma de tuberculosis a la que le quedan horas y sin embargo te sonríe porque no quiere arruinarte el día a vos, que vas a enfrentar la próxima mañana.

Aprendí a no tener vergüenza de sentir. Me lo enseñaron los pueblos donde la gente muere a los treinta o cuarenta años. Ellos saben que la vida es un suspiro y que el amor que no das se pierde para siempre. Anotalo.

Aprendí más. Que el mundo no se agota en las pantallas. El laberinto de la verdad espera afuera, y es falsa la idea de que no hay magia del otro lado del confort. Del otro lado del confort están las lluvias, los bailes. El calor que te hace cambiar de piel, las corridas para alcanzar un barco que está a punto de soltar amarras. Del otro lado de las teclas hay estrellas sobre la sabana. Leones. La mujer o el hombre con los que nunca hemos soñado. Están todas las preguntas que me hicieron los elefantes.

El maestro llega cuando el alumno está preparado, sí. Al volver, me quedé mirando una de esas vidrieras que hay en nuestros shoppings, llenas de televisores encendidos. Se me dio por sacar conclusiones y las primeras eran tristes. Me metí en un café, con un nudo en la garganta.

Después, más calmo, hice un esfuerzo por recordar. En las chozas más miserables de las aldeas más infectas había encontrado locos que estaban intentando hacer el bien. Al principio me irritaba su obstinación. Creo que hasta los odiaba. ¿Por qué insistían? Burlados, despreciados, solos; ni siquiera sabían explicarme por qué no bajaban los brazos. Pero su mero existir hacía que mi desesperanza fuera una

inmoralidad. Si ellos peleaban, yo no tenía derecho a darme por vencido.

Aprendí, en definitiva, que se puede andar por los caminos festejando a los buenos. Está tan degradada esa palabra, “buenos”, que la escribo y me juzgo un imbécil. Por eso voy a escribirla de nuevo: que vivan los buenos. Me traigo las manos que me dieron, los idiomas que no entendí, sus miradas fraternales, sus consejos de madre. El compromiso con aquellos que interrumpieron su trabajo en el campo para regalarme un saludo, y el agradecimiento para los que compartieron una cena sabiendo que cada bocado que ofrecían eran horas de hambre que iban a soportar al día siguiente.

Estos amigos vibran en mí, en cada letra. Ya no tengo manera de averiguar si están vivos. No lo sé. Pero me gustaría que quienes hayan leído hasta acá les hagan un último favor. Cuando alguien se deprima por bobadas o se deje tentar por el cinismo, piensen en ellos y en África. En las risas que recorren este libro; en que nadie, en todo el viaje, me dijo que no hubiera futuro. Quiero decir: no matemos a estos hermanos dos veces. No dejemos que sean polvo en el viento de la nada.

Mendoza, marzo de 2017

AGRADECIMIENTOS

Ningún autor escribe solo.

Agradezco a los que figuran en estas páginas y a los que por algún motivo no mencioné. Gente como Solomon —de Harar— o Sido —de El Cairo—. También ellos resuenan aquí.

Vanessa fue fundamental en el viaje y una gran maestra.

¿Cómo olvidar a mis compas? Pedro, Santi, Ángel, Siddig y Nico me dieron ánimos cuando todo parecía perdido.

Agradezco a mi familia, que a veces no me entiende y otras me entiende demasiado. A mis abuelos María y Calisto, que me enseñaron a viajar; a la Tiata, que me acercó a los libros; a mis hermanos Juli y Pao.

¡A la Donna, el Gino, el Cris y el Lucho, que algún día harán sus propias preguntas!

A mi vieja, que se está volviendo sabia.

A mi padre, que recuperó su voz.

A Fabre y a Baigorria, que me convirtieron en el periodista que soy.

A Pipo Lernoud, generoso como la naturaleza.

A la profe Marta Castellino, capaz de leer lo que hay detrás de lo escrito.

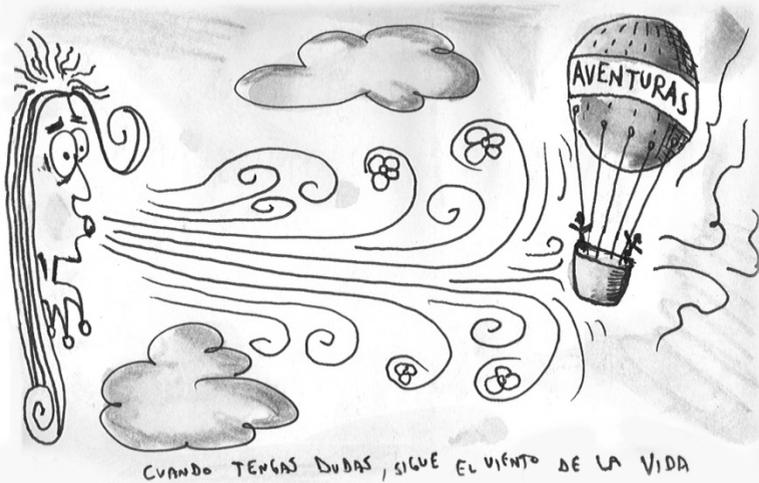
A Clara Luz, que entendió de qué iba este asunto.

A Miguel García Urbani, que defiende la palabra.

A la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo y a los municipios de Maipú, Lavalle, San Martín y Tunuyán, que hicieron posible la edición.

Y a mi mujer, Agustina. Nunca olvidaré cómo revisamos juntos este texto en una casa cerca del mar. Un vendaval se había desatado afuera, se cortó la luz y el viento amenazaba con apagarnos las velas. En ese instante supe que sin ella este libro habría sido apenas un manojito de historias inconexas. Pero hay algo más importante: sin ella, jamás habría estado tan feliz de escribir esta última línea, de nuevo en casa, imaginando cuál será la próxima aventura.

*Hola, soy la voz de este libro.
Si no me estás leyendo, por favor pasame.
No estoy hecho para dormir en una biblioteca: nací para
navegar mares y cruzar desiertos.
En caso de que me hayas encontrado, vámonos juntos.
Ando buscando un lector que me acompañe...
iy lo que viene será digno de contar!*



Para contactar al autor:

Facebook: @preguntasdeloselefantes

Instagram: facundux

Twitter: @facundux

Email: facundoxgarcia@gmail.com

Las noches de la sabana, cuando los guerreros se reúnen para comprobar que los leones no se hayan comido a ninguno, ¿podrían interesarle a alguien?

Los hombres que dan de comer a las hienas en Etiopía ¿inspirarían a otros?

Las horas dialogando con niñas que escapaban de la guerra ¿servirían para sacar de la inercia a los nativos digitales?

Este libro es un intento por responder esos interrogantes.



Preguntas de los elefantes nos deleita y nos conmueve. Provoca en nosotros rechazo, horror y compasión ante el dolor y la miseria. Nos descubre culturas, tradiciones desconocidas y, sobre todo, la destreza de un narrador consumado.

Marta Elena Castellino, Directora del Centro de Estudios de Literatura de Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.

Lo que estás por leer no es solo el viaje de Facundo: va a ser el tuyo, y cuando termine vas a levantar la vista y descubrir que nada es igual, que aparecen preguntas que no sabías que existían. Y aunque algunas no sean del todo cómodas, no vas a dejar de agradecerlas. Las preguntas abren más caminos que las respuestas.

Eduardo Fabregat, diario Página/12.

ISBN 978-950-774-374-0

